

BIBLIOTECA DOMINICANA

Vol. III

---

GASTON F. DELIGNE

# GALARIPSOS

Prólogo de Pedro Henriquez Ureña



EDITORIA MONTALVO  
CIUDAD TRUJILLO, DIST. DE SANTO DOMINGO  
República Dominicana.

1946

9145

21861.3  
3539, 1946

BIBLIOTECA DOMINICANA

- I.—A. Sánchez Valverde.—*Idea del valor de la Isla Española*. Prólogo y notas de Fr. Cipriano de Utrera, Editora *Montalvo*, Ciudad Trujillo, 1946.
  
- II.—M. de J. Troncoso de la Concha.—*Narraciones Dominicanas*. Editorial *El Diario*, Santiago de los Caballeros, R. D., 1946.
  
- III.—Gastón F. Deligne.—*Galaripsos*. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Editora *Montalvo*, Ciudad Trujillo.

En preparación:

- IV.—Pedro Henríquez Ureña.—*De mi Patria*.

---

OFICINA DE CANJE Y DIFUSION CULTURAL

Director: Emilio Rodríguez Demorizi.

Encargado: Pedro René Contín Aybar.



RECEIVED  
10 OCT 1990

2004 OK

RD  
861.4  
D353g

**INDICE**

004887



2011

Solicitamos Canje

PAG.

Advertencia, Emilio Rodríguez Demorizi.....	15
Prólogo, Pedro Henríquez Ureña.....	21

### GALARIPSOS

Los galaripsos (1908).....	35
Incendio (1883).....	37
Maireni (1885).....	43
La nueva Jerusalem! (1886).....	43
Angustias (1886).....	46
En el día de San Francisco Javier (1886).....	50
De luto (1886?).....	53
Onciros (1887).....	55
Al pasar (1889).....	59
Valle de lágrimas (1889).....	62
Canto nupcial (1889).....	66
<i>Quid divinum...!</i> (1889).....	68
A la memoria del Padre Billini (1890).....	71
Latinos (1892).....	76
La hija de Colón (1892).....	77
Confidencias de Cristina (1892).....	78
De la selva (1894).....	89
Arriba el pabellón (1895).....	91
Aniquilamiento (1895).....	93
Subjetiva (1895).....	98
Josefa A. Perdomo (1896).....	100
<i>Ars nova scribendi</i> (1897).....	101
Muerta (1897).....	106
En el botado (1897).....	111
En la muerte de José Joaquín Pérez (1900).....	116

	PAG.
Cantiga (1900?).....	118
Peregrinando (1904).....	120
Eugenio María de Hostos (1904).....	122
<i>Spectra</i> (1904).....	123
Monóstrofe (1904?).....	125
Ritmos (1906).....	126
Ante la bandera (1906).....	128
Quisqueya (1907).....	130
Entremés olímpico (1907).....	132
<i>Ololoi!</i> (1907).....	135
Del patíbulo (1907).....	138
Baladas de las tentaciones (1907).....	143
Esquela (1908).....	145
Himno de los Doce (1910).....	147
A Sor María de las Nieves (1912).....	149

#### ROMANCES

Soldado, pulpera y comendador (1888).....	153
Esbozo típico (1897).....	156
Visita a la Isabela (1898).....	159
La Intervención, 1801 (1899).....	163
Bayajá, 1606 (1900).....	168
Montbars el Exterminador (1904).....	175
Del trapiche (1904).....	178
Las sanjuaneras (1907).....	181
Dolorosa (1908).....	185

#### TRADUCCIONES Y PARAFRASIS

Salmo de vida (1887).....	191
El silfo (1893).....	193
Su niño (1904).....	196
Invernal (1904?).....	197
La hora de Endimión (1904).....	199
Bucólica (1904).....	200
Núbil (1907).....	201

	PAG.
La Chispa (1907).....	203
Soneto (1907).....	204
En los canales (1912).....	205
Del humo (1912).....	206
Relato del bohemio (1912).....	207
<b>BIBLIOGRAFIA</b> .....	<b>213</b>



**ADVERTENCIA**

ADVERTISING

Al iniciarse la formación de esta *Biblioteca Dominicana*, en la que era justo se le asignase uno de los primeros volúmenes a la poesía, el poeta escogido fué Gastón Fernando Deligne. La selección no requiere largas explicaciones: fué Deligne, en su tiempo, desaparecidos José Joaquín Pérez y Salomé Ureña, el poeta de más alta nombradía en la República, generalmente considerado nuestro poeta nacional; y el que presenta al estudioso mayores problemas de estética dignos de examen y elementos más abundantes para el conocimiento de la cultura y de las preferencias literarias de su época. “El más notable de los ingenios dominicanos de la actual generación”, le llamaba hacia 1910 don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sin embargo, su obra es hoy mucho menos conocida que las de Pérez y Salomé Ureña, que le preceden cronológicamente, cuyos libros han sido reeditados; no así *Galaripsos*, publicado en mayo de 1908 en escasa edición y desde hace años inasequible.

De esta nueva edición de *Galaripsos* han sido eliminadas las poesías puramente ocasionales y las de valor estético discutible, y en cambio han sido incluídas algunas poesías posteriores a 1908, así como anteriores a ese año, que el poeta no incluyó en su obra por olvido o deliberadamente, como sus romances, que destinaba a un libro que no llegó a publicar: *Romances de la Hispaniola*. En la selección, cuyo plan sometimos al sabio juicio del Dr. Pedro Henríquez Ureña, también intervinieron consideraciones de carácter histórico: así se incluye *Incen-*

dio, por ser la más antigua composición de Deligne, conocida; así otras composiciones, como *Arriba el pabellón*, que, no obstante su escaso valor poético, pertenece a lo que podría llamarse nuestra tradición literaria.

Las subdivisiones de la obra son, sencillamente, las racionales: *Galaripsos*, —la obra de 1908 propiamente dicha,— *Traducciones y paráfrasis* y *Romances*, sujetas a ordenación cronológica. Las poesías excluidas, salvo las que figuran en *Páginas olvidadas* (\*), aparecerán en sucesivas ediciones de los *Cuadernos dominicanos de cultura*, a fin de que pueda conocerse íntegra, reducida a tres fuentes de fácil manejo, toda la producción poética de Deligne. Al final de la obra hemos agregado un *Apéndice bibliográfico*, en cuya preparación aprovechamos la *Contribución a la bibliografía de Gastón Fernando Deligne*, del joven Fernando Amiama Tió.

Como Prólogo de la obra le dimos preferencia, antes que a todo estudio moderno de la poesía de Deligne, al trabajo del Dr. Pedro Henríquez Ureña, publicado en 1910 en *Horas de Estudio*. Po-

---

(\*) Gastón F. Deligne, *Páginas olvidadas*. Colección de F. Rodríguez Demorizi. (Ciudad Trujillo, 1944, 311 páginas). En esta obra se recogen los escritos, en prosa, de Deligne, así como las poesías que no figuran en *Galaripsos*, anteriores y posteriores a su aparición en 1908. (No se incluye, es claro, la traducción libre de Deligne de *El artista moderno*, por Vicente d' Yndy, publicada en *La Cuna de América*, 1904, págs. 373 y 378). En la preparación de esta nueva edición de *Galaripsos* le debemos interesantes apreciaciones al Dr. Max Henríquez Ureña, así como el envío de las notas manuscritas acerca del mismo asunto, y el estudio, revisado, de su ilustre hermano, Dr. Pedro Henríquez Ureña, († 11 de mayo de 1946), que la muerte no le dió tiempo de remitirnos. Afortunadamente, ya nos había comunicado sus ideas acerca de estas labores en carta del 21 de enero de 1945: "Mucho tenemos que agradecerle por su compilación de *Páginas olvidadas* de Gastón Deligne. Es maravilloso que haya logrado reunir tantas cosas dispersas. Debió incluir, además, todo lo recogido en *Del romancero dominicano*; así toda la obra de Gastón quedaría comprendida en *Galaripsos* y en este volumen..." El voto del insigne crítico se cumple ahora: todos los romances que figuran en *Del romancero dominicano*, aparecen en esta edición de *Galaripsos*.

cos días antes de morir, el Maestro revisó su escrito a ruego nuestro. Fué su último trabajo literario: aparte de su valor intrínseco tiene, pues, ese mérito sentimental. Además, nadie estudió con igual sagacidad la obra de Deligne. El mismo poeta lo afirmaba, en carta inédita hasta ahora, en que exponía sintéticamente sus discutidas ideas estéticas:

San Pedro de Macoris,  
3 de diciembre de 1904.

Señor Don Pedro Henríquez Ureña,  
Habana.

Estimado Señor:

Doy a Ud. gracias muy sinceras por los conceptos que Ud. externa acerca de mi labor literaria, en el último No. de la *Cuna de América* [del 18 de diciembre de 1904]. Ninguno de los que han hecho juicios análogos, ha estado tan al hito de lo que he querido hacer --aficionado literario-- como Ud. Permítame, pues, que me regocije, al celebrar una sagacidad crítica nacional como la suya; de la que espero legítimamente un Saint Beuve, un Zola, un Tayne: sin lisonjal

Cúmpleme darle explicaciones acerca de la actitud del muerto Rafael y mía frente a lo que se ha dado en llamar impropriamente "modernismo". Esto supone que lo pasado era "antigüismo"; cuando en su época fué absolutamente "moderno"; y en parte sigue siéndolo, y lo será.

Ni el desaparecido ni yo, hemos hecho nunca apreciaciones de términos: para él como para mí, hay gente que puede hacer buen trabajo en Arte, y hay gente que nó. Para él como para mí, en todas las épocas no ha existido sino la "individualidad"; el rasgo especial que hace que una cara no se parezca a la de nadie; y el olor especial por el que el perro reconoce a su dueño entre 100.000 personas. Nuestra tirria no ha ido sino contra los *memos* (no Rubén Darío, mal aconsejado imitador de Paul Verlaine;

éste *ingenuo*; el otro *deliberado*) que nos han hartado de la época del *Rey Sol*; de las *lises*, de las *Pompadours* y de las *frivolidades Watteau*.

Es para mi gusto y honor, el de suscribirme

Su affmo S. y amigo.

Gastón F. DELIGNE.

Gastón Fernando Deligne y Figueroa, de los dioses mayores del Parnaso dominicano, fué el más sabio de nuestros poetas, el de más hondura filosófica y de vida más trágica. Nació en Santo Domingo el 23 de octubre de 1861. La mitad de su vida discurreó junto al Ozama, y sus años postreros en San Pedro de Macorís, que es, en la República, donde más se venera su memoria. El 18 de enero de 1913 se fué de la vida por propia determinación suicida, antes de que el mal de Job le ahondase en la carne en que albergó tan alto espíritu.

Para él fueron, también, los propios versos que dedicó a la muerte de su ilustre hermano Rafael Deligne:

*Ya has cavado hondo surco; ve a dormir, labrador.*

Emilio RODRIGUEZ DEMORIZI.

## **PROLOGO**

0001078

## GASTON FERNANDO DELIGNE (\*)

Con aquella ansiedad temerosa, si llena de esperanzas, que encendía a los jóvenes atenienses cuando se anunciaba el arribo de Gorgias o de Protágoras, con aquel apasionado interés que ponía Goethe adolescente en esperar la repatriación de Winckelmann; con aquel devoto empeño que mostraban los simbolistas franceses por que Mallarmé formulara el resumen de sus doctrinas estéticas, se aguardaba en un mundo literario pequeñísimo, diminuto (me refiero al grupo intelectual de mi país, Santo Domingo), la aparición de un libro de poesías, la obra de un poeta, no por tímido y oscuro menos digno de regir los coros en las solemnidades de la victoria o, mejor acaso, de discurrir sobre la belleza junto a la margen del Iliso.

Si hablo de esperas trocadas en decepción —porque, ante la corte de sus admiradores, los sofistas eran pulverizados por Sócrates, y Winckelmann murió en la ruta, y Mallarmé nunca escribió su estética—, no es que la espera de la obra de Gastón Fernando Deligne haya sido inútil: el libro ha aparecido al fin, bajo el título de *Galaripsos*. Una decepción, sin embargo, debo confesar desde luego: la edición.

No es trivial dilettantismo el que nos aficiona a la correcta forma exterior de los libros. En ella pone aten-

---

(\*) El presente trabajo fue publicado en 1908 (a raíz de haber visto la luz el libro *Galaripsos* de Deligne), e incorporado después en el volumen *Horas de Estudio* (París, 1910). Pocos días antes de morir, (en Buenos Aires, el 11 de mayo de 1946) su autor lo revisó cuidadosamente para que en la forma en que ahora se publica, que es la que quiso tuviera carácter definitivo, figurara al frente de esta Colección.

ción todo verdadero lector, desde el erudito lleno de infinitas curiosidades —hasta el aficionado preciosista, pero no sólo en la ejecución material— la labor de imprenta, que suele bastar a decidir el juicio del lector casual y perezoso—, sino también, y más, en lo que con ella y antes que ella constituye la edición; la distribución y selección del contenido.

Y el libro de Gastón Fernando Deligne peca, en general, como edición. No sólo en detalles exteriores; pecados son éstos que palidecen ante el pecado máximo del conjunto: la falta de selección, el enjambre de versos insignificantes que revolotea alrededor de las ramas vigorosas.

## I

Olvidemos los pecados de la edición; esquivemos el método de los que juzgan a un autor por sus yerros y no por sus obras realizadas; hagamos en *Galarippos* nuestra propia selección; formemos la serie armónica, libre de inútil hojarasca, que, comenzando en *Angustias y Maireni*, llega en escala ascensional hasta *Entremés olímpico* y *Ololoi*; y tendremos al poeta íntegro, real y magnífico.

No es un precoz; no despierta las admiraciones fáciles con el canto tumultuoso de una adolescencia agitada por ardores de la emoción; se le ve aparecer, hombre ya, si muy joven todavía, firmemente orientado hacia el pensamiento filosófico, atento a todo sugestivo detalle, y dueño de amplio equipo léxico y retórico. No asombra como original ni como raro, aunque participa de ambas cualidades; pero sí afirma, desde luego, su personalidad inconfundible, en sus dones de observación y reflexión, en sus tendencias de humanista.

Aparece en el momento en que la poesía de América amplía y suaviza sus moldes bajo la influencia de Bécquer, renueva y afina sus ideas con el ejemplo de Campoamor; en el momento en que los antes muertos horizontes de la poesía dominicana estaban electrizados por el entusiasmo civilizador de Salomé Ureña y por la efu-

sión lírica de José Joaquín Pérez. De cuanto le da ese ambiente, toma Deligne lo que debe asimilar: obsérvese la maestría ingeniosa de su versificación, su ameno discurrir alrededor de la intrincada selva de la psicología, obsérvese cómo toma de la poetisa patriótica el amor a los grandes ideales abstractos —Ciencia, Deber, Progreso—, que él escribe con mayúsculas; cómo sigue al gran emotivo en su añoranza de la raza aborígen, y a su ejemplo canta un episodio de la conquista: el suicidio heroico del nitaino *Maireni*.

Todas las influencias modeladoras, si bien dejaron a veces huella exterior (tal la forma del *pequeño poema campoamorino* en *La aparición, Soledad, Angustias*), se funden en el espíritu del poeta bajo el poder de singular autarquía; y así, en el ambiente lleno de vibraciones líricas y heroicas, mientras surge Pellerano Castro, clamoroso y brillante, él pone una nota de reposo, de meditación juvenil, de impersonalismo a la vez tímido y discreto, voluntario apenas.

Suele pagar efímero tributo a la seducción femenina, sin que se le escapen gritos de amor; se acoge a los ideales de Civilización, porque ellos son la tradición inmediata y el anhelo presente; sacrifica en los altares de la Patria, como quien cumple rito amable, no como quien se inspira en religión personal. Si no la persuasión poderosa, ensaya la persuasión delicada, con el sutil comentario de las almas, con la descripción, toda matiz de las cosas. Encontrado ya el procedimiento, el impersonalismo se afirma, se hace característico; a la postre, aunque momentáneamente, se plantea en esta excesiva y arriesgada fórmula (*Quid divinum...!*):

Que no sepan los otros tus pesares;  
 calla tus dudas, mientras más amargas;  
 vive en ti, si tu vida no es siquiera  
 un animado impulso a la esperanza.

¡Ah! Más que una fórmula, este infecundo consejo es una revelación. Es la cifra compendiosa de una vida he-

cha de labor y de sacrificio, que, torturada por la conciencia intensa y constante del minuto, busca la liberación del olvido, y cuando ésta pierde su virtud, ensaya, con supremo esfuerzo autárquico, ascender, a través del mundo vertiginoso de las formas, a la contemplación de las ideas ¡ay! tampoco inmutables.

¿Os sorprende el ver que la juvenil devoción a los optimismos del *excelsior* y de la *se en el porvenir* se haya trocado diez años más tarde en el pesimismo del Nirvana, y éste se transforma al fin en grave escepticismo no reñido con la acción?

"No es el poeta nacional", se decía de Gastón Deligne, tiempo atrás, en Santo Domingo. ¿Se presumía, acaso, que llegara a serlo? Cuando la República nació, fluctuando entre fantásticas vacilaciones, la poesía nacional era el apóstrofe articulado apenas de los himnos libertarios; cuando la nación adquirió la conciencia de su realidad, tras el sacudimiento de 1878, la poesía nacional fué la voz de esperanzas, el canto animador de la profetisa. Hoy, cuando la despótica Circunstancia —Némesis implacable— obliga (¡no! *debería obligar*) a los dominicanos a afrontar sin engaños el problema social y político del país, el poeta nacional es —representativo de singular especie, pues diríase que encarna una conciencia colectiva no existente— el gnómico escéptico, certero de mirada, preciso y mordente en la expresión, audaz en los propósitos, irónico y a la vez compasivo en los juicios, ni halagüeñamente prometedor ni injustamente desconfiado: ¡es Deligne!

## II

Si por su actitud mental de recogimiento y disciplina, que pone en su obra sello de nativa y sobria distinción, se aparta Deligne de la irreflexiva y ruidosa vivacidad antillana, en punto de forma no se atiene a los estilos en boga dentro o fuera de su país. Todo lo que era en él reminiscencia de poetas dominicanos, de Campoamor, de Núñez de Arce, afinidades con Gutiérrez Nájera, con el Díaz

Mirón primitivo, va borrándose, en el transcurso de los diez años primeros de su vida literaria, sin que más tarde le atraiga ningún influjo astral, ni siquiera le arrastre la caudalosa corriente del movimiento modernista.

Es más que un poeta correcto y elegante; posee maestría superior, sabe prestar atención a cada palabra y aún encontrar la palabra única; pero muchas veces a su poesía le falta un punto para ser poesía perfecta.

No se achaque a rigorismo esta censura. Creo en la realidad de la poesía perfecta. Bien sé que se estila, presumiendo apoyarse en la autoridad de teólogos y filósofos, negar la perfección en el orden humano, convirtiéndola en atributo divino o relegándola a la categoría de ideal metafísico; por más que, de hecho, Tomás de Aquino la define como realización completa en acto de cualquier principio potencial, según el antiguo concepto aristotélico, y sumo grado de excelencia en cosas humanas, cuyo arquetipo universal es la divinidad, y en nuestros días, aun cuando se haya sublimado la noción, se la estima fin asequible dentro de la fe hegeliana en el advenimiento de la Idea absoluta, y, en menor escala, dentro de la hipótesis del progreso indefinido, que el racionalismo del siglo XVIII legó al positivismo del XIX. Pero no es, desde luego, la perfección a que se ha dado en atribuir caracteres de universalidad la que reclamo para la alta poesía, sino la excelencia de expresión que brilla sin eclipses en el desarrollo de una concepción excelsa, la *fecundia* y el *lucidus ordo* que recomienda y ejemplifica Horacio, la *callida junctura* virgiliana, la rítmica y secreta compenetración que, en los coros del teatro ateniense, en los sonetos de la *Vita nuova* de Dante, en los monólogos, alocuciones y cánticos de Shakespeare, en los cien himnos supremos de la moderna lírica, convierte forma e idea en elementos únicos de una armonía necesaria.

Deligne, sabio para obtener suavidades sinuosas o fuerza resonante, no acertaba durante años a evitar en su verso durezas como las contracciones de vocales. Ahora su versificación es intachable: pero su expresión, antes afeada

sólo por momentáneas puerilidades, no se vigila en sus detalles hacia el prosaísmo.

De todos modos, su poesía posee excelencias bastantes a colocarla entre la más selecta que produce hoy la América española. Ritmo animado, a veces amplio; flexibilidad de entonación; léxico peculiar, selecto y sugestivo; expresión variada, que se distingue por la sutil indicación de matices y las vivaces personificaciones. Características son éstas persistentes en su forma poética, señalables lo mismo en su producción de hace veinte años que en la actual; pero bien es advertir la curiosa evolución de esa forma. La descripción, que antes parecía componerse con fácil pincel, hoy adquiere líneas duramente acentuadas; el comentario que antes era suave, espiritual, se torna irónico, cruel a ratos; imágenes y conceptos que antes se desarrollaban espontáneamente a plena luz salen ahora, como de lento laboratorio, envueltos en complicada red de reminiscencias y de elipsis.

Nueva manera alejada del actual estilo *modernista*, más que lo estuvo el conceptismo de Gracián del culteranismo gongorino; guarda remota semejanza con la comprimida complicación de Mallarmé, por el empleo de la elipsis ideológica; se acerca un tanto a la forma diazmironiana de *Lascas* y de los *Triunfos* que se conocen dispersos, sin que se le asemeje en el propósito ni en muchos procedimientos secundarios. El ejemplo culminante de la nueva manera, *Ololoi*, en una labor de finos engranajes sucesivos, de pulida precisión, de curiosas incrustaciones, de intencionados relieves. ¿Será tal vez, en Deligne, el deseado ejemplo de poesía perfecta? Para mí, es la muestra sorprendente de forma germinal de una poesía futura: desaparecen los clisés, desaparecen los conocidos moldes, desaparece hasta el espíritu vago y flotante de la vieja poesía; y la reemplazan desusados motivos, transfundiéndose en raras metáforas, diverso método de composición, frase exacta aun merced a términos populares o términos científicos, y extendiendo sobre el conjunto un hábito de viva sugestión, inesperada y constante. Falta domar los nuevos elementos; arrojar la escoria prosaica; obtener la esencia

pura; y entonces la nueva poesía justificará triunfalmente su derecho a apoderarse de los temas humanos que aguardan todavía voz que los cante.

### III

Espíritu sagaz y grave, sin adustez; sereno siempre al ceñir la clámide estoica de la expresión intelectualizada, pero atormentado en lo íntimo por la tenaz Esfinge; dueño de fina sensibilidad, y, no obstante, constrictor tiránico de la emoción; interesado en variedad de motivos, que se traducen al fin en interés humano; observador cuyas nítidas percepciones van rectas a sorprender el rasgo característico, si bien saben divagar disociando elementos; lógico cumplido y aforista de preocupaciones morales; hombre de estudio y de tendencia crítica; germen de poeta humanista, a cuya disciplina sólo ha faltado lo que el medio no podía dar y lo que la auto-enseñanza sólo imperfectamente suple: la *Escuela*, en la acepción suma de la palabra; en síntesis, un temperamento de psicólogo y de eticista que adoptó para externarse —acaso como válvula de escape de la reprimida emotividad, acaso no más por influjo de la rutina ambiente—, la forma versificada: tal me explico a Gastón Deligne.

¡Raros elementos los que integran este peculiar espíritu, no los más propicios, tal vez, a provocar una eflorescencia de poesía! Derivando consecuencias extremas, se llegaría a afirmar que no es Deligne, pristina y esencialmente, poeta, —por más que su obra realizada es de indiscutible calidad poética—; tanto, empero, sería arbitrario. Dentro del extraño marco en que se encierra, caben amplios horizontes de creación artística. ¿No entra por mucho en la virtud sugestiva del poeta la intuición de la vida psíquica? En Deligne es esta intuición el mayor poder, la *vis* animadora. Todo en él tiende a darnos síntesis psicológicas. He dicho que tiene temperamento crítico: como los críticos verdaderos, lo es porque es psicólogo, porque tiene la mirada sintética; en el análisis no se le ve tan certero, y de ahí sus imperfecciones de detalle. Su estilo mismo lo

denuncia; matices y personificaciones se esfuerzan por revelar el significado espiritual de las cosas.

Esa la peculiar atracción de su poesía: el interés humano, vestido de forma filosófica, menos imperativo que la seducción del suspiro sáfico o el estremecimiento del arranque pindárico, más profundo y perdurable que la magia plástica de las parnasianas visiones de belleza im-  
pasible; interés cuyo sólo prestigio, en poetas como el fuerte Browning, como Campoamor, ha destellado con fulgores enérgicos, bastantes a oscurecer la desigualdad persistente de la forma. En Deligne, este poder distintivo, si bien ha encontrado el auxilio de la expresión selecta (¡cuánto es superior en recursos técnicos al autor de las *Doloras!*), ha tropezado con el escollo de la represión emocional. Hasta qué punto ha esquivado el poeta dar voz al sentimiento, a la vida personal, lo dice, más que la rareza de las ocasiones en que lo ha ensayado, el estilo conceptuoso y oscuro que adoptó en *Romanza* y *Al pasar; Ritmos*, a la muerte de su hermano y compañero de labor intelectual, suena a escrito como por deber, como si el íntimo dolor repugnara el canto.

Este afán de suprimir la emoción directa lo destierra de los encantados huertos en donde más intensamente se exalta o solloza la moderna lírica, y suele restar virtud persuasiva a sus versos, pero la no agotada fuente emotiva, desviando su curso, ha llevado a su más alta poesía el suave raudal de la "emoción de pensamiento", la emoción nacida del sentido espectacular de la observación esquivada a todo personal prejuicio: actitud que el poeta se atribuye en el principio de *Ololoi*.

Con tales elementos ha creado su propio género, único en América: el poema psicológico (1). Sus producciones

(1) En efecto: aunque en la América española abundan los poemas cortos, es difícil tropezar con alguno cuyo asunto sea la narración de un proceso psicológico, fuera de los que produjo la efímera imitación de Campoamor, cuya luz se desvirtuó con la refracción, como se advierte en los endeble ensayos con que se inició Gutiérrez Nájera, y en los mejor logrados, pero excesivamente sentimentales, de Luis G. Urbina y Andrés Mata. Ciertas poesías de Lugones son hábiles esbozos de aspectos momentáneos, sugeridores de vida interior; los poemas de Díaz Mirón, o resultan puramente descriptivos.

típicas, no solamente *Angustias*, *Soledad*, *La aparición*, *Confidencias de Cristina*, *Aniquilamiento*, sino también *Maireni*, ensayo de "fantasía indígena"; *En el botado*, que los retóricos llamarían descripción con epifonema; ¡*Muerta...*!; panegírico en forma de elegía; *Entremés olímpico*, fábula del humano descreimiento; *Del patibulo y Ololoi*, cuadros de actualidad política local, poseen todas, en mayor o menor grado, los caracteres del género: rápido bosquejo de la situación inicial; luego, breve y animada evocación del ambiente; y a seguidas el proceso psicológico, sintetizado en dos o tres momentos culminantes, con las necesarias transiciones. Unas veces, como en *Maireni*, el procedimiento es rudimentario; otras, como en los cuadros políticos, abarca hasta la vida social, como elemento activo.

El asunto de los poemas ha ascendido, con el tiempo, a importancia y amplitud cada vez mayores: a *La Aparición* y *Angustias*, casos circunscritos de almas sencillas, lo mismo que *Soledad*, con el que va entretejido no muy hábilmente un incompleto cuadro político, sucede *Confidencias de Cristina*, el más extenso, el más analítico, y sin duda el de más intensa psicología individual; viene luego un grupo de poemas en donde el caso individual ofrece aspectos universales, es ejemplar: Nanias, el mancebo hindú de *Aniquilamiento*, héroe de la eterna duda y de la solución místico-pesimista; el bohío, alma de la huerta que más tarde fué *Botado*, natural espejo de las reflorescencias espirituales; la cantora de la patria dominicana ideal, representativa de la esperanza patriótica y su indomable esfuerzo; por fin, los poemas recientes, en que el tipo individual se esfuma cada vez más, se convierte en signo de procesos psicológicos generales, en agente del oscuro determinismo social: el déspota que triunfa sobre el

---

como el *Idilio*, o apenas esbozan problemas, como *Claudia y Dea*; los de Leopoldo Díaz son grandes frescos decorativos, de intenciones simbólicas a veces; y el terrible *Idilio salvaje* de Manuel José Othón, que pinta una serie de estados anímicos, concertándolos con el paisaje del desierto, no es sino un intenso grito lírico, uno de los más intensos en la poesía castellana contemporánea. Aparte las imitaciones campoamorinas, sólo recuerdo un poema que describe un proceso psicológico decisivo y completo, como en Deligne: *El ángelus*, de Jesús E. Valenzuela.

imperio de los vicios locales, —Prudencia, Apatía, Pereza, No importa—, para caer más tarde, en singular momento, arrollado por el sordo reflujó popular, dejando tras sí la inquietante interrogación del futuro; la víctima del pequeño terrorismo implantado por los mezquinos poderes temerosos, imán que momentáneamente atrae todas las pasiones despiertas en la incesante lucha política convertida en agio grotesco; *in excelsis*, Jove capitolino, inmutable, contempla el insaciado afán de fe de la raza deucalionida, no satisfecha por el Olimpo helénico, decepcionada también de la nueva doctrina humilde y casta, y la socorre levándole, para el ensueño y el olvido, el Pegaso y la Quimera.

El ingénito eticismo de Deligne imprime sello indeleble en los poemas; la mira constante hacia una finalidad pervade los procesos psicológicos, es el núcleo dinámico de ellos. No podría imaginársele autor de poemas sin proceso ni término, estáticos, como los que el neo-helenismo francés, desde Chénier, ha cincelado con tanta gracia feliz de ejecución: toda su labor implica esfuerzo de síntesis, empeño de iluminar las oscuras germinaciones, de concertar en torno a los ya descubiertos temas fundamentales las modulaciones flotantes. El término en que se resuelven sus fines puede ser en sí mismo indeciso: puede ser una esperanza viva, como en *Angustias*, o una decepción, como en *Cristina*; puede ser una conclusión pesimista, como en *Aniquilamiento*, o una interrogación, como en los cuadros políticos; pero sin el afán de finalidad no habría poema. Con esta su preocupación, Deligne se encuentra a sí mismo; sobre las limitaciones de su impersonalidad voluntaria, destiende en vasta perspectiva su universo espectacular y lo puebla de motivos éticos; su timidez para dar expresión a lo íntimo se convierte en audacia para afrontar cualquier problema humano; y el interés de los conflictos lo enardece hasta suscitar el ritmo de la emoción: el secreto del éxito de *Angustias* está en la conmovida explosión del amor materno; la boga de sus poesías políticas se debe al vigor de los contrastes, que alcanza el grado patético en *Del patíbulo*; y los puntos máximos de su poe-

sía son los momentos en que la intensa emoción intelectual le infunde la exaltación ditirámica de *¡Muerta...!*, o le hace descubrir una imagen de procesos espirituales en el "palacio indígena" que es gloria de una huerta tropical y que luego, abandonado, se convierte en ruina, pero que pronto, invadido por la selva, renace como asilo de trepadoras florecientes, o le hace plantear, con la energía imperiosa de un problema vital, el problema ético en *Aniquilamiento* o el problema religioso en el *Entremès Olímpico*.

Después... Después quedan unas cuantas poesías de contenido filosófico, explicaciones incompletas de los pensamientos cuya expresión activa son los poemas; dos apólogos (*Peregrinando* y *Spectra*), pálidos por lo abstractamente simbólicos; unos cuantos tributos a la idea de patria; otros a algunas memorias venerables, varias traducciones y paráfrasis de irreprochable técnica (*El silfo*, de Hugo; *Núbil* y *Bucólica*, de Chénier; *Invernal* y *La hora del pastor*, de Verlaine); un delicioso epitalamio, portador de un amable consejo entretejido en guirnalda de animadas flores; y un fárrago de poesías inútiles, juveniles u ocasionales, de las que no quisiera acordarme.

¿Se descubre en Deligne norma filosófica definida? —habrá quien pregunte. No: en los tiempos que corren, un psicólogo eticista, aguijado por el instinto crítico, difícilmente puede adoptarlas; quien vive planteando problemas es rebelde a los dogmas; el temperamento evangelizador logra unificar el pensamiento de un Guyau, de un Hostos, de un William James, sin colmar las inquietantes lagunas de su indecisión metafísica: y los superficiales no aciertan a explicarse el complejo drama espiritual de Nietzsche, de Ibsen, de Tolstoy, cuyo dogmatismo de última hora es la ilusión de la paz en un espíritu agobiado. Nuestro poeta, fiel a su demonio interior, en vano aceptó con entusiasmo juvenil el optimismo "que lleva a lo que declina —voz de ardiente corazón"—; en vano abrazó más tarde el reposo en el eterno, originario olvido de la selva indostánica: sus poemas nuevos terminan, como el *Zarathustra* de Richard Strauss, en interrogaciones. El afán que nos

impulsa a desgarrar sin tregua las inagotables entrañas del misterio sólo busca la fórmula de la estabilidad: ¡perpetua antinomia irresoluble! Acaso, como pensaba Lessing, la investigación de la verdad valga más que la verdad misma.

*Pedro HENRIQUEZ UREÑA.*

México, 1908.

**GALARIPSOS**



## LOS GALARIPSOS

En la liana vistosa y empinada  
funden los galaripsos su esbelteza,  
como una aspiración que se anonada  
—temblando de pasión— en la belleza.

Tejiéndose al imán de sus amores,  
su follaje nervioso, se estremece;  
y presume quizás, al echar flores,  
que es el árbol amado el que florece.

Teclado son de vientos vagarosos  
y cual la mirra de sagrado rito  
en espiral remóntanse, ganosos  
de holgar entre el planeta y lo infinito.



## INCENDIO

Dormida está la ciudad,  
bajo los limpios reflejos  
de una luna sin mancha  
en un nacarado cielo.

Allá lejos zumba el mar;  
acá suspira el misterio  
y en las hebras de la luz  
flota en su hamaca el silencio.

¡Qué de fantasmas de rosas,  
en blando revoloteo  
invaden calladamente  
los cortinajes del lecho!

¡Qué tropel de diminutos  
y ágiles duendes aéreos  
se deslizan impalpables,  
paz y calma repartiendo!

Todo, hasta el aire, es marasmo,  
todo, hasta la luz, es sueño;  
todo, hasta el duelo, es quimera:  
¡sólo el mal está despierto!

De cuya presencia adusta,  
de cuyo empuje soberbio,

hablan, gritan las campanas  
con vibrante clamoreo.

Y allá al lado del poniente,  
entre oleadas de humo denso,  
asoma el robusto monstruo  
su roja cresta de fuego.

"Venid" parece que dice;  
parece que clama: "os reto",  
con su ruido de agua grande,  
con sus crujidos siniestros.

¿Quién no lo vió...? Era uno solo,  
y revistió en sus efectos,  
los mil tonos, las mil formas,  
de un espantable Proteo.

Como niño que en petardos  
entretiene el raudo tiempo,  
así niño en unas partes,  
todo lo estallable uniendo,  
estallaba en un volcán,  
del raro volcán contento.

Enamorado, otras veces,  
del uno al contrario extremo  
iba hablando con su amada  
a puras lenguas de fuego,  
hasta perecer con ella  
en blancas cenizas vuelto.

Ora bajando intranquilo,  
ya presuroso subiendo,  
ya contra el viento accionando  
ya corriendo contra el viento;  
escudriñando unas veces,  
otras veces destruyendo;  
dormido como un león,

en súbito apagamiento;  
para surgir más robusto,  
más voraz y más tremendo;  
con profundidad de abismo,  
con escalofrío de vértigo  
era tristemente grande,  
era noblemente tétrico  
y hermoso terriblemente  
¡aquel conflicto de incendio!

Pero más hermoso aún  
el alcance del esfuerzo  
que trajo el coloso a tierra,  
junto a las ruinas deshecho.

Y más hermoso el que prueba  
que Jesucristo no ha muerto;  
que el mal sólo es transitorio,  
que el bien es el solo eterno.

Porque ¿sabe acaso el ave,  
después que el ciclón va lejos,  
lo que la rama querida  
y el dulce nido se hicieron?...

Lo sabe la caridad,  
y es solamente por eso  
que abre, mirando a las víctimas,  
¡su manto color de ciclo!

1883.

## MAIRENI

Llega, se salva! El inerte  
follaje le da camino  
contra el rugido de muerte,  
que a su espalda, bronco y fuerte,  
sale del bando asesino.

Es Maireni el antillano:  
el de la valiente raza  
del altivo quisqueyano:  
el de la robusta mano,  
el de la potente maza.

Viene de la infausta vega,  
donde entre sangre, que ciega  
vierte la inicua matanza,  
desfallece la esperanza,  
y la libertad se anega.

Viene de la ruín batalla  
en que, a par del arcabuz  
que en roncros truenos estalla,  
opone al derecho valla  
el cielo, desde la cruz!

Mudo el caracol guerrero;  
las tropas indias, deshechas:  
salvando el círculo fiero

que hacen las puntas estrechas  
del advenedizo acero;

torna Maireni vencido  
al silencio de sus sierras;  
si el corazón dolorido,  
el espíritu atrevido  
fraguando futuras guerras.

Que ese monte, que le ofrece  
abrigo en su fuga y duelo,  
y el aura que lo remece,  
y ese sol que resplandece,  
aún son su tierra y su cielo!

Su tierra! Con qué fruición  
la envuelve en honda mirada!  
Desde el oscuro montón  
que hace en la selva callada  
el volcánico peñón,

hasta la lista indecisa  
de la comba cordillera  
que a lo lejos se divisa;  
de los arbustos que pisa,  
a la gallarda palmera.

No piensa, en tal panorama  
el bravo cacique absorto,  
que a la luz que el aire inflama,  
es débil muro una rama,  
y una selva asilo corto.

Mientras allá en lo lejano  
le convida la montaña,  
él se detiene en el llano;  
ya abierto al empuje insano  
de los soldados de España.

Ya le alcanzan, con veloces  
pasos, y en brusca algarada  
de ásperos gritos feroces,  
"ríndete" claman las voces,  
mientras lo impone la espada!

Pero él les mira: comprende  
que es vana toda porfía;  
ve que la lumbre sombría  
de sus ojos le pretende  
para más lenta agonía:

Y "es mío", dice sonriente,  
"mi destino todo entero!"  
Y contra el peñón austero  
rompiendo la altiva frente,  
se abre al sepulcro sendero!

Caen las hojas secas, vuela  
sobre el tronco ensangrentado  
el polvo; y amortajado  
así, bajo el sol se hiel.

Y allí queda abandonado,  
hasta que una mano amiga,  
en la noche tenebrosa,  
a la tierra el cuerpo liga,  
sin una piedra que diga:  
"por ser libre, aquí reposal"

Y allí yace, al murmurío  
de las hojas; al tenaz  
rumor de lejano río...  
¡Deidades del bosque umbrío,  
dejadle que duerma en paz!

1885.

## LA NUEVA JERUSALENI

*A la Señorita N. T. P., en su Album*

Oh vosotras, mujeres!, que cautiva  
guardais la lumbre de inflamados soles;  
y sois entre los astros, arreboles;  
y sois entre las plantas, sensitiva:  
no habeis surgido de la blanca espuma,  
para empuñar un cetro muelle y suave;  
sino a romper del porvenir la bruma;  
sino a guardar del porvenir la llave.

Bajaron desde el alma, que vigila  
sobre el inquieto afán de los sentidos,  
palabras de consuelo a mis oídos,  
y visiones de gozo a mi pupila.

Pues pareciome que una voz clamaba,  
voz de rítmicas notas celestiales,  
por una tierra que el amor manaba,  
de leche y miel, en límpidos raudales.

Y quise, cual Moisés, del alto monte  
de la ilusión, mirarte ¡oh gran Solimal...  
Y te ví del futuro allá en la cima,  
aun envuelta por nieblas de horizonte.

Y supe, que entre arrullos y entre mimos,  
 en tu recinto divinal, estrechas  
 los árboles cargados de racimos,  
 los años oprimidos de cosechas!...

Y se olvidó, embriagada mi conciencia,  
 de aquel hondo castigo y agonía,  
 que el solitario núnmen dirigía  
 del justiciero bardo de Florencia.

Cuando su musa, de dolor cubierta,  
 fué siempre alivio al corazón sin calma:  
 que allá en las soledades de mi alma,  
 nació Beatriz, ¡pero ha nacido muerta!

Y olvidé en Juan de Pátmos, las visiones  
 de los delirios pavorosos, llenos  
 lo mismo que de bestias y dragones,  
 de trompetas, relámpagos y truenos.

Nada de lo que angustia o que maltrata!  
 Nada de lo que muere o se doblega!..  
 Jerusalem! Jerusalem! que llega  
 del alto cielo, cual bruñida plata!...

PERDÓN!... dijo una voz dulce y amante,  
 cuyo sonido percibí distinto;  
 CARIDAD!... otro acento dijo errante,  
 y AMOR!... dijo otra voz en su recinto.

Y esas tres voces mansas, cuya esencia  
 es de geranios y azucenas puras;  
 eran un coro santo en la eminencia,  
 tres voces de mujer en las alturas!

---

Niña, a quien no conozco, y a quien basta  
 el ser mujer, para que seas FUTURO;  
 niña, en cuya alma y corazón, seguro  
 reposa el íris de la frente casta:

quisiera ver sobre esa frente, el pliegue  
del hondo y conmovido pensamiento;  
que se adelanta audaz al sentimiento,  
y ve lo que ha de ser, antes que llegue.

Que al sondear el porvenir umbrío,  
—amante Adriana de tu amante Djalma,—  
y cuando cedas, cual batel al río,  
a aquel que elija tu inocente alma;

puesta la mira en cumbre más lejana,  
seas sibila y apóstol uniformes,  
y el corazón y espíritu, conformes,  
de los que traigas a la grey humana.

Que esto cobije del hogar el techo;  
pues la NUEVA SOLIMA aquí se encierra:  
del niño en leche y miel unjid el pecho,  
¡para que mane leche y miel la tierra!

1886.

## ANGUSTIAS

*Al poeta amigo Arturo Pellerano Castro*

Su mano de mujer está grabada  
hasta en el lazo azul de la cortina;  
no hay jarrones de China,  
pero es toda la estancia una monada.  
Con un chico detalle,  
gracia despliega y bienestar sin tasa,  
a pesar de lo pobre de la casa  
a pesar de lo triste de la calle.

Cuando el ardiente hogar chispas difunde,  
cuando la plancha su trabajo empieza,  
para cercar de lumbre su cabeza,  
en sólo un haz se aduna  
el brillo de dos luces soberanas;  
un fragmento de sol, en las ventanas;  
un destello de aurora, en una cuna!

¡Qué sima del ayer a lo presentel...  
Allá, en retrospectivos horizontes,  
la desgracia pasó sobre su frente,  
cual una tempestad sobre los montes.

Era muy bella, ¡por extremo bella!  
y estuvo en su mirada

la candente centella  
donde prendió su roja llamarada  
la pira que más tarde la consume,  
la que le hurtó, de tímida violeta  
con el tierno matiz, todo el perfume.

Fué su triste caída,  
lo mismo solitaria que completa;  
y como en casos tales de amargura,  
desde ella hasta Luzbel todo es lo mismo;  
una vez desprendida de la altura,  
cebó en ella sus garras el abismo.

Quedó al horror sumisa  
con expresión que por tranquila, espanta;  
apagada en los labios la sonrisa,  
extinguida la nota en la garganta.  
Flotó en la hirviente ola  
con el rauda vaivén del torbellino,  
y se encontró... sentada en el camino,  
entristecida, macilenta, y sola!...

Pero así como planta que caída,  
después que la desnuda  
rama por rama la tormenta cruda;  
a pesar de la fuerza que la azota,  
de la raíz asida  
queda, y más tiernos sus renuevos brota;  
cuando estaba su oriente más distante,  
y más desfallecida la materia;  
brotó la salvación dulce y radiante  
por donde entró señora la miseria.

Si es cierto que invisibles  
pueblan los aires almas luminosas,  
hubieron de acudir a aquel milagro,  
como van a la luz las mariposas.

Así el suceso su mansión inunda  
con tintes apacibles:

la gran madre fecunda,  
 naturaleza sabia y bienhechora,  
 miró piadosa su profunda pena,  
 palpó la enfermedad que la devora;  
 y en su amor infinito,  
 la puso frente a frente de una cuna;  
 a la vez que vocero del delito,  
 de calma y redención anunciadora!  
 ¡Quién dirá lo que siente  
 al verse de la cuna frente a frentel...  
 Su corazón de madre se deslía,  
 y al hijo que es su gloria y su embeleso,  
 le premia con un beso, si es que ríe;  
 le acalla, si es que llora, con un beso.

Al calor que la enciende  
 ¡cuántas cosas le dice,  
 que el diminuto infante no comprende,  
 tan tiernas a la par como sencillas!...  
 Es un desbordamiento de ternuras,  
 sin valladares, límites, ni orillas!...

De pronto, en su alma sube  
 la hiel de sus pasadas desventuras;  
 y mientras surca y moja sus mejillas  
 llanto a la vez de dicha y desconsuelo,  
 cual si Dios la empujase desde el cielo,  
 ¡cayó junto a la cuna de rodillas!  
 Y ante el espacio estrecho  
 que ocupa aquella cuna temblorosa,  
 como se abre el botón de un alba rosa,  
 la rosa del deber se abrió en su pecho!

¡Reída alborescencia  
 la que de Angustias el camino ensancha,  
 escrita en surcos de la urente plancha  
 y en serena quietud de la conciencia!

¿Hay algo oculto y serio  
 entre los pliegues de su afán constante?...

¿Anubla su semblante  
la vagarosa bruma de un misterio?...  
La audaz de la vecina  
que, cual prójima toda, es muy ladina,  
quita al misterio la tupida venda,  
desparrama la cosa  
con todo este chispear de vivas ascuas:  
—“el chiquitín, un sol; cerca las Pascuas;  
y le trae preocupada y afanosa  
el trajecito aquel que vió en la tienda”.

Por eso, y así el Bóreas yazga inerme  
o airado soplo con violento empuje,  
Angustias canta, el pequenuelo duerme,  
la plancha suena, la madera cruje.

1886

## EN EL DÍA DE SAN FRANCISCO JAVIER

*A mi estimado padrino el Pbro. Billini.*

Como se abren las montañas  
y a los valles precipitan  
aguas, que la vida agitan  
de la tierra en las entrañas;  
brota en tu vida ejemplar,  
una noble desazón:  
inquietud que es construcción,  
y construcción que es hogar!

Fluye en las desiertas calles  
donde la pena se anida,  
y lleva contento y vida  
a tristes y muertos valles.

Muchas veces se la ve,  
afrontando el viento rudo,  
sin más defensa ni escudo  
que el escudo de la fé.

Con divinos arrebatos,  
funda hospicios y abre escuela;  
y amorosa se desvela  
por el bien de los ingratos.

Ah!... pues fuiste para mí,  
sostén, amparo y consuelo;  
nunca me acuerdo del cielo,  
sin que me acuerde de tí.

Tu santo ejemplo acredita  
que no ha muerto el Nazareno:  
cuantas veces nace un bueno,  
¡otras tantas resucita!—

Patentizan tus desvelos  
para consolar al triste,  
que sobre tu alma trajiste  
un pedazo de los cielos.  
que es de la sombra, contraste;  
extinguida la nota en la garganta.

Por esa dulce vigilia,  
¡bendito tú!, que llegaste  
como un padre a su familia.

Bendito ese afán fecundo!...  
pues de luz falto y rocío,  
mucho llora, padre mío,  
mucho se queja en el mundo!...

Eteócles y Poliníces  
aún fecundiza el pecado:  
y es un lamento, apagado,  
la dicha de los felices.

Aún levantan, por blasón  
de sus infaustos deseos,  
la Soberbia, mausoleos,  
y sepulcros la Ambición.

Aun se salva a Barrabás,  
y mueve Marte la guerra;  
y es que aún sobre la tierra  
anda suelto Satanás!...

Los que en nombre de Dios vienen,  
a nombre de Dios disponen  
cadenas que le aprisionen  
y brazos que le encadenen.

De tí —cuya vida es templo—  
de tí podemos decir,  
que se le siente gemir  
bajo la luz de tu ejemplo.

Que subleve su maldad  
los oleajes impuros:

los rompen los santos muros  
que levantó tu piedad.

Que en su emponzoñada cuerda,  
arme flechas la perfidia;  
y que te hiera, hecha envidia,  
o hecha calumnia, te muerdá.  
Mientras con torvo semblante,  
su negra furia se encona;  
mas tu pecho las perdona,  
mas tu voz dice: ¡adelante!...

Al que no busca testigos,  
para hacer del bien su encanto;  
a quien tiene un solo manto  
para amigos y enemigos;

a quien es inmenso amor,  
aunque amor su alma destroce,  
y es amor, porque conoce  
todo lo amplio del dolor;

al que entre nosotros vino,  
y trajo impulso de ruedas:  
¡limpiad, limpiad las veredas,  
y aderezad el camino!—

Ah!... en este tiempo glacial,  
tan alejado del Cristo,  
¡felices los que hemos visto  
hecho carne, lo ideal!...

1886

## DE LUTO

A P.

Tu oscuro traje en que la noche late,  
fué maligna invención —por tal la tengo—  
de una de esas blancuras de abolengo,  
rabiosamente mate.

Una blancura astral de azules venas,  
como la tuya, inmaculada y suave;  
formada adrede con plumón de ave  
y con pulpa de nardos y azucenas.

De ese luto ¡cuán noble privilegio!  
¡cómo en halos gloriosos te aurifica!  
¡qué elegancia a tus formas comunica,  
y qué porte más regio!...

Del traje negro, y de su negro broche,  
surjen las líneas de tu faz, marmóreas,  
como el sereno sol de media-noche  
en las desolaciones hiperbóreas.

Mi alma, a tu paso, atónita se inclina  
y en una muda imploración te adora.  
Y exclama el ditirambo: triunfadora!,  
y el corazón: divina!

Pudiera ser de tu corpiño cierre,  
y pregonar tu imperio —nó tu duelo—  
algo vibrante y fúlgido que encierre  
todos los hipnotismos del anhelo.

Algo para hechizar toda mirada;  
algo para obligar todo tributo;  
algo anormal en medio de tu luto,  
una rosa inflamada!

## ONEIROS

(EN EL DIA DE LA PATRIA)

Desde el Báratro profundo  
—como sube un pez a flote—  
la Discordia subió al mundo,  
a ser su pena y su azote.  
¿Quién la pudo concebir?  
¿quién le dió contorno y ser?  
Desafueros del querer  
e ilusiones del sentir.  
Y hecha horror de los horrores,  
con hierro, llama y veneno,  
se revolvió contra el seno  
de sus torpes genitores.  
Hizo desiertas sus costa;  
hizo sangrientos sus ríos,  
y aventó hasta sus plantíos  
una nube de langostas.  
Se alumbró con los fulgores  
del incendio de sus eras;  
y atizando las hogueras,  
y soplando los vapores,  
desató profundamente  
en la atmósfera moral,  
un nublado permanente  
y un continuo vendaval.

Revueltas del Bóreas fiero,  
 luchan las olas bramando,  
 y en su bajel, maniobrando  
 alza el canto el marinero.  
 No llora el fortuito mal,  
 ni el peligro le amedrenta;  
 pone cara a la tormenta!  
 pone pecho al vendaval!

Ni gimen los labradores  
 porque encadenen sus sañas,  
 las nubes en las montañas  
 y el torrente en los alcores;  
 fuertes, antes que descienda  
 la ruina hasta sus sembrados,  
 aseguran sus ganados  
 y resguardan su vivienda.

Marinos de una mar brava,  
 de un páramo sembradores,  
 que adentro llevais dolores,  
 como un volcán lleva lava:  
 ¿qué os queda, si el mal ahuyenta  
 la luz del mundo moral?...  
 Poner cara a la tormenta!  
 poner pecho al vendaval!  
 Con amor, no con encono;  
 con la verdad, no con guerra;  
 pues no es la sangre el abono  
 predilecto de la tierra.

¿Es que punzante os acosa,  
 en ansia del bien humano,  
 voracidad de gusano  
 que quiere ser mariposa?  
 Pues a lidiar con tesón!:  
 a salvar con brazos bravos  
 a los dóciles esclavos  
 de toda enferma ilusión:

a labrar en el destino,  
con decisión y energía;  
a sacar a buen camino  
el querer que se extravía;  
a amparar los fieros daños  
con que en el orbe se excede  
aquel que se engaña adrede,  
para llorar desengaños.

A qué todo?... A un porvenir  
manso, halagüeño y fecundo:  
ya que el sentir manda el mundo,  
¡hay que pensar el sentir!

¿No se busca un nuevo edén?...  
Pues tenga la humanidad  
como ilusión, la del bien;  
como engaño, la verdad!

Ellas dos, siendo en la calma,  
alba, céfiro y rocío;  
en el minuto sombrío,  
son los broqueles del alma!  
Ellas dos saben hacer  
amorosos voluntarios,  
decididos legionarios  
de la legión del Deber.

Del Deber, un mocetón  
que en cuanto es grande, se empeña;  
el gozo en la faz risueña,  
y lo serio en la razón.  
Si al salir de trabajar,  
apresura su carrera,  
es que sabe que le espera  
a la puerta del hogar,  
esta dulce dualidad,  
esta doble simpatía:  
su hija menor, Alegría;  
su esposa, Serenidad.

¡Haced ah! una letra nueva  
donde se enlace y se anude  
el error que se sacude  
con el alma que se eleva;  
donde suene —en sonar de aguas—  
el de manantiales vivos;  
donde se hable de cultivos,  
donde se diga de fraguas;  
donde en grandiosa epopeya,  
circule —como un temblor—  
la ardiente onomatopeya  
de los monstruos de vapor;  
alumbradla en luz de día  
y en calor de corazones,  
y arropadla con los sonos  
de una casta melodía!

Será la suave tonada,  
será el divino concierto,  
con que arribemos al puerto  
de la postrera cruzada.

¡Paladinismo final,  
cuya tardanza contrista,  
la conquista, la conquista  
del vellocino moral!

Pues vendrá —porque no es sueño  
el bien, aunque el mal lo afirme,—  
bajará a la tierra firme  
a dominar como dueño,  
la que mora, donde el día;  
la que al mismo encanto, encanta;  
la más noble, la más santa,  
la más grande, la Armonía!

1887

## AL PASAR

*Carta abierta a A. F.*

Al salir de la edad a donde alcanzan  
los calientes cendales de la cuna,  
cuando es rumor de Dios la dulce brisa,  
cuando es fanal de Dios la blanca luna;  
al comprender que se nos huye el nido,  
porque huyen las ficciones maternas  
que absorbe el niño y que deslogra el mozo;  
miramos hacia atrás con un gemido,  
miramos hacia atrás con un sollozo.

Allá dejamos trinos de turpiales;  
efluvios de azucenas y de rosas,  
y recuerdos de un céfiro dormido  
en los callados bosques de la Idalia...

Y puesta la sandalia,  
para seguir la voz que nos es cara  
desde que somos en sus redes presa,  
seguimos al viajero que no cesa,  
al espíritu inquieto, que no para.

Talvez si de ese viaje serán puerto  
las caldeadas arenas del desierto;  
o tal vez si nos labren sus arcanos

la impresión que es de horror y parasismo,  
porque tropiecen las curiosas manos  
con la ferrada puerta del abismo.

Antes el misterio en calma, nunca aterra  
el miedo de posibles aquilones,  
si densas nos empujan a montones  
las que son en las nubes y en la tierra,  
allá electricidad, y aquí pasiones.

Y vamos del misterio a la conquista,  
sin pesar, sin dolor, sin desconsuelo:  
sin que ignoremos además que exista  
hielo en los polos y en las almas hielo!

La mano que nos lleva  
a la implacable lucha por la vida,  
de todo lo que es suave nos despoja.  
Mientras sentimos que en el pecho nieva,  
el vapor de la sangre se liquida  
y el árbol de la infancia se deshoja.

Ante ese nuevo afán se dobla y cede  
aquel de quien las albas son tributo,  
con el tránsito mudo en que sucede  
al cándido azahar el agrio fruto.

Y porque entonces a la par sentimos  
que se quema la fiebre en nuestras frentes  
y que sube lo oscuro a nuestro juicio;  
entre todo lo grande preferimos  
de los astros el sol; de los abismos,  
el abismo del mar, de las pendientes  
la pendiente del brusco precipio!

Y aquel olvido, que empezó gimiendo  
de azucenas, de céfiro, de nido,  
concluye en que pongamos, sonriendo,  
mucho de voluntad en el olvido!

Esas sublimidades apacibles  
que entonces desdeñamos; cuya densa  
—si blanda luz—a nuestros ojos arde.  
ya en la atmósfera tibia de la tarde,  
ya de la mansa fuente en los sonidos,  
ya en el azul de la región inmensa,  
o en el piar de los implumes nidos;  
todo en límpida alianza se condensa,  
y fruto del misterio de esa alianza,  
te modelan a tí, como venganza.  
Como radiante, sideral destello  
de todo lo que a el alma en paz expande;  
como tierna victoria de lo bello  
sobre el ansia infinita de lo grande.

Nosotros, los que absortos contemplamos  
todo lo hermoso que en tu sér se abriga,  
te vemos y exclamamos: Dios te guarde!;  
pasamos, y al pasar: Dios te bendiga!...

\*

La voz que nos acosa  
con la muda elocuencia del anhelo,  
de nuevo en el turbión nos arrebatá.

En nuestra marcha triste y silenciosa  
nos sigue el huracán en raudó vuelo;  
y en tanto que las sombras se derraman,  
mujen los lagos, los torrentes braman,  
se nos desgaja el monte, y truena el cielo!...

Mas, recordamos que en tu frente vimos  
los lampos de la aurora boreal;  
y recordamos que en tus ojos puso  
su límpio rayo azul el ideal:  
y cuando en alas de huracán, seguimos  
de nuestro oculto afán al vago oriente;  
al evocar esa impresión, sentimos  
que el céfiro se posa en nuestra frente!

## VALLE DE LAGRIMAS

### I

Los que echais la sonda al mar  
del incierto porvenir,  
cuando al hombre habeis de hablar  
¿por qué le hablais de llorar?  
¿por qué le hablais de sufrir?

¿No sabeis que se envenena  
a vuestra voz su esperanza?  
¿Que a cualquier aura inserena  
tiende la lona, y avanza  
bruma adentro de su pena?...

Ninguno como él fecundo  
para medir el confín  
de las nieblas del profundo,  
ni nadie como él tan ruín  
para los duelos del mundo.

Cuando a golpes de alborada  
el espacio resplandece,  
cuando la selva florece  
y es todo sonrisa alada,  
él solo gime y padece.

Mientras la duda le espanta,  
o el desencanto le hastía,  
o algún pesar le quebranta,  
en su redor todo canta  
con una inmensa armonía.

Y del sol a los fulgores,  
simiente, plantas y flores  
cumplen en paz su destino:  
arrullando sus dolores,  
sólo él yerra su camino!

Y este es el doliente ser  
cuyas penas aumentais?  
y de incierto conocer,  
y de oscuro padecer,  
alzando la voz, ¿le hablais?

Ah! dejad la cruel porfía;  
callad la palagra agreste,  
que hace en las almas —impía—  
la misma carnicería  
que hace en los cuerpos la peste.

Bueno estaba, cuando al rudo  
quebranto de su albedrío,  
rodaba —sin paz ni escudo—  
delante de un altar mudo,  
dentro de un claustro sombrío:

hoy no, que en blando embeleso  
y en indecible arrullar,  
le piden de vida exceso,  
el noble altar del progreso,  
el claustro del dulce hogar!

## II

Pues echais la sonda al mar  
del incierto porvenir,

cuando al hombre habeis de hablar,  
¿por qué le hablais de llorar?  
¿por qué le hablais de sufrir?...

¿No visteis nunca, posadas  
en el leño del dolor  
de tumbas abandonadas,  
rompiendo en trinos de amor?

¿Ni os llegó en ondas serenas,  
atravesando las penas  
de la angustia universal,  
un gran rumor industrial  
como de hirvientes colmenas?...

Son los pueblos que invocaron  
una triple santa alianza;  
que su concierto juraron,  
y en sus banderas grabaron  
*Paz, trabajo y enseñanza!*

De ellos, en divina unción  
llevad a lo que declina  
voz de ardiente corazón;  
como voz de construcción  
al mismo pié de la ruina.

De su arribada gloriosa  
a la más erguida cumbre,  
de que en ellos cuanto es lumbre  
como en su centro, reposa;  
contadlo a la muchedumbre!

Decidle cómo en sus lares,  
abriendo al tráfico brechas,  
la Paz serenó sus mares,  
y sembró sus olivares,  
y bendijo sus cosechas.

Contadle del rudo abrazo  
con que apretándoles fiero  
el Taller en su regazo,  
les hizo de bronce el brazo,  
y el alma brava, de acero!

Referid cómo aterida,  
en el umbral de su Escuela  
muere, burlada y vencida,  
la voz que se desconsuela

Y contad cómo se unieron  
en fecunda trinidad,  
y a su pueblo sonrieron,  
y un férreo trono erigieron  
a la augusta Libertad!

Ah sí! compuesto el deseo  
como balsámica miel,  
y juntos en alto empleo  
la confianza de Ezequiel  
con el verbo de Tirteo;

en consuelo que es salud  
con promesa que no engaña,  
de ejemplos de tal virtud,  
de lo alto de la montaña  
hablad a la multitud!

1889

## CANTO NUPCIAL

*Para las bodas de J. F. Camarena con Rosa Pacheco.*

De estrellas encendido el limpio azul fulgura;  
y en huerto donde estremaman su blando titilar,  
ya duermen los claveles y la azucena pura,  
y el lirio —soñoliento— principia a cabecear.

Pero pasais vosotros; y me direis ¿no es cierto  
que estremecidas todas en un temblar veloz,  
alzaron sus cabezas las flores de aquel huerto,  
y hasta os dijeron “*salve!*” con una tenue voz?...

Qué lo negais?... Lo afirmo! Si estais de primavera!...  
y así cual sonreimos a algún floral botón,  
las plantas nos devuelven nuestra sonrisa entera  
cuando de savia lleno florece el corazón.

Marchad si nó a la selva: la palma, electrizada  
al veros, con más prisa sus ramas mecerá;  
y si buskais la sombra de fértil enramada,  
la parcha sarmentosa de amor trepidará.

Pues, atracción o impulso, ternuras o fiereza,  
la vida a lo que es vida le dice amante, “*ven!*”;  
el sol a nuestro mundo; a amor, naturaleza;  
y amor, cuando no es falso, amor impulsa al bien!

Así obrará en vosotros, ¡oh fieles!; y testigos  
del astro que levanta el bien para los dos,  
dejad que en franco júbilo lleguemos los amigos,  
lleguemos y os digamos: ¡benditos seais de Dios!

Que baje a vuestro espíritu, como el rocío, del cielo,  
un Mayo envuelto en luces de rosa y de zafir;  
y sea la que jurasteis, unión de hogar modelo,  
unión de fuerzas vivas, unión de porvenir!

El hada que os conduce, a quien llamais Ventura;  
el genio que os desposa, que se apellida Amor;  
no harán que el viento bravo respete la onda pura,  
que el orto raye siempre cubierto de esplendor.

Pues lo sabeis, pareja; y en fuerzas virtuosas  
llevais alborozados al tálamo nupcial,  
dos mentes en que latén dos almas armoniosas,  
dos almas donde puso lo bueno su ideal;

en medio a las borrascas que surquen vuestra vía,  
en medio de la noche que surja y su negror,  
volad, aves gemelas, aunque se os nuble el día,  
cantad aún en la sombra, cual lo hace el ruiseñor.

1889

## QUID DIVINUM...!

*A mi amigo A. Sánchez, acerca de sus ensayos poéticos*

### I

No he de ser yo quien ose, aventurero,  
profano de la crítica en las aulas,  
ni al matiz espontáneo de tus flores,  
ni al verdor virginal de tu enramada.

Mariposa del arte, no pregunto  
si el pétalo radiante que me llama  
es o no regular; humilde abeja,  
al color antepongo la sustancia.

Yo siempre supe respetar devoto  
las cosas nobles y las cosas santas:  
lo mismo la afición hija del cielo  
que el despertar lumínico del alba.

Que a esta inquietud de perfumarlo todo,  
a este anhelar de espirituales ansias,  
mucho grandeza he visto semejante;  
mas que en virtud le sobrepuje, ¡nada!

Como esas nubes que el vapor engendra,  
y el monte espira en humaredas blancas,

y el eléctrico flúido entenebrece,  
y el viento junta y el verano inflama:  
tal el ardor poético formaron  
la hermosa Caridad y la Esperanza,  
para rociar la humanidad sedienta,  
de la Fe y la Justicia con las aguas.

No hay tan gran preocupado de conciencia  
como el que sube hasta esa altura aislada,  
ni más creyente en bien que el que se aduerme  
al beso puro de tan frescas auras.

No hay síntesis mayor que la que sirve  
a ese hijo de la gloria y la desgracia,  
que en una línea hace caber la idea,  
y en una estrofa desenvuelve el alma!

Y si un más fuerte ser que Prometeo  
o más doliente que él alguien buscara,  
acérquese al poeta, que ha sabido  
y sabe devorar de sus entrañas...!

## II

Pues que tú sientes que el cerebro invade,  
con la apacible luz de la alborada  
la música divina de los pájaros,  
y un rápido latir como de alas;

ahonde tu pupila el gran enigma  
en que Natura inmensa está velada;  
bebe en las fuentes donde el arte puso  
sus ondas más vivíficas y claras;

siervo de la verdad, míralo todo  
por el través de su impalpable gasa;  
encendido el fanal de la conciencia,  
mantén tu senda como el aire diáfana;

y cuando el duelo aflija a los humanos,  
rompa tu endecha rebosando lágrimas,  
como lloró en un tiempo Jeremías  
sobre Salén desierta y desolada.

Y si el clarín sonoro del derecho  
el aire llena de la dulce patria,  
en última tensión por él las cuerdas,  
al estallido de la lira, estalla!

Combate, si Satán asoma adusto  
su cabeza de sierpes coronada;  
hasta postrarle, lucha: y si no puedes,  
haz prosélitos bravos a tu causa!

Gózate en tí si el bien esparce al mundo  
la tradición viviente de la Italia;  
y el corazón más ancho y venturoso,  
con el laud de las ternuras, canta!

Que no sepan los otros tus pesares;  
calla tus dudas mientras más amargas:  
vive en tí, si tu vida no es siquiera  
un animado impulso a la esperanza.

Y sube así, remóntate, penetra  
en esa alta región iluminada;  
accesible no más —pues Dios lo quiere—  
a las grandes conciencias y a las águilas!

1889

## A LA MEMORIA DEL PADRE BILLINI

And from the sky, serene and far,  
a voice fell, like a falling star, Excelsior!

LONGFELLOW.

Adios! adios! espíritu gigante,  
donde fijaron sólo  
—en cuan fecundo pero breve instante—  
su norte el bien y la virtud su polo!  
Adios, adios! fructífero albedrío,  
salud del corazón al duelo opreso,  
de santa caridad blando rocío,  
soldado de Jesús y del progreso!  
Adios, y para siempre,  
adios y para siempre, ¡oh padre mío!

De hoy más, cuando vecina  
la estación que por tí se engalanaba,  
enflorece la colina,  
el prado esmalte, regocije el huerto;  
a el alma que te amaba  
caerá pálido y yerto  
un largo invierno triste;  
ay! que llegando abril a nuestros lares,  
al brotar los primeros azahares,  
desplegaste las alas y te fuiste!...

Y eras tú quien solías  
acudir de la Patria al tibio llanto  
en los aciagos días!  
Tú, su dos veces santo,  
prometido Mesías  
a sus sueños de unión y de adelanto!  
Tú, que a calmar su devorante anhelo  
trajiste de lo inmenso preparadas,  
blandura de las auras perfumadas,  
inquietudes del mar, claros del cielo!

Que ella, la Patria que por tí se enluta,  
fué la que puso la inicial potencia  
que en tí duró hasta el fin; ella absoluta,  
aparte de tu Dios y tu conciencia!

¿No abriste, acaso, de su bien ufano,  
cediendo a la atracción de la eminencia,  
sendero al orto, regular y llano,  
para encauzar su noble inteligencia?

En tu afán sobrehumano,  
¿no fué de tus propósitos estrella,  
que a la altura divina  
de levantada y racional doctrina  
subiendo todos, ascendiese ella?

Sí que lo fué... ¡felices los que vimos  
cómo en frutos de bienes te cuajabas,  
cual se llena la palma de racimos!

Felices de mirar cual batallabas,  
sin estímulo ruín de vana gloria,  
sin asco a la humedad de los caminos,  
con fuerzas que los males no domaron,  
por conducir la Patria a los destinos  
que en el humeante altar de la victoria  
nuestros augustos padres suspiraron!

Si en lucha tan tremenda  
fueron grandes y rudos tus afanes,  
díganlo tus hermanos los titanes!

Aún parécenos verte en la contienda  
Satán, Satán, sañudo y prepotente,  
concordia, instituciones  
y libertad llevaba hacia el ocaso:  
tú, preparando fuertes corazones  
y en luz ungiendo tenebrosa mente,  
formabas dique a su funesto paso;  
mientras en alta promesa señalaba  
tu imperativo índice al oriente.

Aún parécenos verte,  
tras ardua, hermosa y divinal conquista,  
otra seguir como de lides falto,  
con un ánimo fuerte  
y una confianza como nunca vista,  
que parecían decir: mucho más alto!

Ah! y todavía te vemos  
de la fulgente vida en los extremos  
llena en proyectos mil la ánima inquieta;  
y con fé joven y esperanza viva,  
aún exclamando: arriba! más arriba!

Y allá, cuando a la cúspide subiste,  
émulo al joven-alma del poeta,  
el de divisa extraña, sucumbiste!...  
No en ventisquero helado,  
no en cima yerma ni ignorada cumbre,  
sí en recinto caldeado  
de gratitud ardiente en viva lumbre,  
con la flor del cariño perfumado!...

Es por eso, es por eso,  
que a saludar tu bendecida tumba,  
se detiene un instante

el eterno viandante,  
el ángel sin reposo del progreso.

Es por eso, es por eso,  
que la matrona del amor divino  
al redor de tu lápida sencilla  
entre crespones lúgubres se emboza,  
y la diosa del pueblo se arrodilla,  
y la conciencia nacional solloza!...

Mas ¿qué súbito acento  
se adueña audaz del vagaroso viento?  
Quién turba la paz santa  
de ese sepulcro-día,  
rompiendo en tumultuosas  
altas olas de férvida armonía?  
Quién así el duelo general quebranta?...  
Es la Razón, es la Razón que canta!

Es la Razón, que si lloró mirando  
el cautiverio infando  
de Solima inferior a sus destinos,  
canta una hermosa vida bien lograda;  
e himnos previene al sepulcrar reposo  
del que elegido a fecundar la nada,  
hombre nació para morir coloso!

“Loor, canta, eterna gloria  
a la blanca memoria  
de aquel varón de mente levantada,  
que con la luz de su mortal jornada  
con un chorro de sol doró la Historia.

“Que en ardiente pelea,  
con su fé gigantea  
quebró del mal la aborrecible frente;  
que si deja el combate, es solamente  
a engrandecer y perpetuar la Idea.

“Que al social abandono  
y al infernal encono,  
siendo ancho puerto, inquebrantable escudo,  
más altos levantó de lo que pudo  
a Dios altar y a la conciencia tronol”

1890

## LATINOS

¡Oh, Lacio!, con tu cetro soberano  
¡cómo la historia cambias y dispones!  
Roma la tierra inunda en sus legiones,  
y las almas sujeta al Vaticano.

Rompe Florencia en un cantar lozano,  
que es ley al corazón y las naciones;  
mientras del arte el dulce yugo impones,  
con el pintor de Urbino y el Toscano.

Pero tan alta gloria palidece  
ante la estrella que brilló en la cuna  
del marino de Génova dichoso:

mundo encontró, donde en igual fortuna,  
la libre acción del pueblo resplandece  
¡y el pensamiento libre es un coloso!

1892

## LA HIJA DE COLON

Tierra que apacentada en la injusticia,  
con su veneno en larga edad se nutre,  
y entusiasta, las filas del derecho  
vuela a colmar cuando el derecho surge;  
tierra triste, habituada a la coyunda,  
tierra enervada que en silencio sufre,  
y al tenue albor de Libertad despierta,  
como Pálas ardiente y más ilustre;  
tierra que de la espalda triunfadora  
forja el arado en resonante yunque;  
y que aún cubierta de sudor honrado  
al templo augusto del saber acude;  
heredera es genial de la potencia,  
es hija de las célicas virtudes  
con que un varón constante y esforzado,  
por una dama generosa y dulce,  
desbarató la inmerecida fama  
que en el mundo llevó la "última Thule".

1892

## CONFIDENCIAS DE CRISTINA

### I

...Y alterado el sosiego de mi vida  
por nerviosos temblores en el alma,  
las aulas que antes fueron mi deleite  
con el peso de un mundo me abrumaban.

Ya ni el templo mismo, entre las dulces  
y alegres compañeras de la infancia,  
la paz, la hermosa paz de días mejores  
unjía mis preces ni mi sien besaba.

En el raudal sonoro de los cantos,  
en los cirios de inquietas llamaradas,  
en las ondas profusas del incienso,  
de la alta nave entre las tintas vagas;  
dominándolo todo, se extendía  
como un oscuro cuervo, mi nostalgia:  
¡malestar misterioso, el de sentirme  
entre humanos viviendo, desterrada!

Era mi voluntad tener mensajes  
que trasmitir del céfiro en las alas;  
¿a quien? tal vez a un silfo vagaroso  
entre floridas selvas y enramadas.

Era mi voluntad tener pesares  
que desahogar con abundantes lágrimas;  
confidencias que hacer en voz muy tenue  
a la profunda noche o a las auras.  
Y ya dormida, en torno discurría,  
surjiendo de la sombra y de la nada,  
legión de seres legendarios, formas  
de Artagnanes, de Otelos y de Djalmas.  
Moviéndose en un mundo, donde eterno  
era el amor, la dicha consumada;  
bajo un cielo sin nubes, unas grutas  
resguardadas del sol, y un sol sin manchas.

¿Sentirán ese mal lirios y rosas  
en el preciso linde que separa  
de la flor al botón, cuando se hincha  
queriendo dar al aire su fragancia?  
—¿Qué tienes?— mi buen padre me inquiría,  
—¿qué tienes?— mi maestra preguntaba;  
no sabiéndolo yo, rompía en gemidos,  
como en luces y trinos la alborada.

“Es grave mal, sin duda” —proseguía  
mi padre— “el que padece esta muchacha;  
del corazón quizás, por cuanto el rostro  
arde en salud como en color la grana”.

Y así por tales modos, fué que un día  
dejé atrás las paredes de las aulas,  
abandonada en ellas la envoltura  
que llevó en otro tiempo la crisálida.

## II

Era precisamente un día de aquellos  
en que modula sinfonías extrañas,  
y cual corcel desenfrenado corre  
el viento de las tierras antillanas.

En la plomiza atmósfera, muy densas  
nubes tomaban puestos y avanzadas;  
y rebosando el mar, debidamente  
del ciclón los honores preparaba.

Estaban los hogares silenciosos,  
de la zozobra trémula en la calma;  
gemían las arboledas y los techos,  
y estalla soberbia la borrasca!

Sólo yo, indiferente a sus bramidos,  
en muelle beatitud sumida el alma,  
lisonjas que a mi paso se dijeron,  
con fruición egoísta saboreaba.

Maravilla del mundo! en él abría  
apenas los extremos de mis alas,  
y ya mi raro mal, en el camino  
de curación completa, dormitaba.

Y en el aire flotaban los perfiles  
de las nobles figuras legendarias  
que en mis ensueños ví, mientras creciente  
afuera el huracán ronco zumbaba.

Cuando entre intermitencias de las lluvias,  
se oía el crujir de las deshechas ramas  
o el desastre de un árbol, mi buen padre,  
"¡ay de los cosecheros!" murmuraba.

Cuando además el huracán traía  
ecos del bravo mar, convulso en rabia  
contra el peñasco rígido, decía:  
"proteje al que navega, Virgen Santa!"

O era que los tejados desprendidos  
seguían el curso de furiosas ráfagas,  
y "Caridad!", entonces profería,  
"abríguenlos las plumas de tus alas".

Salmodia que llegaba a mis oídos  
con rumor sin alcance ni sustancia:  
¡muy venturosa estaba entre mí misma  
para pensar no importa en qué desgracia!

Ya, si mi cuerpo nó, mis ilusiones  
en el mundo fantástico triscaban  
que llevaba yo en mí, trasunto vivo  
del que ciertas lecturas me contaran.

Y henchida de su ambiente, me sentía  
como nave que arriba empavesada,  
bajo un radiante sol, al puerto amigo,  
llena de alegres y vistosas flámulas.

### III

Sabía que el don más alto de los dioses,  
y a las veces quizás el más funesto,  
brillaba en mí; pues antes me lo dijo  
y mejor que los hombres, el espejo.

Sabía que con el mundo de las flores  
el de los frutos guarda el universo;  
y a par de mariposas y de aves,  
es guarida de bestias y de insectos.

Al común de las gentes el segundo,  
a mí el abrigo blando del primero:  
¡a vivir entre arrullos y perfumes  
cantando el himno del amor eterno!

Ah! no debía tardar el preelegido,  
de mi espíritu dulce compañero.  
Quizás ya el infinito me lo enviaba  
en algún blanco rayo de los cielos!

Mas nó, que a tal ventura espacioso  
mi impaciencia irritaba el tardo tiempo;

y los hombres mi vida importunaban  
no sé si con su amor o sus deseos.

¿Serás cosa tan rara entre las gentes,  
encarnación humana de lo bello,  
que apenas apareces, ya te cercan  
con esforzado y sin igual asedio?

Yo sé por mí decir de mil billetes  
en que ora celebraban mis cabellos  
o mi pié diminuto, ora mis manos  
o mi talle, y mis ojos, y mi cuello.

Armónica belleza! reducida  
a qué menudo cuanto ruín concepto!  
Olvidar tu conjunto soberano  
para adorarte, locos, en fragmentos!

A mi desdén olímpico, de arriba  
cayéndoles en témpanos de hielo;  
pasaban como fuentes murmurando,  
o como aludes rápidos, rugiendo.

Qué del divino amor que yo soñaba  
iba a alcanzarles el fulgor a ellos,  
luchadores oscuros por la vida,  
menestrales y míseros obreros!

A más que ya rondaba por mi calle,  
muy receloso y tímido y discreto,  
un galán no ocupado en vil oficio  
y como un Cid valiente y pendenciero.

Fué mi primer amor, y él me juraba  
que era yo sola su primer anhelo.

Cuántas cosas les dije a las estrellas,  
y qué mensajes les confié a los céfiros!

Como en Mayo el planeta, en mí sonaba  
el hondo hervor de un gran renacimiento;  
y en todas mis potencias florecía,  
en el azul mi espíritu inmergiendo...!

Oh ceguedad de la afición! lo mismo  
que en mí infundió tan dulce devaneo;  
por no sé qué capricho de justicia  
dió con mi d'Artagnan en un encierrol

Mucho lloré: mas luego resignada,  
de tan suaves deliquios sin objeto,  
volvióse mi ilusión hacia las nubes,  
o mas exacto, retornó a los cielos!

#### IV

Cuánto es verdad que amando, sólo amamos  
—dándole vida y consistente cuerpo—  
al informe ideal preconcebido  
en la fecunda cárcel del cerebro.

Aquel celaje luminoso, efluvio  
del foco de mis íntimos afectos,  
refluyó —su expansión desvanecida—  
inmaculado y nítido a mi seno.

Aleteó el ave parda del olvido  
sobre las ruinas de mi amor primero;  
y en nuevas haces de floridas yemas  
rompí a la par de los hojosos huertos.

Volví a sentir los melodiosos sonos  
del invisible y plácido concierto.  
y nuevamente me embriagó el aroma  
de los jardines mágicos de Eros.

Cuando él vino hacia mí, mis ideales  
en red de luces le traían envuelto;  
y era tangible forma de mis ansias,  
y era humana figura de mis sueños!

Como yo imaginaba que es la vida  
gentil y bizantino pebetero,  
a consumir la mirra destinado  
del todo y solo amor del universo.

Como yo, con candor se presumía  
espíritu a mi espíritu gemelo,  
llamados a franquear juntos y amantes,  
los misteriosos límites postreros.

Como yo... ¿a qué tocar tus cicatrices,  
oh mal cerrada herida del recuerdo!...  
Otelo en la pasión impetuosa,  
era también en la sospecha, Otelo!

Santa unión de dos almas, mutuo apoyo  
de seres libres que enlazó el afecto,  
¿para qué en infecundo vasallaje  
quiso trocaros mi imprudente dueño?...

Nunca nació el amor de tiranía,  
sino antes odio calcinante y ciego:  
y entre él y mi ilusión cavó un abismo  
el endriago tenaz de su recelo.

Cuando ya roto el nudo que formamos,  
desvaneciéndose en un profundo lejos,  
oh! qué desierta para mí la vida!,  
clamé con infinito desconsuelo.

E ignoro si protesta o si reclamo,  
delicado piar de pequeñuelos  
llegó hasta mí, mezclado en son confuso  
al chirriar zumbador de los insectos;

a atropellados besos maternos  
como arrullos de pájaros caseros,  
y a arrullos de palomas, semejantes  
a atropellada multitud de besos!...

## V

“En tí mi sol juntó cuerpo de azuana,  
recias carnes de moza banileja,  
color de cibaëña sonrosado,  
y cultura de virgen ozameña:  
yo, patriota y amante, al mismo tiempo  
adoro en tí a mi amada y a mi tierra”.

Frases de una misiva perfumada  
en hálito escondido de violetas.

Y porque yo miraba embebecida,  
de unas palomas la nidada tierna  
sobre un vecino hogar edificada,  
desbordando de amor, seguían las letras:  
“si es que quieres saber lo que en su arrullo  
blandas murmuran, mi pasión acepta:  
que en voz muy baja te diré al oído,  
lo mismo, niña, que se dicen ellas”.

Mentiras delicadas, madrigales  
de un corazón y un alma de poeta!

No menos necesario era a mis dudas,  
a mi tedio de amor y mi tristeza!

Y como barre el viento las cenizas  
de alguna —al parecer— extinta hoguera,  
y así desnuda la cubierta flama,  
reavivado el carbón, chisporrotea;  
fundiéndose al calor de sus palabras

el hielo y desamor de mis querellas,  
tornó para las flores de mi alma  
otra vez ¡qué placer! la primavera!

Ay! quién pensara entonces que podría  
tanta y tanta ilusión no ser eterna;  
ni quien me hubiera dicho que yo amaba,  
siendo tan joven, por la vez postrera.

El estaba en su mente, por encima  
de esta menguada y miserable tierra;  
mirando con desdén mil cosas grandes  
que no son en verdad sino pequeñas.

El con amor en su alma recogía  
la proscrita y edénica nobleza,  
que relegaba el mundo inadvertido  
a la región aislada de la idea.

Pero jamás estuvo por encima,  
en el hecho banal de la existencia,  
ni del deber de hacerla provechosa,  
ni de acatarla como ley suprema.  
Jamás pudo entender el sacrificio  
sino en alguna cima gigantea,  
y estéril el que se hace por amores,  
siempre juzgó con pertinacia fiera.

Oh qué derrumbamiento en el castillo  
que ilusa levanté piedra por piedra!

El debió comprenderlo, porque vile  
de mí alejarse con callada pena.

Después, mucho después, volví a alcanzarle  
entre una nube de criaturas bellas  
—estofas de su hogar,— y nunca vide  
dicha mayor entre mayor miseria.

De sus amores, como gaje triste  
quedáronme en el pecho y la cabeza,  
más pesadas las brumas de mi hastío  
y más denso el azul de mi quimera!...

## VI

No volví a amar! Su aspiración constante  
enfermó mi dorada adolescencia;  
y sus amargas decepciones luego,  
me hicieron con su deajo, el alma enferma.

Todas las aves del espacio anidan,  
se buscan con pasión todas las fieras;  
yo sola, para amores imposible,  
pasaré como sombra en el planeta!

Hoy que más que la edad, el hielo interno  
mi cabellera descuidada argenta;  
hoy que la reclusión entre mí misma  
hizo nacer la pálida experiencia;  
comprendo que mi error estuvo entero  
en soñar lo imposible aquí en la tierra,  
fabricando una vida semejante  
a la vana ficción de la leyenda.

Cuando nó en leve gasa transparente,  
sino en cortinas de cerradas nieblas  
la realidad escondes; por mil veces,  
ilusión! ilusión! maldita seas!

Eres como esas noches tropicales  
del gran bochorno del verano llenas,  
en las que alguna ráfaga extraviada  
esparce cien olores de la selva;  
en que entorpecen miembros y sentidos  
los cantares que brotan de las hierbas;  
y la atmósfera igual nos dice: duerme!  
y las estrellas titilando: sueña!

Y mil paisajes encantados lucen,  
y mil duendes enanos trevesean,  
y mil cascadas diamantinas saltan,  
llenando nuestra dulce somnolencia.

Mas de repente el cuadro desaparece  
ante el rudo pavor que nos despierta,  
encendida en relámpagos la alcoba  
y destrozando el aire la centella!

Tal es tu despertar; yo así sentílo,  
ya inútil en la mísera existencia,  
a llenar el objeto más sagrado  
que pone en la mujer, naturaleza!

1892

## DE LA SELVA

*A José J. Pérez.*

Hasta la selva, donde ensayo a veces  
himno sin forma, fugitiva endecha,  
me llegó tu canción; y su armonía  
aun repiten los ecos de mi selva.

¿Qué mucho si engañado por su acento,  
finjo que en luz mi aspiración se anega;  
cuando ese resplandor es el reflejo  
del préstamo de luz con que la obsequias?

Así, de su abundancia se desprende,  
sin vivo esfuerzo ni ostensible merma,  
y en cascada de flores nos inunda  
con generoso don la Primavera!

Cierto que en mis impulsos yo he sentido  
lo que sentís vosotros los poetas.  
Dolor ante las grandes pequeneces  
que el hombre cambia con su igual en guerra.

Asfixia entre las sordas tiranías  
que han henchido la Historia y el planeta:  
desdén de las sutiles distinciones  
en que sin fin la sociedad se estrella.

Confusión, cuando —leño entre las ondas—  
de sus pasiones insensibles presa,  
no pude discernir si la arrastraba  
el mar, o si su propia inconsistencia.

Ante eso, y algo más, nos detuvimos  
mi mente y yo, con no fingida pena.  
Ante eso, y algo más, el bien eterno  
clamoreó en el umbral de la conciencia!

Cierto que cual vosotros yo he sentido  
—con vehemente emoción el alma trémula—  
retoñar a la vida la esperanza,  
como campo que invade savia nueva.

Porque ví que aún existen, triunfadoras,  
del espléndido sol la luz perpetua;  
y que un simple episodio del verano  
el truhán invierno con sus nieves era.

Porque ví que existen, triunfadoras,  
con calidades blandas y risueñas,  
la esperanza en el seno de los hombres,  
la inmensidad, a expensas del poeta.

## ARRIBA EL PABELLON

(ACUARELA)

Tercien armas!... —Como quiera!  
el acostumbrado estruendo;  
ello es que el sol va saliendo,  
y hay que enastar la bandera.

Enfilado pelotón  
de la guardia soñolienta,  
al pié del asta, presenta  
arbitraria formación.

Y, hechas a las dos auroras  
en que cielo y patria están,  
pasan de largo a su afán  
las gentes madrugadoras.

Ni ven el sol de la raza,  
cuyos colores lozanos  
tremulan entre las manos  
del ayudante de plaza;  
ni del lienzo nacional,  
fijo ya a delgada driza,  
recuerdan que simboliza  
toda una historia inmortal.

Pues cada matiz encierra  
lo que hicieron los mayores  
por el bien y los honores  
y el rescate de la tierra.

El rojo, de su gloriosa  
decisión habla al oído:  
—soy, dice, el laurel teñido  
con su sangre generosa!

Es el azul, de su anhelo  
progresista, clara enseña;  
color en que el alma sueña  
cuando sueña con el cielo!

Al blanco, póstumo amor  
de sus entrañas, se aferra:  
dar por corona a la guerra  
el olivo redentor!

Presenten armas!... —Ya ondea  
el pabellón, y se encumbra;  
bajo del sol, que deslumbra,  
y al clarín, que clamorea.

Ladra un can, del estridente  
sonido sobresaltado;  
arde en aromas el prado,  
rompe en trinos el ambiente...

¡Qué linda en el tope estás,  
dominicana bandera!  
¡Quién te viera, quién te viera  
más arriba, mucho más...!

## ANIQUILAMIENTO

Nanias, mancebo hindú, vástago hermoso  
de la estirpe divina de los Chatrias,  
enardecido por el sol potente  
que incuba los vampiros de su patria,  
que revienta los húmedos despojos  
del Ganjes sacro, en purulentos miasmas,  
y atravesando el suelo de Golconda  
los diamantes ocultos abrillanta;

Nanias, mancebo hindú, sintió en un punto  
sed de amor, sed de oro y sed de fama:  
tres hondos sentimientos, parecidos  
a diamantes, vampiros y miasmas.

Conterráneo de sierpes, cuya astucia  
en vaho sutil sus víctimas halaga,  
comarcano de indómitos leones,  
avecindado a poderosas águilas;  
como remos alados del deseo  
que en triple desazón mueve su alma,

Nanias, mancebo hindú, se encuentra henchido  
con entereza, seducción y audacia:  
tres móviles de acción en todo propios  
de leones, de sierpes y de águilas.

## I

Las doncellas, las núbiles doncellas,  
perfumes animados de su casta,  
el virginal regazo le disponen  
como de flor corola inmaculada  
para que en él dormite y que le arrullen  
cantos de la Ventura y la Confianza.  
¡Ay! lo que allí soñó! Sueños terribles!  
Traición... engaños... dolos... inconstancia!

Las bayaderas, vagas mariposas  
al astro rojo del deleite esclavas,  
la sangre del mancebo narcotizan  
con un tropel de voluptuosas danzas,  
y abriéndole al deleite los sentidos  
con embriagueces de placer le sacian.  
Ay! cuando despertó! qué sensaciones!  
Asco... cansancio... pesadez... nostalgia!

La defensa del patrio territorio  
a su rango social encomendada,  
llevóle a que encontrara decidido  
un laurel sobre el campo de batalla;  
y la Victoria, allende las fronteras,  
dió a su nombre pomposa resonancia.

Los suyos, con más alta jerarquía  
premiaron su bravura acrisolada;  
mientras Fortuna loca, en sus arconos  
con incesante vértigo vaciaba  
de Madrás los veneros industriales,  
de Cachemira la opulencia nata.

Ah! que con el poder, formó en su séquito  
la innoble adulación parasitaria,  
y con frecuencia se encontró en su vía  
a la negra ojeriza atravesada,  
y le enlodó en su carro la calumnia,  
y la injusticia visitó su casa...

¿Para qué las riquezas, impotentes  
a luchar y vencer contra la infamia?

¿Para qué los diamantes, apagados  
junto del mal a la rojiza llama?

¡...Desdén de amor, de gloria y de fortuna  
sintió en un punto el contrastado Naniás!...  
Viajero por la sed atormentado  
halló un caudal de bullidoras aguas,  
y cuando más ansioso en él bebía  
notó que eran del mar ondas amargas.  
¡Ondas que solamente le dejaron  
extinguida la sed, mas no saciada!

## II

¿Será que alguna clave misteriosa  
a los placeres de la vida abra  
senda expedita y no turbado goce?  
¿Será que, no advertido, él lo ignorara?

Amor, gloria, riquezas,... ¿por ventura  
no pueden ser en su disfrute análogas  
al rubio y cotidiano pan de trigo  
que no indigesta nunca ni empalaga?

Quizás quizás! Los libros de los Vedas  
que en rítmico caudal la Ciencia guardan,  
el profundo saber de la Poesía  
que insola en el enorme Ramayana,  
pueden tal vez esclarecer sus dudas,  
pueden tal vez amortiguar sus ansias!

¡Con qué avidez se absorbe su alma toda  
en la lumbre que brota de las páginas!  
¡Con qué esplendor tan puro y sosegado  
los senos de su espíritu se irradian!...

Muchas veces el astro de los días  
y el fanal de las noches otras tantas  
dejáronle sumido en una honda  
grave cavilación que le ataraza.

Una es la vida —dícenle las letras,  
la misma que conoces y te enfada;  
o acéptala impasible como es ella,  
o refúgiate y vive entre tu alma”.

Pues bien, será!... No es él quien voluntario  
se encadene a la vieja repugnancia!  
¿No hay más? ¿que se aniquile la materia  
y despliegue el espíritu sus alas!

Pensó... y dentro de sí, como un cadáver  
su entereza sintió momificada;  
como una exhalación que se deshace  
miró sin pena perecer su audacia,  
y su anhelo de amor desvaneciósese  
como un trueno distante que se apaga!

Entonces, y entre tanto que saliendo  
de la contienda diurna interesada,  
para todos los hombres le nacía  
una benevolencia sobrehumana,  
parecióle que en himno concertado  
con blandas cuerdas y apacibles flautas,  
el sol, el mar, el bosque, la pradera,  
todo estallaba con triunfal hosanna!

Ven, elegido, —el himno le decía—  
ven, goza de lo eterno que no cansa!  
Ven, campeón: sin velo que la oculte,  
Isis divina tu homenaje aguarda.  
¿Quién como tú? El brahamán que con ayuno  
y apretado cilicio se anonada,  
no conoce la dicha que te cabe  
de abandonar la pequeñez mundana,

con la luz interior contemplativa  
sólo el alma inmortal iluminada!

Mientras en un deliquio le sorprende  
la postrer nota que en el aire vaga,  
Nanias, mancebo hindú, cayó rendido  
para siempre jamás en el Nirvana!

1895

## SUBJETIVA

Así es mejor!—Porque de tí atraído  
con ímpetu febril, te amo de veras;  
por eso no te he dicho que te amo;  
y aún pesárame hermosa que lo sepas.

Por eso no he venido a deshacerme  
en ruego vil ni en desmayada queja,  
porque temo, no tanto tus desdenes,  
como tu blanda y fiel correspondencia.

Oculto en el jardín del sentimiento,  
en la más honda y apartada cueva,  
hay un monstruo voraz que a Amor vigila,  
como terco y terrible centinela.

Cuando prende en dos almas el cariño,  
su ojo apagado entre la sombra acecha;  
y brilla —cuando en una se confunden,—  
como un botón de fuego en las tinieblas.

El precede a la tarde en que declinan  
albas que los amores encendieran;  
él es el sacerdote que salmodia  
de todo afecto la hora postrimera;

él es la nube que ensombrece el cielo;  
el petrel que se goza en la tormenta:  
para él lo eterno es irrisión, y sólo  
—si habla de la constancia— es como befa.

Por eso, porque te amo, yo no quiero  
que hagamos en sus garras mutua presa.—  
¿Quién más pronto o más tarde, del Hastío  
no es juguete en la efímera existencia?...

Por eso, porque te amo y porque quiero  
amarte siempre, con pasión eterna;  
no te he dicho el cariño que me inspiras,  
y no anhele tampoco que me quieras.

Así es mejor! —Vivir en el deseo,  
es una llama alimentar perpetua;  
es vivir abrasados, cual vivían  
los mártires, los místicos y ascetas!

1895

## JOSEFA A. PERDOMO

Ya se integró al espíritu fecundo  
que un tiempo hiciera palpar su lira,  
ya es átomo y celaje y blando efluvio  
del perfume, la luz y la armonía.

Nos deja en sus melódicos cantares  
inmaculado resplandor celeste,  
como el halo divino de una estrella  
cuando traspone trémula el Poniente.

Enamorada del ameno valle  
y del florido soto fué calandria  
que alguna vez al éter ascendiera  
con la serena majestad del águila.

Gloria y honor del sexo en que el futuro  
vincula honor y gloria y alegría,  
fué de aquellas que irradian las virtudes  
prez del hogar, que los hogares nimban.

Y es de aquellas criaturas venturosas  
cuya vida fué salino, hermoso y noble;  
y ante cuyo sepulcro esparce adelfas  
y cíñese la patria de crespones.

## ARS NOVA SCRIBENDI

Difícil?... Quién te lo dijo?...  
Complicada?... El arte nueva  
muy poca ventaja lleva  
al más vulgar acertijo.

Es tan simple su receta;  
es tan exiguo su monto,  
que han de practicarla pronto  
hasta los niños de teta.

Sólo hará (quien ambiciona  
que en culto tal se le aprecie),  
la renuncia de su especie.  
su condición y su zona.

Con esa rápida y chica  
formalidad, en un trote  
se es unjido sacerdote,  
se entra al templo, y se practica.

### I

Un orto... Pintar un orto  
de los de acá!... Vaya un caso!...  
Nuestro albor, ¿vale algo acaso  
sino para atarle corto?...

Envuelto en purpúreas clámides,  
noble, grandioso, tranquilo,  
bueno es ver éso en el Nilo,  
y aun mejor en las Pirámides!

Paisajes... ¿pero es que hay  
paisajes aquí!!... Sospecho  
que, a trazarlos de provecho,  
hay que hurtarlos al Catay.

Nuestras noches!... noches buenas!...  
De vulgaridad derroches!...  
Oh! para noches, las noches  
de Nápoles y de Atenas!

Lo hermoso es un cielo gris;  
y este tropical, exceso  
es de luz; pues, para eso,  
bravo cielo el de París.

Y nuestras flores?... La encestan!...  
Matices?... los más comunes!  
Variedad?... del otro lunes!...  
Y oler?... ¡Dios las libre! Apestan!...

Poco importa!... Poseemos  
allá en países remotos,  
constelaciones de *lothos*  
y selvas de *chrysantemos*.

Duro es confesarlo, pero  
no valen nuestras mujeres  
lo que pesan; son los seres  
más *cursis* del mundo entero.

La *flor de chic* toda es  
vinculada en las personas  
o de odaliscas cebonas  
o quebradizas *mousmés*.

Y así por tenor igual:  
disparado en describir,  
de tu tierra al prescindir,  
a gloria flamante sal.

## II

En materia de pasiones  
—si ímpetu humano refleja—  
se pudre de puro vieja  
la que liga corazones.

Sin cuidado a que peligres,  
tú, encendido de entusiasmo,  
narras el furioso orgasmo  
de una pareja de tigres.

El lance es que paga el feudo  
eterno, algún tu devoto?  
Es ya de mal gusto, anoto,  
llorar muerto amigo o deudo.

Así el canto feral labras:  
empuñas el sol poniente,  
le entierras pulidamente  
bajo un montón de palabras;  
y ay! los *Angelus* le tañen;  
las horas por él imploran;  
y ay! las estrellas le lloran,  
y las nubes ay! le plañen.

No se trata de ésto?... Bueno!,  
columbro que el drama abordas;  
en tal caso, orejas sordas  
y reventar como un trueno!

Cierto volcán, que se inflama  
de amor por vecina encina  
y que incendia a la vecina...  
Cristo! qué tremendo drama!

Y así por este compás:  
luna, sol, montaña, piedra,  
mar, reptil, volátil, hiedra...  
Pero hombre, nunca jamás!

## III

Como los nervios, ingratos  
lo mismo aquí que en el Congo,  
que te harán bajar supongo  
de vez en cuando del *Athos*;

bueno será que te enteres  
de que, por la nueva pauta,  
nuestro acento no se aflauta  
para hablar a las mujeres.

Así, en pruebas de energías  
viriles, es lo seguro  
tratarlas pero muy duro  
y decirles groserías.

Otro sí: contemporáneo  
de Añañita es aquel gusto  
de estar sano; hoy es lo justo  
ser un enfermo foráneo.

A saber, que no de anemia  
o gastrítis o anquilosis;  
sino enfermo de neurósis  
e inválido de Bohemia.

Mal de moda y porvenir,  
que invade la tierra toda,  
que se infiltra hasta en la moda  
de los modos de escribir.

¡Cuán lánguido se espacia  
o se recuesta inseguro,

metiendo una *bé* en *oscuro*  
y una *hache* en *harmonía!*

¡Con qué ilusión paregórica,  
despliega como amuleto,  
venga o no venga al objeto,  
la pedrería metafórica!...

*Topacio* en el *Lager-beer*;  
*esmeralda* en el *absintho*;  
con el *Champaña*, *jacinto*,  
y con el *azur*, *zafir!*

Mal sibarita de males  
de que es deleite menor,  
(neutralizando "el humor  
de las cóleras morales"),

sucubar el *simbolismo*.

¿Y como dejarás tú  
el rico goce—Perú  
de no entenderte a tí mismo?...

Y así por este estremés;  
cuando viertas en razones  
tus impulsos y pasiones,  
los explicas al revés.

#### ENVOI

Hay un arte más sencilla?...  
Lo que fuera monopolio  
de algún tremebundo *in-folio*,  
cabe en una satirilla.

Y en escala de Jacob,  
se es con barato mastic,  
al subir, escritor *chic*,  
al bajar, campante *snob*.

1897

## MUERTA

*En memoria de nuestro primer poeta Salomé U. de Henríquez*

No más que ayer, cuando el rigor insano  
de la ciega discordia gravitaba  
bajo el hermoso cielo quisqueyano;  
y hacia todo confín, ronco bramaba  
fiero vivac de enardecidas hordas  
que el alma de Caín acaudillaba;  
con titánico aliento, por arriba  
del sonar de las armas fragoroso,  
rompió una voz vibrante y persuasiva  
hablando de concordia y de reposo.

En fulgores olímpicos, señales  
de origen celestial, su verbo ardía;  
ya clarín de los épicos raudales,  
ya rabel de la dulce melodía.

No le faltaba, en singular fortuna,  
de la noble impulsión que al mundo acuerda,  
para todo pensar, fibra ninguna;  
para todo sentir, ninguna cuerda.  
Naturaleza armónica, sumisa  
a cuanta hermosa luz el bien inflama,  
o estallaba en ternuras como dama,  
o temblaba en visión de pitonisa.

¿Qué robusto varón habló como ella?...  
Ni quién dijo mejor sobre el cariño,  
ni quién sobre el dolor?... Pues aun descuella  
por su entusiasmo, y su candor de niño!...  
Ah! la insigne cantora, la buena hada  
de su tierra natal, ha enmudecido,  
por el común destino arrebatada...  
Pero quebró las garras del olvido!...

---

Fué ayer no más. Huracanados vientos  
soplaban, conmoviendo la embrionaria  
nación, sobre sus frágiles cimientos.

Toda la infamia numerosa y varia  
que de Antígona triste a los hermanos  
lanzó en lucha maldita y temeraria:  
el ruín recelo, la procaz injuria,  
la insondable ambición, el odio agreste,  
roían la sociedad, como una furia;  
talaban el hogar, como una peste.  
La sorpresa, la táctica, el asalto...  
¡ni más empeño ni mejor escuela!  
Y el predio de labor en sobresalto  
con la alerta vivaz del centinela!...

Ella entonces, tocada en santa ira,  
bajó entre el uno y otro campo adverso;  
con un soberbio paladión, la lira,  
y un formidable proyectil, el verso!

Y arropada en calor, como del puro  
astro radiante de su amada tierra,  
en nombre de la patria y del futuro,  
a combatir voló contra la guerra.

En tal empresa, de la Biblia humana  
al ambiente dará las blancas hojas  
donde se habla de gente a quien ufana  
congoja dulce, del saber congojas.

Gente ejemplar, homérica y bravía,  
cuyo vivir, relampagueante llena  
en sólo agotamiento la energía,  
y en pena sola, del deber la pena.

Con tal misión, en blando caramillo  
cantará las bellezas de su flora;  
liga de lo grandioso y lo sencillo,  
que causa asombro cuando no enamora.

Dirá del prado siempre florecido;  
del clima rico y su verdor eterno;  
con ocasión de algún silvestre nido,  
o saludando irónica al invierno.  
Arrancará a la historia de Quisqueya  
trofeos, escudos, timbres y blasones:  
los lanzará a los fieros campeones  
con el clamor triunfal de la epopeya;  
llanto del corazón dará a algún bueno  
que en prematuro instante se deshizo;  
romperá con apóstrofe de trueno,  
hasta el desmayo extremará el hechizo;  
ah! porque la discordia que en lo bajo  
su rabia lleva a desbordante exceso,  
mude toda su fuerza hacia el trabajo,  
cambie todo su impulso hacia el progreso!

Día de honor, día de gloria el que la hiciera  
ver, a su noble afán propicio el cielo!

¿Era verdad?... era posible?... era  
no vago sueño su constante anhelo?...

Tremendo gladiador, que si fatiga  
a la pujante lid, la lid le inmola;  
la disensión, la pública enemiga,  
rompióse al fin, como deshecha ola!

Mientras en débil proyección rayaba  
un sol de paz sobre la mar tranquila  
do el légamo social sobrenadaba;  
inmóvil y azorada la pupila,  
de cara al porvenir quedóse ella,  
fascinada en reclamos de sibila.

Frente al despojo innúmero, y la ruina  
aún humeante del armado empeño;  
junto a la vil y no bien muerta inquina,  
levantó la columna del ensueño.

Si la contienda a muerte, cuya espada  
templó el odio en dureza de diamante,  
hora por el cansancio derribada,  
roncaba en estertor agonizante;  
y si cuando esperarlo era inaudito,  
ella esperó tan señalado día;  
¿por qué no había de ser de Dios bendito  
lo nuevo que soñaba y predecía?...

Cimas, de dó la patria quisqueyana  
irradiara un albor resplandeciente,  
acariciada por el magno hosanna  
y aplauso colosal del contiente.

Altar ornado en flores tropicales,  
donde el país subiera satisfecho,  
a bendecir las nupcias ideales  
de la celeste Paz con el Derecho.

Tronos a que le alzarán de consuno,  
del bien y la verdad los fuertes hombros;  
ofrendas de Pomona y de Neptuno,  
lauros de Apolo, y de Minerva asombros...

Como el león simbólico, domado  
por inocente niña, sus visiones

del ímpetu de guerra inveterado  
desviaron numerosos corazones.

Fué un contagio sublime! Muchedumbre  
de almas adolescentes la seguía  
al viaje inaccesible de la cumbre  
que su palabra ardiente prometía.

¿Había ella visto la eminencia grave,  
cual Moisés en gloriosa lontananza  
la suspirada Canaán?... Quién sabe!...  
¡Mira tanto y tan lejos la esperanza!...

Ella al menos, mantuvo con su aliento  
de una generación los ojos fijos  
en el grande ideal. Aun llena el viento  
la seductora magia de su acento,  
y aún hablará a los hijos de los hijos!...

1897

## EN EL BOTADO

*A Eulogio Horta*

Cacique de una tribu de esmeralda,  
aquel palacio indígena, el bohío  
de la corta heredad a que respalda  
un monte, que a su vez respalda un río;  
cuando el idilio de un Adán silvestre  
y su costilla montaraz, le hiciera  
venturoso hospedaje,  
paraíso terrestre;  
lo más saliente y copetudo era  
del ameno paisaje.

Su flamante armazón de tabla oscura,  
su gris penacho de lucientes yaguas,  
hacían reverberar con nuevas aguas  
la circunstante joya de verdura.

Aplanada en el techo,  
se oxidaba la luz cual plata vieja:  
o se colgaba a lomos y antepecho,  
en rubia palidísima crineja.

No era sino común que se trepase  
un ruseñor a su cumbrera holgada,  
y en fugitivas notas ensayase  
la trémula canción de la alborada.

O que bajo su alero, en que pendía  
mazorcado maíz de granos de oro,  
el gallo, al enervante mediodía  
victorease sonoro!

Entonces, ese albergue en que bullía  
la vida crepitante,  
más que un detalle de la huerta, era  
o su tono, o su arteria, o su semblante.

Pero en una lluviosa primavera,  
la débil cerca desligada y rota  
empujó la pareja enamorada  
a otra huerta remota;

y en medio a tanta flor recién abierta,  
quedóse la heredad abandonada,  
y la mansión desierta!

Advertido, no tanto del saqueo,  
entre cuyo costal desaparece  
de la ventana en pos la que fué puerta;  
ni tanto del goloso merodeo  
de la turba infantil, donde perece  
aún no puesto en sazón, el verde fruto;—  
más del monte advertido, porque invade  
con apretadas filas de maleza  
la botada heredad, el Tiempo hirsuto  
a comprender enmieza  
que hay algo allí que estorba;  
y aferra en la mansión su garra corva!

Fué primero una horrible puñalada,  
y después una serie,  
conque se abrió por la techumbre entrada  
a la malsana y húmeda intemperie.

Si el sol que se filtraba por el techo,  
solía escapar por los abiertos vanos,

no así las aguas del turbión deshecho;  
cavaban y cavaban hondo lecho  
a turbias miniaturas de pantanos.

Furiosa ventolera  
por allí no pasara que no hiciera  
de las yaguas decrepitas, añicos;  
y tragedia mayor aconteciera,  
si en júcaro el más negro y más bravío  
no angulara el bohío.

Torcido, deslustrado,  
por reptiles del cieno visitado;  
el albergue que fuera de la huerta  
lo más noble y sereno,  
gozo, atracción y gala deleitosas,  
ni es más que una verruga del terreno,  
ni menos que un sarcasmo de las cosas!

Cómo al herido por la suerte aleve,  
hasta la misma timidez se atreve!...

Un bejucal de plantas trepadoras,  
que en torno a la vivienda  
cerraban toda senda:  
avanzando traidoras,  
e indicando a la ruina, cuchicheaban:  
ni se defiende, ni hay quien la defienda!

Y enlazando sus ramos  
como para animarse, murmuraban:  
si tal pasa, y tal vemos, ¿qué esperamos?...

Fué un aguinaldo lívido quien dijo:  
o es que trepais, o treparé de fijo!

A lo que una "saudosa" pasionaria  
expuso, comentando la aventura:  
por cierto que es bizarra coyuntura  
para mirar el sol desde más alto!

Fué la palabra fulminante!, todas  
clamaron en un punto  
trémulas y erizadas, "al asalto!"...

¡Qué embrollado conjunto  
de hojas, antenas, vástagos, sarmientos!...  
Y cuán terrible asalto presenciaron  
los troncos azorados y los vientos.

Cual, por la tabla escueta  
tal sube que parece que resbala;  
cuál se columpia inquieta  
de algún clavo saliente haciendo escala!

Cual la mansión en torno circunvala,  
vuelta enroscado caracol, y asciende  
con estrechura tal y tan precisa,  
que es cuestión insoluble e indecisa  
si ahogarla o si medirla es lo que emprende.  
Cual, errando el camino,  
con impaciente afán la puerta allana;  
y luego adentro, recobrado el tino,  
sus músculos asoma a la ventana.

No hay menudo resquicio  
en que su flujo de invasión no apuren;  
ni hueco ni intersticio  
que sus hojas no tapien y no muren.

Ya el albergue sombrío  
es un alcor en forma de bohío;  
ya su contorno lúgubre se pierde  
en la gama riquísima del verde;  
ya brota en tanta planta que le enreda,  
con matizada y colosal guirnalda,  
satinados renuevos de esmeralda,  
fris de tul, campánulas de seda!...

Transformación magnífica y divina!  
cómo de tí se cuida generosa,  
Naturaleza, el hada portentosa,  
Naturaleza, el hada peregrina!...

Renovación piadosa  
que en tan grande esplendor cubre una ruina!;  
desde una inerte hechura  
a la humana criatura,  
con hilos invisibles cuán intensa  
relación estableces!...  
¿Quién dentro, en lo que siente o lo que piensa,  
por el dolor severo fulminadas,  
no se ha dejado a veces  
alcázar, quinta o choza abandonadas?...

Quizás quien no!... Mas a la oculta mina  
labrada por recónditos dolores,  
alguna trepadora se avecina;  
algo que sube a cobijar la ruina,  
algo lozano que revienta en flores!...

1897

## EN LA MUERTE DE JOSE JOAQUIN PEREZ

Adiós, dulce cantor!... Feliz quien puede,  
al trasponer la inevitable tumba,  
dar fé de que ha vivido noblemente;  
como el sol, como el águila, en la altura!

Feliz de quien se escribe: se sustrajo  
al montón doloroso de la turba,  
alzando el sentimiento enardecido  
al Dios eterno de las causas justas!

.....

Adamanái!... cuando la nivea lona  
resbala frente a tí, desde la espuma  
no surjes como islote abandonado;  
a la dulce piedad te unjió su musa.

Toella!... cuando el mar embravecido  
con ceñidor terrible te circunda,  
revive la leyenda de tu bardo,  
envuelta en resplandor como de luna.

Primaverales bosques; altas lomas;  
prado, valle gentil, aguas profundas,  
¡cuál de vosotros no pobló su númen  
con las sombras de un mundo sin ventura?...

¿Hasta cuál de vosotros no ha llegado  
su canción impaciente o gemebunda:  
ante el pasado cruel, llorando triste;  
frente al rudo invasor, vibrando adusta!..

No ya resurrección de un pueblo muerto  
y una raza extinguida; la obra suya  
fue un homenaje ardiente a la Justicia,  
del globo sublunar eterna expulsa.

Fue una reparación, siempre debida  
a los dolientes pueblos que no triunfan,  
por mucho que a las lides generosas  
su Dios y su derecho les conduzcan!...

Si concertar no pudo su epopeya,  
lloró su inmerecida desventura;  
y les puso a vivir donde no acaben,  
como finaron, en inicuas luchas.

Hoy con ellos está, con ellos vive;  
y en el aliento que les dió su musa  
alienta su memoria, entre las fuerzas  
que la virtud radiante perpetúa!...

Bajo su cielo tropical, cuajado  
de estrellas que le incendian o le alumbran,  
las flores, nuestras flores tropicales,  
constelen su gloriosa sepultura!

1900

## CANTIGA

*Para los prometidos, el poeta Bartolomé O. Pérez  
y la señorita M. Antonia Pelletier*

Cuando el viento ladra;  
cuando gruñe el trueno;  
a pares se miran  
los nidos repletos.  
Si el mal confinante  
fulmina certero  
sobre un ala sola,  
herirá dos pechos!  
Así de las almas:  
con doblados nexos  
se juntan y ligan,  
cuando gruñe el trueno,  
cuando el viento ladra,  
cuando oprime el cerco  
de egolatrías sordas  
e intereses ciegos!  
Viandantes amables!,  
vosotros —¡sea presto!—  
seréis de la vida  
conjuntos viajeros;  
y el mal circunstante  
no podrá soberbio  
descargar un golpe,  
sin alzar dos ecos!

Que sólo os fulminen  
(mi voto oiga el cielo!)  
nublados de rosas,  
granizos de ensueño!  
Y ya de partida,  
vosotros —¡sea presto!—  
hagáis el gran viaje,  
cantando y riendo!

## PEREGRINANDO

*A Max. Henríquez Ureña.*

La soñó un efebo en noche de angustia,  
cuando le abrasaba la fiebre palúdica.  
Si vista, o pintada, o a cincel; jamás  
vió nada tan bello ni tan ideal.

Y salió tras ella, preguntando a todos  
por sus grandes, vivos y brillantes ojos;  
por el encarnado de su blanca faz,  
por su bello nombre: la Felicidad!

Y unos labradores:—“por llanura,  
ninguna a ese nombre responde, ninguna.  
Si por este duro penoso terreno  
es que acaso vive, no la conocemos”.

Y unos nautas:—“bella por aquí no hay más  
que una regia virgen, la Estrella Polar.  
¿Las otras?... Mar-Alta!... Calma-Costanera!...  
La Brisa-Contraria!... La Ruda-Galerna!”...

Se fué a los plutócratas! Revolvieron índices,  
circulares, notas, pliegos laberínticos;  
y le contestaron, correctos y altivos:  
—joven, ese cliente no está en nuestros libros.

Y un rey:—"hechizado con tus descripciones,  
hice consultar archivos y códigos.

*Ella es una moza (quizás por qué enredos!)  
que salió expulsada de todos los reinos".*

A una dama:--oh gozo! te encontré! eres ella! .  
Si pálida y triste, más grave, más seria.  
Después de mis luchas, cansancio y afán,  
es mi hija muy amada; te la doy, es tuya!"  
estás a mi vista. ¡oh Felicidad!

La dama responde, benigna y sonriente,  
—"a ella me asemejo; mas mi nombre es Muerte.  
Ven, que yo te lleve; esa que tú buscas,

1904

## EUGENIO MARIA DE HOSTOS

Benévolo y sencillo; austero y noble;  
formidable en la acción y en el ensueño;  
llevó a todo adelanto, grave empeño,  
y a todo afán de bien, esfuerzo doble.  
Lucha su vida fué contra lo inmoble;  
y en cátedra y labor, —vigilia y sueño,—  
quiso labrar conciencias, de halagüeño  
temple de acero y altitud de roble.

Bajó a deshora la tiniebla fría  
a sumir para siempre en lo profundo  
esa razón, potencia y armonía.

Lejos ya irradia, pero más fecundo;  
como el sol, que en aislada lejanía,  
alumbra y fertiliza el vasto mundo.

1904

## SPECTRA

*A Pedro Henriquez Ureña.*

Está de muerte: es solo: mas acuden  
a su hora postrera algunas damas;  
no muchas. Cuando llegan a su alcoba,  
una se está en el cuarto anticipada;  
los mortecinos ojos verdinegros  
espiando a la cabeza de la cama.

Pero en llegando que llegaron ellas,  
cedió todo el espacio a las llegadas  
y se puso detrás...

Era la una,  
estrella virginal de la mañana:  
la dulce novia de su amor primero;  
la que enfloró su adolescencia plácida.

Años ha que no es de él, ni lo fué nunca!  
y hora —cual temerosa desposada—  
con blanco traje y niveos azahares,  
se pone a la cabeza de la cama.

Ah qué blanda sonrisa!, qué elocuencia  
del que está de partida en la mirada!...

Ella es la misma que llenó su vida;  
ella la que robó toda su alma

con la euritmia del cuerpo soberano,  
y el alabastro y rosa de la cara.

Y ella se inclina, y bésale, y le dice,  
sobre la mustia faz rociando lágrimas:  
—Oh! que amanezcas bien, amor primero;  
oh! que amanezcas bien... Hasta mañana!

Turna otra luego; entristecida, seria,  
se inclina hacia mediados de la cama  
y dice:—Aun cuando graves diferencias  
entre tú y la amistad intermediaran,  
yo, que soy ella, vengo a verter ahora:  
que mejores, hermano!... Hasta mañana!

Viene después la otra. Bajo un *peplum*  
nieve, ceñida toga purpurada.  
—Te besaré en la frente — (y le da un beso).  
—Te besaré en la nuca— (y le besaba).  
—Hace bastante que inflamé tu pecho.  
Hace bastante que inflamé tu alma,  
y de mí solamente has obtenido  
leves promesas, cuanto ambiguas, tardas.

Era el arte: se irguió con gesto noble  
y seriedad, le dijo:—hasta mañana!!...  
Quedose largas horas vigilándole  
la dulce, la tranquila e ignorada,  
la que estaba primero.

El se ha dormido,  
y ella le mira con serena cara.

Se despertó.  
—“Me voy; acaso es tiempo...  
¿no te podré decir:—hasta mañana?”...

No!... Sus ojos vidriáronse por siempre,  
al salir su enfermera, la Esperanza!

## MONOSTROFE

Si al sér hieren sin piedad  
el dolor o la agonía  
¿te importa a tí, simpatía?  
¿o es a tí, curiosidad?  
Tras cerrada tempestad,  
del mar entre los enojos  
flota un cuerpo, y hay cien ojos  
en la costa, y grande afán  
por saber de quien serán  
esos humanos despojos...!  
que en la paz del cementerio  
el pensamiento nos hierde;...  
lo oscuro de más negror,  
a que llega un solo albor  
en dolorido clamor,  
el clamor del *Miserere*.

## RITMOS

*A la memoria de mi hermano Rafael*

En la dulce mañana de su blanca existencia,  
como nublo que roba un magnífico albor,  
hizo presa en su carne, horrosa dolencia;  
mas dejándole incólume la más noble porción.

Qué suplicio tan cruento!... Amador de la Vida,  
como el más grande y fino y más tierno amador;  
preparado a los goces conque halaga y convida,  
se gentil adorada ¿por qué le hizo traición?...

Por Herácles al cabo fué el Titán libertado;  
pero el Cristo inefable en la cruz expiró:  
mientras misericordes son el Mito y el Hado,  
la crueldad de la Vida es completa y feroz.

En la oscura sentina de su estercolero,  
a Jehová que le aflige, alabanzas da Job;  
y en el leño se espira del Gólgota austero  
tenue acento de un amplio, sereno perdón.

Tal, huérfano, en uno total desamparo  
de salud y dicha, la Vida exultó;  
como si mirase como nadie claro  
y más comprendiese su alcance y valor.

Para ella, fué un himno perenne y triunfante;  
para ella, la ingrata que le abofeteó;  
y que a nuevos sonos de su lira amante,  
le correspondía con nuevo dolor.

Viendo su via-crucis, su larga agonía,  
¡qué larga fué nuestra desesperación!...  
Y a las ilusiones ¡cómo redarguía  
la desesperanza con su opaca voz!...

Si a su celda humilde, gloriosa bajaba  
el Arte, oceanida que amaba y le amó;  
nuestro voto ardiente pidiendo, esperaba  
que espaciase el tiempo la fecundación.

Luego, que velaba junto a sus matraces  
la que lo imposible jamás conoció;  
y de ella esperábamos los fulgentes haces  
del alto milagro de su curación...

No lo quiso el Arcano, para su desventura  
y la nuestra!—Y fué entonces que amiga le habló  
la Piedad, y le dijo con doliente dulzura:  
—ya has cavado hondo surco: ve a dormir, labrador.

Y fué entonces que, vuelta hacia nuestro egoísmo  
y hacia nuestra esperanza, persuasiva insinuó:  
—destrozado, y apenas sombra ya de sí mismo,  
es muy justo y muy santo que descanse el campeón.

Qué descanse!... es muy justo!... Resignados estamos!...  
Más allá del sepulcro tras él va nuestro amor!  
Y el ciprés del recuerdo cubrirá con sus ramos  
la oquedad dolorosa que su ausencia dejó.

Y a la par de nosotros, le amará a quien se muestre  
el excelso desdoble de aquel fuerte varón:  
porque fué como el cáliz del cardo silvestre;  
si erizado de espinas, suspendiendo una flor.

1906.

## ANTE LA BANDERA

### HIMNO ESCOLAR

Oh bandera sagrada!...

Relentes,  
cierzos, brumas, no logren ajar  
tus colores que riman ardientes  
con la espléndida hoguera solar.

Concentrados están en tí misma,  
de la Patria bordando el blasón,  
los matices que son en el prisma  
adelanto, lealtad, decisión.

Por el monte, a través de las hojas,  
sólo en símbolo debes de estar;  
campanillas azules, y rojas  
clavellinas, y blanco azahar.

Pero nunca a través del sendero,  
te has de ver como a ratos te ves:  
en la lucha de hermanos primero,  
gironada en el asta después.

La manigua finó en Capotillo:  
y es de entonces misión tutelar

la que tienes, prestar sombra y brillo  
a la escuela, al taller, al hogar.

Es preciso que extraño viandante  
diga al verte en tiarado arrebol:  
es de un pueblo que marcha adelante;  
es de un pueblo querido del sol.

Oh bandera sagrada!... Relentes,  
cierzos, brumas, no logren ajar  
tus colores que riman ardientes  
con la espléndida hoguera solar.

Pabellón! te mandamos un beso;  
anhelando con ansia vivaz  
que a tu sombra germine el Progreso  
y florezca prodigios la Paz.

1906

## QUISQUEYANA

### SUAVIS TERRA...

Mientras combate hermano contra hermano,  
la savia tropical fecunda amores,  
y cuaja frutos y burila flores,  
sin aprensión de invierno ni verano.

Mientras riega la sangre loma y llano,  
espíranse de valles y de alcores  
voluptuosos arrullos gemidores  
que no interrumpe el grito del milano.

Y cuando pára el trueno belicoso,  
quédanse los occisos alazanes,  
oh combustión solar!—a lo que arbitres;  
que en esta tierra donde no hay volcanes,  
donde no hay ofidiano ponzoñoso  
ni felino feroz, tampoco hay buitres.

### MEMENTO

Los Magnos de la Patria, en lazo estrecho  
tornaron indomable su impericia  
ante el altar donde la unión oficia.  
Abríguese la unión en nuestro pecho.

Para alentar el ponderoso hecho  
que la victoria diademó propicia,  
amaron el derecho y la justicia.  
Amemos la justicia y el derecho.

Esc el alto tributo, y nó los dones  
de evanescente incienso y vano ruido,  
a su santa memoria y sus blasones.

Cuando la bien amada ha fenecido,  
recordar sólo el nombre —oh corazones!—  
es una ambigua forma del olvido.

1907

## ENTREMES OLIMPICO

La raza de Saturno, derribada  
por el ligero soplo de una idea,  
baja a morar sobre la triste Gea,  
en una lamentable desbandada.

Con su atributo y distintivo, cada  
dios osa abrir nueva pelea;  
y mueve la dolosa contra-idea,  
penetrante y sutil como una espada.

A devolver sonrojo por sonrojo  
al nuevo cielo, voluntad y brío  
previene airado su rencor tremendo;

y se apresta a la acción; pero creyendo  
que el Olimpo a la postre es un enojo,  
y la inmortalidad, un grave hastío.

\*

Juno se lleva su pavón: emblema  
del engreído orgullo que se esponja  
y se alza a ser divinidad suprema.

En la tiara del nuevo sacerdote,  
le ha de grabar como soberbio mote,  
de las doradas ínfulas lisonja.

Minerva, en sus pupilas luminosas  
presentando el Empíreo manifiesto,  
le exhibe al triste sino de las cosas  
que conocidas bien, enfadan presto.

Para la rebelión de las mucosas,  
busca Venus pendón; y con un gesto  
de voluptuosidades deliciosas,  
dice, apañando un cinturón:—con ésto!

•

Presume el bronco Marte que le basta  
en la ocasión su formidable estoque,  
para vibrar el tajo que disloque  
la doctrina amorosa, humilde y casta.

Cuanto la guerra con su alud no aplasta,  
lo aplastará Mercurio en recio choque,  
empujándolo artero contra el bloque  
del oro infando y la avidez nefasta.

Y atento a los resortes de las penas  
según la reformada economía,  
como versado en artes de herrería  
el socarrón Vulcano conjetura  
que faltan al infierno más holgura,  
y más pailas; más garfios; más cadenas...

•

Jove Capitolino, a quien no escapa  
que —siendo la conjura contra el cielo—  
refluye contra el hombre tumultuosa;  
y aún puede ver, como a través de un velo  
de tenuísima gasa vaporosa,  
lo que la bruma secular solapa:  
ve que del subterráneo clandestino  
la Cruz emerge como efluvio santo;  
y como la locura, y como el vino,  
filtra en las almas turbador encanto.

Y hela que fragoso torbellino,  
se adueña entre un asombro y un espanto,  
del cetra, en las llanuras de Torino,  
y del timón en aguas de Lepanto.

Las más gratas primicias y más bellas,  
le son donadas con querer jocundo;  
y le consagran, contra amor fecundo,  
su pubertad mancebos y doncellas.

En cuanto se conoce, están sus huellas  
como un sello de lo Alto y lo Profundo;  
y aun se lanza a ganar un nuevo mundo,  
en cuyo dombo austral bórdanla estrellas..

...Y luego ve que, al conjurado influjo,  
como a la intermitencia del reflujo  
duerme silente en la ribera el mar;  
en torno del neo-bíblico madero  
el entusiasmo, enantes vocinglero,  
ha callado: se calla, o va a callar...

Ah! entonces, para entonces, de la triste  
descendencia mortal deucalionida!...  
Falta de un credo, arrópase en la vida  
como en sudario que la escarcha viste;  
y es el fastidio helado quien la asiste,  
y la desesperanza quien la anida!...

Y rememora Jove cuánto amable  
propiciatorio el hombre le ofreciera  
cien toros ante el ara memorable,  
cien carros en la olímpica carrera;  
y deja a la piedad que errumpa y hable:  
—ha de vaguar!; que vague por la esfera:  
ha de olvidar; que olvide en lo inefable:  
llevémosle el Pegaso y la Quimera!

## OLOLOII

*Para Américo Lugo*

Yo, que observo con vista anodina,  
cual si fuesen pasajes de China...

Tú, prudencia, que hablas muy quedo;  
y te abstienes, zeburada de miedo:  
tú, pereza, que el alma te dejas  
en un plato de chatas lentejas:  
tú, apatía, rendida en tu empeño  
por el mal africano del sueño;  
y ¡oh tú laxo no-importa! que aspiras  
sin vigor; y mirando, no miras...

Él, de un temple felino y zorruno,  
halagüeño y feroz todo en uno;  
por aquel y el de allá y otros modos,  
se hizo dueño de todo y de todos.

Y redujo sus varias acciones,  
a una sola esencial; violaciones!  
Los preceptos del Código citas,  
y las leyes sagradas no escritas;  
la flor viva que el himen aureola,  
y el hogar y su honor... ¿qué no viola...?

Y pregona su orgullo inaudito,  
que es mirar sus delitos, delito:  
y que de ellos murmúrese y hable,  
es delito más grande y notable;  
y prepara y acota y advierte,  
para tales delitos, la muerte.

Adulando a aquel ídolo falso,  
¡qué de veces irguióse el cadalso!  
Y a nutrir su hemofagia larvada,  
¡cuántas veces sinuó la emboscada!

Ante el lago de sangre humeante,  
como ante una esperanza constante,  
exclamaba la eterna justicia:  
*ololoi! ololoi!:( sea propicia!)*

Y la eterna Equidad, consternada  
ante el pliegue de alguna emboscada,  
tras el golpe clamaba y el ay:  
sea propicia! *ololoi! ololoi!...*

Y clamando, clamaban no en vano.  
Ya aquel pueblo detesta al tirano:  
y por más que indicándolo, actúe;  
y por más que su estrella fluctúe,  
augurando propincuos adioses,  
no lo vió. ¡Lo impidieron los dioses!

Y por mucho que en gamas variables,  
—no prudentes, mas no refrenables—  
estallasen los odios en coro,  
—como estalla en tal templo sonoro  
un insólito enjambre de toses—  
no lo oyó. ¡Lo impidieron los dioses!

Y pasó, que la sangre vertida  
con baldón de la ley y la vida,  
trasponiendo el cadalso vetusto,  
se cuajó... se cuajó... se hizo un busto!

Y pasó, que la ruín puñalada,  
a traición o en la sombra vibrada,  
con su mismo diabólico trazo  
se alargó... se alargó... se hizo un brazo!  
Cuyo extremo, terrífico lanza  
un gran gesto de muda venganza.

Y la ingente maldad vampirina  
de aquella alma zorruna y felina,  
de aquel hombre de sangre y pecado,  
vióse frente del tubo argentado  
de una maza que gira y que ruge.

¡Y ha caído el coloso al empuje  
de un minuto y dos onzas de plomo!

Los que odiáis la opresión, ved ahí cómo!...

Si después no han de ver sus paisanos,  
cual malaria de muertos pantanos,  
otra peste brotar cual la suya;  
aleluya! aleluya! aleluya!

Si soltada la Fuerza cautiva,  
ha de hacer que resurja y reviva  
lo estancado, lo hundido, lo inerte;  
paz al muerto!: ¡loor a la Muerte!

1907

## DEL PATIBULO

*Para el poeta amigo Fabio F. Fiallo*

Es un Juan Huss? Es un Giordano Bruno?  
Es un Miguel Servet?... Acaso un Sánchez?...  
No, ciertamente. De común con ellos  
sólo tiene el destino lamentable.

No es un máximo juicio, estrangulado  
por la simplicidad preponderante;  
ni en las garras de fiero fanatismo  
es un despedazado libre examen.

No es diminuto estorbo que tritura  
rudo y arrollador un tren de avance;  
ni es un restaurador a quien traicionan  
los hados y el instante.

Contrario del poder, del predominio  
estéril de uno sólo; en el combate  
y en la opinión, fué paladín altivo  
de los fueros sociales.

Le engañó la fortuna;  
se le burló el coraje;  
le fallaron los bríos;  
y hoy le saca el poder a fulminarle.

Y allá va por su calle de amargura,  
por la doliente calle  
que recorren a veces las ideas  
para arder y alumbrar. Así las aves  
picoteando la pulpa, las simientes  
más presto ofrendan a la tierra amante;  
así en el monte, apedreando el fruto  
multiplican la fronda los rapaces;  
y la germinación en mayor radio  
llevan a prosperar los huracanes.

Declina el astro desmayadamente;  
ninguna nube los espacios barre:  
y aun adelgaza más la tibia lumbre,  
con soplo intermitente un aura suave.  
Emerge de las cosas, el silencio:  
y baja de los techos siderales  
una serenidad clardelunada  
y una tranquilidad desesperante.

Para el cuadro ¡qué marco de ironía!  
De la función luctuosa, ¡qué contrastel

Si pudiera volar lo que en los cráneos  
del fúnebre cortejo bulle y late;  
y si en tangibles y vivientes formas  
pudiera condensarse;  
ese ambiente apacible,  
esa calma inefable,  
turbaran azarosas ¡qué de larvas!  
¡qué de caricaturas infernales!...

Viéranse allí el Horror, de ojos saltones  
e inflado como sapo repugnante;  
con el Afán—de—ver, a un mismo tiempo  
atrevido y cobarde.  
El Terror, monstruecillo todo nervios,  
fallo de extremidades;  
y la Enemiga—alegre, del demonio

la más cumplida imagen,  
 con sus torcidos cuernos, rala cola,  
 alas de vespertilio, uñas de sacre.  
 Y erizado de espinas punzadoras,  
 el rabioso Rencor de los parciales  
 hucheando a la escamosa Represalia,  
 boa-constrictor, de aletas dragonantes...

Ah! en torno del patíbulo rastrean,  
 como ante una carroña los chacales,  
 muchos afectos ¡y ninguno digno!  
 muchas pasiones ¡y ninguna grandel!

Pero sí... la Piedad!... Dos ramerillas  
 que la sangrienta ejecución atrae,  
 como alælados van a los incendios  
 alguna vez los pájaros errantes,  
 lloran, y entre sus lágrimas sollozan,  
 por aquella injusticia irreparable...

Sesgas, de frente, hinchadas o escurridas,  
 las olas de los mares  
 convergen a las playas; y converge  
 al cerebro del aquel dos veces mártir,  
 con toda su espumosa marejada,  
 ese revuelto, silencioso oleaje.

Debe llevarle alternativamente  
 fuego estival y nieves boreales:  
 exhalaciones de su recio orgullo;  
 ecos de sus hazañas resonantes;  
 altivez de su causa vengadora;  
 arrullos de sus nobles ideales...  
 Pero quizás si sobre todo flota,  
 endeblemente arrepentida y frágil,  
 la piedad de sí mismo, que es la espuma,  
 la inconsistente espuma del oleaje.

Y ella tal vez la que dibuja y pone,  
 como importuna sombra en su semblante,

todas las palideces de la anemia,  
y del insomnio todas las señales.

Y al columbrar el ominoso sitio,  
el sitio horrendo del horrible trance,  
la que también le vuelve térreo el rostro,  
inseguro el andar, la vista errátil...

¿Le viene de sus viejas energías  
algún sacudimiento formidable;  
o una visión le asiste ultraterrestre?

¿Acaso su conciencia, en un celaje,  
"no estás aquí —le dice generosa—  
ni por ruín, ni por vil, ni por infame?..."

Algo le confortó; pues su mirada  
serena está, regocijada casi.

Y en súbito destello, sus mejillas  
vibran la llama rosa del granate  
cuando truena la lúgubre descarga  
con su eco estridor... Oh Dios! ¡que tapie  
algún ángel divino las orejas  
a su novia, a su viuda o a su madre!...

En un silencio pávido y sombrío,  
hinchido de inconexas ansiedades,  
la voz del oficial que se alza sola  
comandando el desfile, casca el aire.

Y él está allí tumbado al sol occiduo,  
acreciendo el montón de los que yacen  
por la feroz violencia victimados...

Un fatídico signo interrogante  
—diseñado en la nítida pechera  
por la caliente sangre—  
arranca de los bordes vulnerados;

y escurre luego por tranquilo cauce,  
 y purpura las hojas y las flores  
 de un abrojo rastrero...

Cae la tarde!

1907

## BALADAS DE LAS TENTACIONES

*A Felipe J. Santana*

### EL MANGO

Si te rinde la fatiga,  
o te amodorra el calor,  
ven y reposa al frescor  
que ofrece mi sombra amiga.

### EL MANZANILLO

En mi sombra tutelar  
tendrás refugio halagüeño  
si necesitas un sueño  
que no tenga despertar.

### TODAVIA EL MANGO

De mi ramaje sombrío  
podrás colgar una hamaca,  
para maligna sonsaca  
en que se enerve tu hastío.  
Y como te punce y muerda,  
y como acede tus gustos,  
¡mira que ramos robustos  
para colgar una cuerda!

## LA MONTAÑA

Asciende a mí, si dispones  
 alzarte del valle oscuro  
 a conseguir aire puro  
 para ensanchar tus pulmones.

Si más buscas, mira como  
 baja de mí a la llanura,  
 esa recia cortadura  
 de ese precipicio a plomo

## EL MAR

Trae tu barca y trae tu amor!  
 Que no te sigan las penas!  
 Te arrullarán mis sirenas!  
 Te mecerá mi tremor!  
 Pues para el dolor feral,  
 tengo en mis fondos, hidalga  
 ¡qué blandos lechos de alga!  
 ¡qué triclinios de coral!

## LA FLOR DEL QUIBEI

No por ligeros antojos  
 me abro a la margen del río,  
 sino para ser ¡oh mío!  
 mayor gloria de tus ojos.

Tengo virtud, además,  
 —como tú te desesperes—  
 de cerrártelos, si quieres,  
 para no abrirlos jamás!

## ENVIO

Oh cosas! cómo se advierte  
 que sois, con silencio asceta,  
 una invitación discreta  
 a la vida y a la muerte!

1907

## ESQUELA

José Santos Chocano:

Bienvenido a esta tierra,  
desde donde la homérica Aventura partió  
a la grupa fogosa del valor temerario  
o en las alas sutiles del astuto valor.

Hacia un cuerno del río, vigilando su curso,  
la ciudad oprimiendo y atisbando la mar,  
ya habrás visto el gran símbolo que en su mole recata  
del Virrey-almirante la mansión señorial.

Tiene rectas entrantes, como una celada;  
como un énfasis pétreo, traga al frente la luz;  
y le dan sus almenas, puntiagudas y enanas,  
de un felino en acecho la graciosa actitud.

Eso fué la Aventura: un palacio inconcluso;  
de una gracia terrible; de un hipnótico horror;  
de unas piedras trabadas tal y tan firmemente,  
que defraudan y burlan terremoto o ciclón.

¿Para quién es moldearle arquitrabes y plintos,  
y columnas esbeltas y cornisa gentil,  
y aliviar duras líneas?... Para ti Musagetes;  
para ti, José Santos: ¡para ti! ¡para ti!

Fácil es que en su polvo, don Alonso de Ojeda,  
al saber tu llegada, haya alzado una voz  
por la roña de siglos displicente y agriada:  
—ya llegó con sus artes el Gran Evocador...

Y en el mismo convento de los padres franciscos  
es posible y probable y aún seguro que con  
el medroso pretexto de esquivar tus conjuros,  
te susciten los manes un exorcizador.

¡No haya miedo! En sus celdas huésped fué Guarocuya,  
con quien Carlos el Quinto humillóse a pactar;  
y aquietando a las sombras: es, dirá, de los nuestros:  
¿lo ignoráis?... ¡tan Gran Inca como gran Capitán!

—Saber héis que anda tierras; y ha llegado a nosotros  
como Anfión el tebano, porque es muy capaz  
de concluir idealmente con su lira robusta  
del Virrey-almirante la mansión señorial.

1908

## HIMNO DE LOS DOCE (\*)

*Para la Asociación excursionista  
de jóvenes estudiantes*

### I

Por tu sol, dulce Patria, inflamados,  
inseguimos tu dicha y honor;  
¡y cuán suaves te fueran los hados  
como fuesen los hados, amor!

Nuestro afán tesonero se aplica  
a explorar tu hermosura sin par;  
¡bella y rica a la vez, bella y rica  
en un punto con gemas y mar!

Nos aguija vehemente deseo  
de aspirarte más cerca y mejor,  
y, a tal soplo, ganar como Anteo  
nuevo arranque de fuerza y vigor.

¡Patria hermosa!, ¡de prados en fiesta!  
¡Patria amable!, ¡de asiento ideal!  
¡Patria noble!, ¡que has dado a la gesta  
más de un alto motivo triunfal!

---

(\*) Música del Maestro José de J. Ravelo.

## II

En las varias campiñas que abarcas  
—amorosas delicias de Ormuz—  
hay comarcas de ensueño, hay comarcas  
de misterio, hay comarcas de luz.

¡Todo un mundo en tu suelo retoñal  
¡Todo el mundo, hecho Edén terrenal!  
Sin resabios de garra y ponzoña;  
¡muelle, ardiente, nuboso y glacial!

Peregrinos a tierra sagrada,  
y piadosos romeros también,  
está en ti nuestra Meca anhelada,  
eres tú nuestra santa Salén.

¡Patria hermosa!, ¡de prados en fiestal  
¡Patria amable!, ¡de asiento ideal!  
¡Patria noble!, que has dado a la gesta  
más de un alto motivo triunfal!

1910

## A SOR MARIA DE LAS NIEVES

¿Profesa?... ¿Y es verdad?... ¡Verdad! ¡Profesa!  
¿A qué bueno el asombro?... Si ignorada,  
de tu vago idealismo era esperada,  
¡oh, bella sorprendente!, una sorpresa.  
Mas, ¿cómo fué?... Purificada esencia  
como tú eres; levedad extraña  
como eres tú, del mundo la violencia  
aun cuando las penetre, no las daña.

Casos de amor sin duda. Frente a frente  
debió oponer el inflexible hado  
la brutal liviandad de lo presente  
a tu romanticismo rezagado.

Se te esfumaron en penumbra oscura,  
con su noble y leal delicadeza,  
don Alonso Quijano, ¡qué amargura!  
y Amadís el discreto, ¡qué tristeza!...

Y del ensueño hundida en lo profundo,  
a tu alma le dijiste: "sueña... sueña...";  
y entre su nivea soñación y el mundo  
interpusiste un traje de estameña.

Para que al par de tu ansia de ternura,  
tus ansias de aislamiento satisfagas,

que halles piadosa a restañar —¡oh, pura!—  
—¡oh, suave!— muchas úlceras y llagas.

Con la compleja sencillez de todo,  
y en siglo de antiséptica destreza,  
ese ingrato mester puede ser modo  
de conservar tu ensueño y tu pureza.

De la hoguera social la brasa viva  
rozarás como amianto inmune al cuerno;  
e irradiarás con flama inofensiva:  
la inofensiva flama del santelmo.

En tu visión interna refugiada,  
a media luz de acariciante gnosis,  
tendrá tu aspiración no confesada,  
una Fata-Morgana de apoteosis.

Sin hieles, sin fatigas, si nagravios;  
en paz contigo y todo, la inefable  
serenidad dibujará en tus labios  
una sonrisa plácida y estable.

Y en tu visión interna refugiada,  
con tu visión interna sonreída,  
cruzarás por la vida, inmaculada,  
e inmaculada dejarás la vida.

Tal tú, la tuberosa que resides  
sobre las tumbas al morir en ellas,  
¡con tu blancor incólume, despides  
tu aroma no violado a las estrellas!

1912

**ROMANCES**



## SOLDADO, PULPERA Y COMENDADOR

(UN PASO COMICO CUANDO LA RESTAURACION)

—Patrona, eche usté una copa  
que el cuerpo abatido entone;  
y si usté gusta, esa silla,  
antes que aquí me desplome.

—¡Hoo —la paisaa— no! ¿es usted  
o estoy mirando visiones?  
¿U olvidó que de Guanuma  
por regalo, prometióme  
un par de orejas mambies  
en dos varas de esos montes?  
¿En dónde están esas varas?  
y esas orejas, ¿en dónde?...

—Mire, patrona, estos pies  
que en vida se me corrompen;  
repare usté estas heridas,  
de las zarzas desgarrones;  
dígame si aquí entró plomo  
o qué entró, si lo conoce;  
averígüeme si son  
de la fiebre estos colores,  
y juzgue si está de broma  
quien tiene el cuerpo en girones.

Vió la patrona la ruina  
y mirándola, afligióse.  
Y piadosa, aunque mambí,  
¿puede ella impedir que broten  
y le tibien las mejillas  
dos espesos lagrimones?

—Paisano, cuando usted quiera  
naranjada que le aplome:  
caldo abundante y jugoso  
que le reanime y conforte,  
o una taza de café  
servida de mil amores,  
lléguese aquí, que es su casa;  
donde pienso a más, que sobre  
quien le cure sus heridas  
y respete sus dolores.

—Bendiga Dios esa boca,  
patrona, y esas razones:  
cosas así me decía  
mi madre, que Dios goce.

—¿Sabe usted lo que es venir,  
creyendo llegar señores,  
y hallarse con que es la tierra  
una mar de rebeliones?...  
¿Sabe usted lo que es topar  
con unos tipos feroces,  
que —porque os odian— se mudan  
como a su casa, a los montes?...

—Pues, ¡y marchar a Guanumal  
Bajo un solazo que os sorbe,  
unos pantanos podridos  
que os estancan y os corrompen:  
para cuestras que os abrumen,  
espinazas que os destrocen,  
¿Y sosiego...? ¿Lo hubo acaso,  
patrona, ni en día ni en noche?

¿Es la del rancho?, pues ¡firme!,  
que andan duendes por el bosque;  
¡armados, que es un contento!,  
¡disparando, que es un goce!  
Y a batallar con la selva,  
porque el corro, disolvióse.

!Y ahí es nada! Bueno es ver  
que tras de tales primores  
abriéndose, la manigua  
un bronco mambí os arroje:  
con ropas, cintura abajo;  
con patriotismo, ¡hasta el tope!  
Un pañuelo en la cabeza,  
en la boca dos canciones,  
y arriba del brazo izquierdo  
de un rojo trabuco el cobre.  
*Santa Teresa*, y ¡candela!  
*moño con ganchos* y ¡sople!;  
y échele después un galgo,  
que diera lo mismo un gozque.

Y en seguida y a diez pasos,  
cuando no el dicho, otros hombres  
con armas por el estilo,  
y con las mismas canciones.  
Que les derribamos uno,  
¡si ya nos tumbaron doce!  
¡Es esto costal de paja,  
pues digo!, ¿sino de bronce?...

Yo —ya cumplido— me largo;  
e hicieran los batallones  
con largarse retebién;  
que ancha es Castilla, a la postre.  
Muy bien dicho; ¡de eso a poco,  
se fueron los españoles!

## ESBOZO TÍPICO

(Medio a lo Quevedo)

Velando están a las doce  
a quien velaba al de *a prima*,  
y andan bebiendo en la muerte  
de quien los vientos bebía.  
Corre el velorio, rumboso:  
marcha la fiesta, rompida;  
de aquel para quien fué fiesta  
cada sol que amanecía.  
A la testa, la Altagracia;  
el cirio sobre una silla;  
sobre la cama, el jayán  
y encima de él, cuatro heridas.  
Por aquí salió, hecha sangre  
y mosto, su brava vida;  
no el alma, que no la tuvo  
quien desalmado vivía.  
Por excusar tal olvido,  
y también porque no diga  
la gente, prestó un vecino  
a más de zapato, almilla:  
quién busca unos pantalones;  
quién regala una camisa,  
quién allega al burdo catre  
sábana al fin, si no limpia.

Y de esta guisa vestido,  
casi decente en tal guisa,  
estáse en la cama el muerto,  
y alrededor la pandilla:  
¿Le lloran?... claro que sí;  
peros son las obras pías  
llamadas casas de juego  
por el vulgo y la justicia:  
los malos bailes le llaman  
a las pasadas vigiliass;  
le gritan los alambiques,  
del palo por las palizas.  
De él se duele el contrabando  
por las cápsulas que cría,  
que más de éstas le vendió  
que otras venden las boticas.  
Está de gala el silencio;  
y el escándalo de grima  
se calla, porque acabó  
quien del brazo le traía.  
—¡Pues se llenó el medio almud!  
dice, en voz enternecida,  
de aguardiente y del velorio  
(ya de pestañas caídas).  
—¡Pues se llenó el madio almud!  
dice *el Bobo* (y es malicia  
que así le llamen), ni Dios  
puede volverle a la vida!  
Soñaba con ser Ministro;  
¡logrado tal vez lo habría!  
¡Y hasta más!... que de buen taco  
fué entre los natas, natilla.  
Pero no alcanzando a tal,  
mas ni a cosa de hacer sisa,  
¡véndase lo que tuviere,  
para su entierro y su misa!  
Y vienen al inventario  
que al instante se improvisa,  
amén de otros varios chismes

de menos prez y valía:  
 los dos revólveres, que son  
 dos trozos de Historia antigua;  
 páginas de cien combates,  
 testigos de mil heridas;  
 el machete, sempiterno  
 aprendiz de Geometría;  
 pero en trozos de tangentes,  
 de consumada pericia;  
 el cuchillo, que es de Collins,  
 y de ello por ser, sería  
 que fué en vida del difunto  
 de puñaladas colina;  
 luego el garrote, de un dicho  
 parodia, mas negativa;  
 pues se sacó sin razón  
 y se guardó con falsía;  
 y el estoque, que por arma  
 como aleve conocida,  
 hizo de aleve asador  
 de las hurtadas gallinas.  
 ¡Válgame Dios! Lo que pudo  
 el uso en tales reliquias,  
 ¡que al entierro de su dueño  
 no ayudan, mas ni a su misal!  
 Desechadas por no buenas,  
 y de los autos en vista,  
 y resumiendo el debate,  
 así habló el *Bobo* y se explica:  
 —Pues no se halla el hospital  
 a ningunas doce millas,  
 ¡quien a tantos puso en cama  
 vaya señor en camilla!  
 Y mientras los unos roncan,  
 y los despiertos desfilan,  
 allá se acaba el velorio;  
 y el romance aquí termina.

## VISITA A LA ISABELA

Habían hecho la jornada  
a lo que fué la Isabela,  
con la unción del mahometano  
que camina hacia la Meca.  
Viejo propósito ha sido;  
concierto que desde Iberia  
formaron, y cumplen hoy  
como devota promesa.  
Vienen a ver los lugares  
en que sus deudos murieron,  
bajo el yugo abrumador  
de ocupaciones plebeyas.  
Caballeros de Castilla,  
con disciplina severa  
Colón les puso al trabajo,  
y les mató la faena.  
Vienen a ver las ruinas,  
el leve polvo que resta  
de aquella ciudad famosa,  
hace diez lustros deshecha.  
Y ora frente a su perímetro  
están, con el alma opresa,  
y en silencio que habla más  
que la mayor elocuencia!  
—“Oh tú, villa! bautizada  
en honor de la gran reina!

Oh ciudad!, del Nuevo Mundo  
la que fundaron primera!  
Llamada a ser de estas Indias  
indisputable cabeza,  
¡quién te vé, que no se asombra...!  
¡quién te vé, que no se apena...!  
Eres patraña del vulgo;  
de los ociosos conseja;  
y te dominan, impunes,  
la broza, terrible dueña  
de tu asiento, y el lagarto,  
monarca de la maleza".  
De altos recuerdos henchida;  
subsolada de osamentas  
humanas; sin pueblo y triste;  
todo ruido adquiere en ella  
repercusión alarmante,  
sonoridades siniestras.  
Los arbustos que a los piés  
de ambos hidalgos se quiebran,  
emiten chasquido sordo,  
chasquido de calaveras.  
Zumba un enjambre en las flores;  
y el zumbido tenaz, suena  
como el roncón melancólico  
de alguna gaita gallega.  
El airecillo sutil  
que se tuerce y culebrea  
al pasar entre la fronda,  
se plañe, como alma en pena.  
O bien, un pájaro-mosca  
de un aletazo se aleja,  
moviendo un bronco rumor,  
tan extraño que consterna.  
Hasta el mismo sol ayuda  
a la fatídica escena:  
entre una nube que pasa  
y otra nube que se acerca,  
ilumina incierto a ratos;

a ratos su lumbre vela.  
De pronto, los peregrinos  
abocan una amplia senda;  
de corpulentos y agrumos  
y jabillas corpulentas  
hermosamente sombreada  
a una mano y a la opuesta.  
Allá en el fondo unos muros  
hechos pedazos, blanquean:  
son de casas derruídas  
de la difunta Isabela.  
Y hacia mitad del camino,  
de espaldas a los que llegan,  
unos doce caballeros  
lentamente se pasean.  
Van con los negros sombreros  
ornados en plumas negras;  
los vestidos, enlutados,  
y las capas, cenicientas.  
Como en una procesión,  
discurren en dos hileras  
pausados, ceremoniosos,  
en silencio, y con cautela.  
Es de ver que los estoques  
y la oscura vestimenta,  
lucen pautados por moda  
que hace tiempo no se lleva.  
Y en tanto que las pisadas  
de los hidalgos son huecas;  
las suyas no alzan más ruido  
que el que las sombras hicieran.  
De súbito se detienen;  
las enjutas caras vueltas  
a los intrusos; les miran  
con insistente fijeza;  
taciturna la expresión,  
y muy juntadas las cejas.  
Saludando los hidalgos  
con airosa continencia,

de su sombrero, en las manos,  
las pintadas plumas tiemblan.  
¡Dios guarde a los caballeros  
por largos años! Empresa  
sin duda muy semejante  
y acomodada a la nuestra,  
os traerá por estos sitios;  
donde en brevísima época  
tales sucesos pasaron  
que una larga historia llenan.  
Callando se están los doce:  
pero en cortés reverencia,  
a los chambergos levantan  
pausadamente las diestras:  
saludan, y al saludar,  
¡horror que la sangre hiela!,  
se vienen con los sombreros  
desprendidas las cabezas...!

1898

## LA INTERVENCION, 1801

Bella mañana! La luz  
se desparrama a torrentes,  
por los combos horizontes,  
y los nácares del éter.  
En el mar relampaguea,  
en los tejados se tiende,  
en las ramas se columpia,  
y por las calles se vierte.  
Un céfiro perfumado  
se desliza blandamente:  
y a las flores secretea.  
¡Bella mañana y alegre...!  
Bajo esa pompa solar,  
quién pensara que se cierne  
y a una hecatombe se apresta  
la guadaña de la muerte...!  
Después que los principales,  
tras continuados reveses,  
a Toussaint el invasor,  
y a su selvática gente,  
de la ciudad del Ozama  
rindieron destino y suerte;  
hacia la plaza mayor,  
hombres, niños y mujeres,  
hoy a la cita concurren  
del ferocísimo jefe.

Va a proclamar la ley nueva,  
que de coyundas estériles  
al triste esclavo desliga  
para siempre y para siempre.  
La blanca flor del quibei,  
ponzoña mortal contiene:  
así en el noble motivo  
sataniza impuro germen.  
Rencores de piel oscura,  
inveterados y crueles;  
diferencias comprimidas,  
cuya explosión se presiente.  
Fué Louverture de los duros  
de los fatídicos seides,  
que atizaron sin piedad  
el incendio de Occidente;  
a cuyo fulgor siniestro,  
deudas de ignominia aleve  
el Africa en sangre azul  
cobró con enormes creces.  
De él se sabe que no admite  
medios, ni distancia entiende,  
entre la guerra y la paz,  
entre la vida y la muerte,  
y que le trae cejijunto,  
y encontrado en pareceres,  
el hosco silencio hostil  
del mal sujetado oriente.  
Que a más del pañuelo blanco,  
un rojo lienzo previene:  
para el perdón, si hay perdón;  
si nó, para que degüellen!  
Que su piadosa cuñada,  
insomne, angustiada y flébil;  
porque el cielo le ilumine  
porque el cielo le serene,  
pasó la noche rogando  
con devotísimas preces,  
a María, llena de gracia,

y madre de las Mercedes.  
Con esas alarmas negras,  
los vecinos comparecen;  
con esos augurios tristes,  
el pueblo en la plaza hierve:  
mientras —losa de un sepulcro,—  
cierran el cuadro las huestes,  
bajo la pompa solar  
de aquella mañana alegre!  
Redoble de ronco parche,  
son de clarín estridente,  
a la escolta reforzada  
y al jefe intruso preceden.  
Ay de los pueblos vencidos...!  
Qué de zozobra inminente!,  
cuánta amargura devoran!,  
y qué de lágrimas beben...!  
La misma hermosa proclama  
que un soplo divino enciende;  
en labios del triunfador,  
nueva humillación parece.  
Tan sólo rostros nublados,  
tan sólo sañudos pliegues,  
odio y espanto escondidos,  
revelan, denuncian, venden!  
Si animosos los que están,  
el valor en ellos duerme,  
aislado, cual se disgregan  
copos de agrumada leche.  
Le son acicate vivo  
sus consternadas mujeres;  
las amadas de su alma,  
y sus niños inocentes.  
Que haga Toussaint la señal  
asesina: ¡bien lo puede...!  
Por eso, puñal oculto  
o daga afilada tienen;  
y en todos late el impulso  
con que la abeja acomete

por clavar el aguijón,  
 sin cuidarse de que muere.  
 Buscando tal vez pretexto  
 que el trance menguado abrevie;  
 con el orgulo procaz  
 de un terrenal prepotente;  
 y las damas cuestionando  
 insípidas pequeneas,  
 con su bastón las alcanza  
 el invasor, dulcemente.  
 Bizarra Dominga Núñez;  
 altiva doncella débil;  
 tu heroísmo, ¿fué pudor?  
 ¿o amor de tu patrio albergue...?  
 Sublevada, hermosa fiera,  
 tinta en carmín: —Insolente!,  
 exclama —para españolas,  
 otros modales aprende...!

Qué asombro...! qué indignación...!  
 qué furia loca estremece  
 a Toussaint...! La mano izquierda  
 satánicamente mueve...  
 la multitud hace olas  
 murmurando sordamente,  
 como espigas de un maizal  
 tomadas de un viento fuerte;  
 se avanza la soldadesca,  
 erízanse los satélites,  
 la escolta se arremolina...  
 cuando pronto y de repente,  
 hacia antigua cruz de hierro  
 que en la Catedral se yergue,  
 una nube como un monte,  
 calladamente, aparece.  
 Otras la siguen debajo  
 y otras, cual bola de nieve  
 que al empuje de los niños  
 atonclándose crece...

Tras ellas se eclipsa el Sol;  
y de ellas —en chorro tenue—  
blanca luz de apoteosis  
la cruz y la iglesia envuelve.  
Alza los ojos Toussaint  
hacia el espacio solemne:  
el ébano de su tez  
en cenizo palidece;  
se abren absortos sus labios;  
su cuerpo membrudo treme.  
Y en la diestra, con precisas  
señales de que despejen,  
su pañuelo —color cisne—  
abanica el aire ambiente.  
Su pensamiento quién muda?  
Su ira súbita quién vence?  
Su mansedumbre qué causa...?  
Su terror a qué obedece...?  
Señoreando los nublados,  
de sus plantas escabeles,  
irradia en las alturas  
la Virgen de las Mercedes!

1899

BAYAJA, 1606.

Una madrugada intensa.  
—pero el recinto aclarado  
por refulgentes luceros  
que titilan dormitando,—  
las gentes de Bayajá  
su lugar abandonaron,  
como lo manda la Audiencia  
a nombre del rey cristiano.

En el débil claroscuro,  
tal montón infunde espanto:  
grupo de leves fantasmas  
y nó de seres humanos;  
difuntos que a la trompeta  
del juicio final se alzaron,  
y al valle de Josafat  
dirigen los breves pasos,  
tal parecen; pero el sol,  
surgiendo acardenalado,  
en ellos dá, ya bien lejos  
de su pueblo originario.

¡Qué confusión pintoresca!  
Qué panorama fantástico!  
Qué mezcla de edad y sexos!  
Qué orbe entero, si abreviado...!

Allá a la cabeza, un tren  
de acémilas, y de carros  
por larga suerte de brutos  
domésticos arrastrados  
con las cotorras parleras  
y filarmónicos pájaros;  
con las aves de corral  
y los cochinos cebados.

Entre el chirriar de las ruedas,  
y el mugir de los ganados,  
y el ladrido de los perros,  
y el piafar de los caballos,  
y el grito de los aurigas,  
y el trompetear de los gallos...!

Después, la caballería;  
a cuyo frente, en un macho  
macizo, sin corpulencia  
arrellana el cura-párroco.

Y cerca de él, la persona  
del alcalde, en tardo jaco;  
y sobre yegua rocilla,  
el afanoso herbolario.

¡Oh vanidad! que de un duelo  
haces fiestas y aparato!  
Siguen después, caballeros  
bizarramente montados;  
traje y batas de valía,  
con espolín argentado.

Y damas de alto copete,  
con adornos muy más altos,  
en monturas cuyo equipo  
China y Persia ministraron.

Y oh comodona humildad!  
que doblas el espinazo

a lo posible! cabalgan,  
quienes en humildes asnos,  
quienes en pencos endebles,  
y quienes en bueyes tardos.

Y quienes... cierto los más...  
a la infantería obligados,  
la yegua de San Francisco  
van sudosos espoleando.

¡Qué pena ver a una madre  
con el infante al costado!  
Qué pena, aquel inocente  
como cabrito triscando  
y como suda y jadea  
aquel venerable anciano...!

Les flecha el sol; descoyunta  
sus huesos el trecho áspero;  
y ciega y asfixia el polvo  
de ellos mismos levantado.

Del interior! les dijeron;  
y al interior siguen mansos,  
como errante caravana  
de vagabundos gitanos.

De ellas, hubo quien saliera  
con hierro homicida al patio  
lleno de flores y frutos  
del hogar que fué su encanto;  
y arremetiendo a un rosal  
por ella misma plantado,  
queriendo destruirle todo,  
sintióse sin fuerza y ánimo.

Sólo desgajó llorosa  
algún diminuto vástago,  
para plantarle allá lejos  
donde la empujan los hados.

De ellos, hubo quien armara  
de un hacha agresiva el brazo  
y a fragmentos redujera  
el cocotero empinado,  
con iracundo rigor  
y con rigurosa mano.

Por los de su hijo primero,  
no contará más los años...!

## II

¿No es bastante? no es bastante...!  
Criadero de contrabando,  
como su gente lo fuera,  
será el lugar castigado.

Se hará con él — lo que en Roma,  
en otro tiempo los vándalos;  
lo que hacen los que conquistan  
con los pueblos conquistados;  
lo que en el nombre del rey  
está dispuesto en el bando.

Cuadrilla demoledora  
echa las tapias abajo;  
y en los lienzos de madera,  
igualmente derribados,  
con aceite y pez, las llamas  
encuentran untuoso pábulo.

Muerde ya el fuego; destella  
intermitentes relámpagos:  
juguetón o perozoso  
se inicia: pero hostigado  
por una brisa creciente  
que suscita el mar su hermano;  
como un infierno en menudo,

vivo y pronto como un rayo,  
crepita, ruge, se extiende,  
destruye, devora airado  
y avienta en sutil ceniza  
la paciencia de los años...!

Gran previsión...! Desaloja  
el incendio a los que osaron  
contravenir lo dispuesto;  
y son los tozudos gatos.

Si de tercos por alarde,  
como tercos se quedaron;  
ya al monte vecino huyen  
lo mismo que fuegos fatuos.

Pero aún allá, el enemigo  
les alcanza en breve rato;  
les obliga a nueva fuga;  
y con ello no saciado,  
trepa bermejo y terrible  
a frondosísimo árbol  
en que está feliz pareja  
de turpiales anidados.

Alzan el vuelo los padres,  
y queda solo y piando  
la cría implume; mientras ellos  
impotentes para el trágico  
evento, rápidos pasan  
y repasan el penacho  
de llamas que al nido llega  
de sus hijuelos amados...  
Ayl con rabioso dolor,  
¿qué resta a los pobres pájaros?  
Pasar veinte veces más,  
y trinar desesperados...!

Todo lo ven desde lejos  
un grupo de hombres no escaso.

gran número de mujeres,  
e innumerables muchachos.  
Expulsos de Bayajá,  
si curiosos rezagados,  
¿por qué al horizonte miran,  
y a qué miran el espacio?  
¿El montuoso nubarrón  
tropical buscan acaso,  
de los torrentes pluviales  
ventrudo depositario?

Tal vez...! Pero al ver que están  
el horizonte plateado,  
azuladas las alturas  
y rojo y radiante el astro;  
en pos de los delanteros  
se encaminan; por lo bajo  
pidiendo a Dios que conjure  
pestes a los lusitanos;  
mal fin a los holandeses,  
y peor al contrabando.

### III

Aparte, y en una cuesta,  
hay tres hombres destacados:  
son comisario real,  
amanuense y escribano.

El último, en subitánea  
conmiseración tocado,  
su pensamiento echó afuera  
con muy medidos vocablos.

—Paréceme— quizás yerre,  
que no hay nivel adecuado  
o debida proporción  
entre lo que viendo estamos

y una falta cuasi leve  
como lo es el contrabando...

Con tímida parsimonia,  
corroboró el secretario:  
—Salvo mejor parecer,  
y mayor consejo salvo:  
creo que es muy fuerte justicia  
si nó rigor extremado,  
el que purgue todo un pueblo  
las faltas de tres o cuatro...

Brotando chispas los ojos  
tras de los vidrios ahumados;  
iracundos voz y gesto,  
saltó el otro:— tened ambos!  
y ved que nó a murmurar,  
a dar fé se os ha llamado!  
Lo hecho en el nombre del rey,  
bien hecho está, y acatarlo...!  
Y sabed que esto se cumple  
para escarmiento de osados...!  
para aviso de imprudentes;  
para escarmiento de osados!...

Con eso, los tabeliones  
en un compás saludaron;  
comba la espina dorsal;  
casi vueltos garabatos!

## MONTBARS EL EXTERMINADOR

### BALADA

*A Don Federico Henríquez y Cervajal.*

En la noble, suave, feraz *Occitania*,  
refugio de bardos y *Cortes de Amor*;  
donde, a los embates del *mistral* poniente,  
perfumando el aire "florece el limón";  
Montbars, de una ilustre progenie, leía  
crueldades de España y abuso y horror  
que en la virgen tierra, recién descubierta,  
rubricaba a sangre el duro español.

Montbars, de una ilustre progenie de bravos,  
de fuertes, de grandes en el Languedoc,  
de justicia hambriento, para hacerla firme,  
partió de su pueblo... ¿Beziere o Narbonne...?

Cuando, rumbo a América, del Abra de Gracia  
su frágil esquife las ondas surcó;  
antes que alcanzara la elegante urca,  
a proa se puso un tierno candor.

Era una avecilla, blanca como un cisne,  
¿garza?, no parece, ¿o paloma?, no;  
¡pero cuán serenos sus ojos azules!  
su níveo plumaje, ¡qué triunfante albor!

¿Es el clima...? ¿el medio...? ¡Montbars piratea!  
Su sed de justicia, ¿a dónde quedó...?  
contra España armado, ensangrienta el ponto,  
más cruel y más duro que el duro español.

Bajo una neblina, cauteloso asalta,  
llevando la muerte, la devastación,  
en México rico a Veracruz rica,  
que expolió, robó, aterró, incendió.

Cartagena de Indias, con doloso engaño,  
la negra flotilla mira con horror;  
y se abren las arcas al pirata osado,  
para que despeje la tierra y el sol.

Sobre la escuadrilla, temporal tremendo  
en la capitana, potente abatió  
un pájaro extraño, muy grande, muy tétrico;  
un escalofrío, un miedo, un temblor...  
Gris como las nubes; gris como los mares;  
de las mobles jarcias, violento saltó,  
quedando perchado, terrible y tranquilo,  
perchado en el tope del palo mayor.

¡Se murió el pirata!... Mas anda en la nave,  
en la misma nave con que pirateó.

Cuando del Atlántico viene hacia el Caribe,  
su buque levanta el teucro ciclón.

Un capote de aguas le envuelve; pasea,  
solo, melancólico, babor y estribor;  
de la proa a la popa, a la luz muriente  
de un triste, indeciso, verdoso farol.

El viento que pasa, las olas que chocan;  
la noche, las nubes, la moble extensión,  
parece que dicen, que gritan, que aúllan:  
"¡Cruel!... ¡Asesino!... ¡Exterminador!..."

¡Y él mira y tremula!...; se encuentra allá arriba,  
melancolizando la mole extensión.  
un enorme pájaro, cual blasón siniestro,  
perchado en el tope del palo mayor.

Es su pico, garra de dragón rampante;  
sus plumas de endrina, cociteo negror;  
sus garras son garfios de acerada punta:  
sus enormes ojos, prendido carbón.

1904

## DEL TRAPICHE

*Para mi reciente y estimado  
amigo Raúl Abreu*

¡Asoma un sol discretol... Ha rato, el campesino,  
primero que empezaran los cielos a clarear,  
sujeto a la coyunda ha puesto un par de bueyes,  
sufridos, obedientes, serviles como un can.  
Y salen del trapiche (burlando las ranuras),  
del guayacán las muelas, como un enorme par  
de labios leporinos, cuya risa sardónica,  
para atristar la vista, sobre la vista cae.

El campo es una gloria... A mitad derribado,  
¡cuánta caña de azúcar bajo la luz solar!...  
¡Todo bejuco, a tierra!... Tienen cuartel tan sólo  
aguinaldos... campánulas... y otras tales que tal...

Ya en el palo, los bueyes tiran, ansían, jadean;  
su corazón enorme principia a palpar;  
el hombre canta un canto de un dejo melancólico,  
pastoso y desigual:

—“¡Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

La caña triturada, como una lluvia de oro,  
en chorros continuados, baja, desciende y va

allí donde la espera la cuba, para hacerla  
miel, dulce miel, panal.

El sol que la atraviesa con rayo matutino,  
de través, como un puro y muy terso cristal,  
sugestiona, persuade, que se ha liquefacto  
la misma luz solar.

—“¡Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se val!”

—Esa miel, que corre como una alborada;  
el que la destila, él la cambiará  
por un gran machete de esos que letrean:  
*los dominicanos, valientes sin par.*

¿No tiene espejito?... ¡No le hace!... Prudente,  
cosa que como él un tipo; no hay como él un hombre...  
¿Quién le ganará?...

—“Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se val!”  
¿Cómo es ella?... ¡vaya!... pero, ¿cómo es ella?...  
Una colorcita lo mismo que el pan;  
y sus ojos... ¡hombre!... pero su presencia  
vale por sus ojos, que son un imán.

¡Qué talluda y firme!... ¡cuán fuerte y fornida!  
¡Qué rabia de carnes!... Recia, dura, asaz  
joven y simpática, es una mulata  
¡para marear!

—“¡Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se val!”

—De leer, no sabe; ni escribir, tampoco:  
entonces él mismo se apersonará  
y dirá a la moza lo que adentro tiene,  
¡escarabajeos... disturbios... y mal...!

Recuerda que el Cura lo dijo muy claro,  
sobre el escribir, sobre el deletrear,  
¿por qué en las cortezas estampar palabras,  
que puede el sañudo leñador tumbar?...  
¿A qué casar nombres en leños expuestos  
al rudo huracán?...

—“¡Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

—Si es que la enamora, a gusto de ella  
aquel negro indio, terrible galán...  
si ve que en la sala, que la habla al oído;  
orgullosa... pavo... mentecato... cual...  
y provocativo... pues con el machete  
por mitad del cuerpo le ha de sajar.  
El cráneo, partido por su mano fuerte,  
echará a los lados, mitad y mitad.  
¿Hay como él un tipo?... ¿Hay como él un hombre?...  
¿Quién le ganará?...

—“¡Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

Ya sube al meridiano el sol; y se amodorrán  
cuantos en ese campo viven, pasan, están;  
canta la abeja un himno muy ajeno al pentragama;  
las locas mariposas, locamente se van.

Aquel que está en la hamaca, dormitando y estólido,  
cuando la tarde avance, se ha de despertar;  
y el canto melancólico y tierno y arbitrario  
lo recomenzará.

—“¡Ah!... ¡Ah!...  
¡Ah, de los bueyes, que el palo se va!”

## LAS SANJUANERAS

*A Federico García Godoy*

A occidente las palomas  
en bandadas pasan ya,  
como heraldos veraniegos  
de la aurora tropical.

Remontadas, en la calma  
de la etérea soledad,  
sus menudas manchas negras  
tonifican la vivaz  
explosión de azul de leche  
que decora cielo y mar.

Y en la urbe consagrada  
a Domingo de Guzmán,  
las cofrades del Bautista  
—bellas magas de hora tal—  
a cumplir tradicionales  
ceremonias, leves van.

Sol oblícuo, del naciente  
se complace en alfombrar  
con tapices de oro mate  
su sendero matinal.

Y dejando atrás los muros  
de la histórica ciudad,  
y atrechando buen espacio  
de un camino vecinal;  
aunque consta que en su día  
muy dormido está San Juan,  
evocarle es necesario  
con la copla de ritual:

*—Desde el higüerito  
hasta el naranjal,  
buscando venimos  
al señor San Juan.*

Ni él parece, ni responde;  
y sin él, se traen de allá  
varas húmedas de higüero  
y puchitas de azahar.

Y ora empieza la femínea  
inocente bacanal;  
las maracas, como tirsos,  
como foro, la amistad;  
un instante volandero  
como puente del cantar,  
y una danza, como aéreo  
don a la hospitalidad.

Son las mozas más garridas;  
el encanto y calidad  
de la urbe melancólica  
y del sueño colonial.

De refajo todas ellas,  
sirve en grande a denunciar  
la pureza de unas curvas  
tentadoras por demás.  
Que descienden ondulando,  
pero que solivia audaz

de la breve zapatilla  
el muy corto valladar.

Entre el seno erecto y combo  
y el ambiente, sólo hay  
el encaje y la blancura  
perfumada del holán.  
Y anudado a la garganta  
el finísimo *foulard*;  
con tal garbo, que del nudo  
forma un pétalo floral.

En el par de trenzas luengas,  
una rosa a cada par,  
rosas blancas, rosas rojas,  
vivas, más que en el rosal.

Hechas a las asperezas  
del librilla de rezar,  
o a la cuenta de las cuentas  
del rosario vespéral;  
son sus manos —afiladas  
y carnosas además—  
como flores de molicie,  
de afelpada suavidad .

Cuando no en la luz serena  
y silente del hogar,  
a la lumbre tamizada  
de la amplia catedral,  
son los rayos de sus ojos  
la reversibilidad  
de los lampos que se sorbe  
el polícromo vitral.

No turbada por pasiones  
de rabioso tumultuar,  
es su risa la sonrisa  
de la Inefabilidad.

Y aunque junte lo devoto,  
su tibieza a lo sexual;  
tiene formas opulentas  
su virgínea castidad.

De ellas no hablará la Historia;  
pues no son ni lo serán,  
ambulante articulado  
de algún código penal.  
Son perfume: ¡y ya se sabe!  
después de aromatizar,  
el perfume se disuelve  
como un bólido fugaz.

Y las dulces sanjuaneras,  
peregrinas de un ritual,  
bravamente peregrinan  
con su danza y su cantar;  
y tan sólo tocan treguas  
cuando sube el astro a la  
coruscante apoteosis  
de la pompa cenital.

1907

## DOLOROSA

La madre entre los sitiados;  
el padre, entre los que cercan;  
y el infante primogénito  
como un lazo entre él y ella.

El aura que los encajes  
de la cunita menea,  
quizás es beso ideal  
que allí manda el que está afuera.

Por abreviar los instantes  
de ver a sus dulces prendas,  
tal vez su bravura es lábaro  
en la enconada pelea.

La antigua ciudad resiste  
con una loca firmeza;  
con el insano tesón  
de los bandos en demencia  
que se exterminan, bajo una  
no diferente bandera.

Para rendirla, un cañón  
los sitiadores allegan,  
cuyo roncador rugido  
a las mujeres consterna;  
y de rayas taciturnas,  
frentes pacíficas pliega.

En una medrosa noche,  
en que el Ozama se incendia  
con el fuego de las balas  
y el claror de las estrellas;  
y en sus grutas, azoradas  
las dulces náyades tiemblan;  
y en que a solos de cañón,  
coros de rifles alternan;  
inflamado meteoro  
pasó la carga siniestra  
del bronce; destrozó setos,  
abrió espantosas troneras,  
cayó, saltando alocada,  
en la alcoba placentera  
donde duerme el dulce niño,  
el dulce niño que cuenta  
a la madre en los sitiados,  
y al padre entre los que cercan.

Y hasta la cuna subiendo,  
¡Ahrimán debió impelerla!,  
apagó en un negro punto  
aquella luz de inocencia...

Por abreviar los instantes  
de ver a sus dulces prendas,  
el padre batallador,  
el padre que está allá afuera,  
quizás si aprontó la carga;  
tal vez si arrimó la mecha;  
quién sabe si por sus manos,  
en criminal inocencia,  
¡arrempujó el fatalismo  
de la espantable tragedia!...

Naricita, antes chatilla,  
y ahora perfilada y seria,  
muy grave carita hacéis;  
¡Como si ya la experiencia

hubiérais filtrado el zumo  
de sus amargas adelfas!

Risa, que en salve a la vida,  
errabas silente y leda  
por los ojuelos curiosos,  
¡cómo en ellos te congelas!

Cuán pálidas y qué mustias,  
¡oh, manecitas inquietas—,  
¡y cuál os molió la bala,  
piernecitas circunflejas!...

Está la madre... no está...  
Está el cuerpo. De sí fuera,  
la sustrajo a la locura  
la horripilante sorpresa,  
sumergiéndola en las criptas  
de una aplanada inconsciencia.

Como herida en el cerebro,  
de un golpe se desmadeja;  
el rostro sobre la cuna,  
y ambas rodillas en tierra.

Y el arcángel Asrael  
invisiblemente vela  
a un muerto casi dormido,  
y a una viva casi muerta.

Ya recordará; en pasando  
el aguacero que olea  
de balines silbadores;  
cuando las vecinas vengan  
y el cuerpecito embalsamen  
con haces de flores frescas.

Ya despertará; en saliendo  
la caja nívea y pequeña

con rumbo al patio severo  
de alguna vetusta iglesia.

Entonces, desesperada,  
puntualizarán su pena  
y egoísmo doloroso,  
añoranzas lastimeras.

¡No le besaré ya más!  
en la boquita bermeja,  
babosilla y desdentada!

¡No le comerá a ternezas!...  
No le cantará ya más,  
al asomar las estrellas:

*¡Zumbador! ¡Zumbador!  
¡en tu piquitín  
trae una estrellita  
para el chiquitín...!*

1908

# TRADUCCIONES Y PARAFRASIS



## SALMO DE VIDA

*De Longfellow*

En tono mustio y sombrío,  
no me digas "que es la vida  
tan sólo un sueño vacío",  
porque el alma está adormida,  
y lo más cierto es umbrío.

La vida es real!, y esquivó  
la tumba por puerto fijo!  
"Serás polvo, él te formó",  
si se dijo, ¡no se dijo  
por el espíritu, nó!

Ni alegre ni querellante  
es nuestro fin: serio está  
en ganar el tiempo errante,  
hoy, marchando hacia adelante,  
y mañana, más allá!

La obra es larga; el tiempo, alado;  
y el corazón encerrado  
toca, no obstante su ardor,  
marchas al sepulcro helado.  
como escondido tambor.

En el palenque del mundo,  
de la vida en la ancha tienda,  
hay que ser —nó en vil ofrenda  
un cordero gembundo,—  
sino un héroe en la contienda!

Si el Futuro es sonrosado,  
no os fieis de su brillo, expertos:  
dejad, sin pena o cuidado,  
que el fantasma del Pasado  
se quede a enterrar sus muertos.

Vivid, vivid el Presente!  
Obrad, obrad en su hirviente  
espuma, del bien en pos;  
dentro, el corazón valiente,  
y arriba de todo, Dios!

¿Es que no vemos acaso  
en las vidas que serenas  
traspusieron el ocaso,  
huellas de luz de su paso  
por las vitales arenas?...

Nosotros, también!... Aliento  
darán mañana a un hermano  
que abrumen olas y viento,  
cuando de la vida, a tiento,  
surque el solemne oceano.

Prontos y activos estemos:  
el pecho fuerte, afrontando  
de hado cualquier los extremos;  
y emprendiendo o continuando,  
trabajemos! esperemos!

1887

## EL SILFO

*(Paráfrasis de Victor Hugo)*

“Oh dulce castellana! cuyo perfil me muestra  
en luz arrebolado este húmedo cristal;  
apiádente mis cuitas; la oscuridad siniestra  
me aleja de mi albergue labrado en un rosal.

“No soy un peregrino, de esos barbones sabios,  
de viajes numerosos pesado narrador;  
y en el más fuerte soplo no arrancarán mis labios  
sino un murmurio leve al cuerno del pastor.

“Entreabre, castellana!: yo soy un silfo, ¿sabes?...  
un silfo, hijo del aire y de la luz solar,  
de alitas matizadas, lo mismo que las aves,  
mas cual de mariposas, tenuísimas al par.

“Oh entreabre castellana! Yo casi no hago ruido,  
y paso sobre el césped sin rastro de mi pié;  
y en tu jarrón si quieres me quedaré dormido  
sobre ese blanco lirio que frente a tí se ve.

“Suspende tu lectura tan solo un breve instante;  
yo no hice mal a nadie como un malvado halcón:  
yo soy un silfo ¿sabes? un pobre silfo errante,  
y el cierzo me entumece, colgado a tu balcón.

“Me sonsacó esta tarde en mi floral morada  
el vagoroso céfiro —¡desdicha para mí!—  
de flor en flor, pasamos alegres la velada,  
entre ondas de esmeralda y záfiro y rubí.

“Una pareja amante cruzaba una floresta,  
hablando cosas tiernas en tácita dicción.  
Llegúeme hasta sus labios —¡curiosidad funesta!—  
a sorprender palabras de fuego y de pasión!

“De pronto, al estallido de un sonoro beso,  
la punta de mis alas en él presa quedó;  
y allí me me estuve ¡oh triste! por tanto espacio preso,  
que al fin la noche horrible y lóbrega llegó...

“Oh! entreabre, castellana! La rosa donde duermo  
lejos está, y cerrada probablemente ya!  
¡Oh entreabre, castellana! que estoy enfermo, enfermo,  
y el húmedo relente conmigo acabará.

“No me oyes? No te mueven mis penas y suspiros?  
Merézcate mi vida siquiera compasión!  
Ah! mira que ya sale de gnomos y vampiros  
el fuerte, cruel, armado y pérfido escuadrón!

“Escúdame!, soy débil y batallar no puedo!  
Te aplaudirán las sílfides, pues yo se lo diré.  
Oh! entreabre, castellana! que tengo miedo, miedo,  
y junto a tus cristales al cabo expiraré...!”

Lloraba el pobre silfo, lloraba y se plañía,  
en tanto que tranquila —sin escuchar quizás—  
la hermosa castellana con interés le fía,  
atenta a lo narrado tan sólo y nada más!

Rompió súbito un aire de preludiar sonoro  
al pie de aquel castillo en plácido laud;  
siguó un tropel de notas como un raudal de oro,  
del canto reforzando la magia y la virtud.

Hablaban, persuadían con persuasión vehemente,  
de afectos... esperanzas... dedicación... amor...  
Abrióse la ventana muy lenta, lentamente.  
¿Fué al silfo? No se sabe! Fué acaso al trovador?

1893

## SU NIÑO

*Para Héctor de Marchena.*

(DEL INGLÉS)

Cuando ella le cantaba, el blando niño  
a sus labios de madre, con cariño  
los bracitos alzaba.

Ella entonces el canto interrumpía,  
y en los tiernos deditos imprimía  
un beso... y los besaba... y los besaba!...

Dormido ya, los párpados de ella,  
—cual profunda mirada de una estrella  
que penetra la mar;—  
sondeaban del amor graves ternuras  
y calaban, calaban las honduras,  
las honduras de amar.

Qué presagio le vino?... Amarga hora?...  
Calle de espinas?... Nieve triunfadora?...  
Qué grande pena es?...  
Se le acorta el aliento!... La ahoga el duelo!  
Y le mira con hondo desconsuelo;  
y le besa en las plantas de los piés!...

1904

## INVERNAL

De P. Verlaine

A Tulio M. Centeno.

En el tedio enorme  
de la amplia llanura,  
brilla como arena  
la nieve insegura.

El cielo es de cobre,  
sin lumbre ninguna.  
Sugiere, naciente  
o puesta, la luna,

Como nubarrones  
flotan las encinas  
entre el gris plomizo  
de selvas vecinas.

El cielo es de cobre,  
sin lumbre ninguna.  
Evoca, si viva  
si muerta, la luna.

Lobos trasijados  
y corneja asmosa,  
por esta ventisca  
¿qué afán os acosa?

En el tedio enorme  
de la amplia llanura,  
brilla como arena  
la nieve insegura.

## LA HORA DE ENDIMION

De Verlaine

Luna bermeja en horizonte pálido:  
ninguna nube asombra la pradera:  
sería rey el silencio, si las ranas  
nerviosas los junciales no movieran.

Las flores de las aguas, sus corolas  
cierran silentes. Alamos distantes  
erigen como espectros sus siluetas  
entre la muerta bruma de la tarde.

Despiertan las lechuzas, y sin ruido  
reman el aire con su vuelo informe.  
El zenit se constela en luces sórdidas;  
Venus emerge blanca. Ya es la noche

1904.

## BUCOLICA

De Andrés Chénier

*Para Andrés J. Montolio*

Cerca de Berecinto, un sátiro halló un día  
la flauta conque Hiagnis, el divino, solía  
sumir en calma estéril o revólver furiosa  
a la enervada corte de la Primera Diosa.

Ninfas bellas del Asia, del Meandro al Sangarios,  
envanecido invita; y dice: "necesarios  
son nada más los dedos para este grave intento;  
pues la ciencia de Hiagnis está en el instrumento.  
Y tengo buenas manos!..."

Ya sentadas, esperan.

Sopla el sátiro; suda; dedos y labios eran  
un molino; su cara, bermeja y mofletuda;  
sopla y sopla, y revienta en una nota ruda.

Levántase el concurso, con la risa en la cara;  
y un elogio burlesco formula y le dispara.  
Mientras huyendo al bosque, corrido de sus yerros,  
se evita a los ladridos y dientes de los perros.

1904

## NUBIL

Motivada en A. Chénier

No se te ve; nos huyes; te desligas  
del regocijo franco de otras veces;  
e inquietan, alarmadas tus amigas,  
de qué insidioso afán; qué mal padeces.

No haces labor. Una obsesión oscura  
te deja —macerando tu albedrío—  
dormida en el regazo la costura  
y clavada la aguja en el vacío

A ratos, en tus labios carmesíes  
un amargado pliegue se perfila;  
ya ni arrullas ni cantas; ya no ríes;  
es un vapor de ensueño tu pupila...

No he de causar a tu reserva agravio,  
ni quiero que me signes de indiscreto;  
mas tu secreto, para un ojo sabio  
—doctor especialista— no es secreto;

y se refleja en mí como los ramos  
de las orillas en el agua tersa:  
amas... ¿a qué el rubor?... todos amamos;  
a la mujer el hombre.. y viceversa.

Aunque ocultes quién es, en tu mirada  
que es un gallardo conocido advierto;  
y advierto, en su expresión sobresaltada,  
que es de esta calle y tu vecino —¿cierto?...

Es el de grandes ojos; el de umbrías  
pestañas, nívea tez, mejilla grana;  
es el hermoso efebo a quien espías  
para verle pasar, tras la persiana.

Siendo en la danza trenzador supremo,  
no le vence en deportes ningún otro:  
ninguno como él sabe guiar un remo,  
y ninguno como él regir un potro.

1907.

## LA CHISPA

De Félix George

En una calma inmensa el globo al fin se inunda.  
La humanidad se duerme en una paz profunda.  
Yace, a jamás extinta, la antorcha de la guerra.  
Suceden hijo a hijo, como día a día, en la tierra.

De un porvenir riente contorneando la idea,  
feliz libre el hombre, toda región franquea:  
en la villa, radiante, y en la campiña, blonda,  
no hay tambor que al martillo victorioso, responda.

La reja del arado anonadó a la espada:  
y se enciende el progreso como eterna alborada.  
Noche, dolor y rayo: todos están vencidos!...

Pero sueño con pena, en mis ratos perdidos,  
que al daño delictuoso, solapado y aleve,  
para inflamar la pólvora, bástale chispa leve.

1907.

## SONETO

De Marta Dupuy

Tal vez he lastimado, pero inocentemente,  
la querida alma inquieta a mis manos confiada;  
alma que allá en lo interno escondo deificada:  
y cuya alba es mi dicha; mi pesar, su poniente.

Con amor que no jura porque tampoco miente,  
viene a vos mi flaqueza en sí misma escudada;  
y como Magdalena, amante y desolada,  
me inclino de rodillas, silenciosamente.

Vengo a vos, vengo a vos: ya sabéis que a menudo  
del rosal agabanzo, si lesiona la espina,  
es la culpa del dedo más que de la eglantina.

Del mal vuestro ser cómplice mi cariño no pudo.  
Y a recoger la sangre que vuestro afán desprende,  
mi labio, como un cáliz, tremulando su tiende.

1907

## EN LOS CANALES

(De Georges Rodenbach)

Los cisnes blancos en los canales inertes  
donde vetustas villas reflejan viejos muros  
con marchitados negros de estampas y aguas-fuertes,  
rizan las ondas pálidas como ensueños muy puros.

Y de noche, en las aguas suavemente onduladas,  
tales cisnes, surgidos como lo advenedizo,  
por un camino lácteo de estrellas anubladas,  
sorben flores de lune en largo bebedizo.

Y ellos son, tales cisnes, ánimas primitivas  
que reencarnarán luego, pues su ser fué precario;  
almas-liras, del Arte al silencio cautivas  
que están purificándose como en níveo santuario.

Son almas de poetas que murieron infantiles,  
sin cuajar con sus lágrimas apoteosis o nimbos;  
que anudarán la Obra interrumpida antes,  
y que en esos canales esperan, como en limbos...

1912.

## DEL HUMO

(De Georges Rodenbach)

Del punto vespertino por donde el sol descende,  
efímera ondulando, la humareda se prende  
a manera de gasa que ocultara pupilas.  
Y siente a la vista de esas brumas tranquilas.

añoranza doliente de partida de cielo;  
porque el humo y la nube, camaradas de vuelo,  
van hacia lo lejano, do entremezclados giran  
perfumes agotados y músicas que expiran.

Y aún el humo conduce en muelles espirales  
el alma extenuada de las campanas vesperales,  
y ambos se extinguen con una lenta agonía.  
Y de lo que se acaba la honda melancolía,  
y de lo que se marcha la dulcedumbre triste,  
tras esa exhalación vaporosa persiste;  
cual si en sí mismo el humo llevase en su jornada  
un sudario impalpable a una estrella apagada.

1912

## RELATO DEL BOHEMIO

(De Jean Richepin)

Cuando en mi carromato llegué la vez primera,  
andando, andando mundo, a aquellas vecindades,  
una ciudad erguía su sólida barrera  
de leyes, muros, fábricas, palacios y deidades.  
Y como yo, curioso viajero, preguntara  
desde cuándo alentaba la soberbia ciudad,  
un varón respondiome, el orgullo en la cara:  
—¡Es mi patria! Ha existido desde la eternidad.

Pasados cinco mil años  
volví a aquellos aledaños.

Muros, palacios, templos, dioses... ¡desparecidos!  
¡Nada!, ¡más nada!... El sol inflamaba rubíes  
en los brotes mojados de céspedes tupidos;  
y un pastor viejo y solo y en ralos velloríes,  
comiendo su pan agrio, la llanura colmaba.  
Y como le inquiriese desde qué tiempo atrás,  
por tal pradera virgen el ganado pastaba.  
me respondió con sorna: ¡Desde siempre jamás!

Pasados cinco mil años  
volví a aquellos aledaños.

Hé aquí cambiado el llano en lóbrega espesura.  
 Lianas que se colgaban de porches cavernosos,  
 anudadas cual sierpes en estrecha apretura;  
 y a manera de mástiles, en mares tenebrosos  
 de follaje, se erguían gruesos troncos gigantes.  
 Y al cazador perdido en ese oleaje verde,  
 —¿desde cuándo esta selva?, le pregunté. —Desde antes  
 —contestóme— que hubiera recuerdo y quien recuerde.

Pasados cinco mil años  
 volví a aquellos aldeaños.

La mar, la vasta mar, en su glauco sudario  
 lo había arropado todo, las lianas y los montes.  
 Un bajel piscatorio, menudo y solitario,  
 se balanceaba grácil ante los horizontes.  
 Y al pescador le dije: ¿podrás saber, acaso,  
 cuándo invadió esta tierra la mar; y cómo así...?  
 —¡Ah, bromista! —me dijo— ¡ah, bromista!... Es el caso  
 que desde que hubo mar, la mar ha estado aquí...

Pasados cinco mil años  
 volví a aquellos aldeaños.

En lugar de las olas con penachos de plata,  
 se espaciaban sin término olas de cresta aurífica.  
 ¡El desierto! Ni un árbol en la extensión ingrata:  
 arena y más arena y arena aún, prolífica.  
 Y cuando al mercadante, cargando sus camellos  
 arrodillados, por tal mudanza inquirí:  
 —desde el origen —dijo— del ser, con sus destellos  
 de eternidad, ha sido este desierto así.

Pasados cinco mil años  
 volví a aquellos aldeaños.

Y ved una ciudad alzada nuevamente,  
 con sus leyes, sus muros, palacios y deidades;  
 como agua que desborda, con su afanada gente

plena de recio orgullo y espesas vanidades.  
—¿Qué de las olas verdes? —les grité— ¿y las de oro?  
¿y las olas azules...? ¿Y en dónde alentaré  
la ciudad primitiva con su antiguo decoro?  
Y uno clamó: ¡aquí ha estado y aquí está y estará!

Pasen años... Pasen años...  
Volveré a esos aledaños.

1912



## BIBLIOGRAFIA

PRINTED IN INDIA

Abreu, Raúl.—*Gastón F. Deligne y noviembre*. Carta acerca de las poesías *Virginea*, de V. Giró, y *Noviembre* de J. M. Bernard. En *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de noviembre de 1907.

Abreu Licairac, Rafael.—*Estudios científicos*. (Con motivo del libro *Ensayos críticos* de Manuel F. Cestero). *La Cuna de América*, S. D., Año 1, No. 44, 25 de febrero de 1912.

Abreu Licairac, Rafael.—*La justicia y el azar*. En *Listín Diario*, S. D., ediciones del 20, 26 y 30 de junio de 1894.

Abreu Licairac, Rafael.—*Un perfil*. En *Listín Diario*, S. D., 16 de Julio de 1894. (En el mismo periódico véase: *Risum teneatis*, (2 de agosto); *De unos cuantos gazapos cogidos al vuelo en el poema Soledad*, (3 de agosto); *Necesario apéndice*, (27 y 28 de agosto), ediciones núms. 1537, 1552-3, 1571-2. Véase, además, los números 1543 y 1561).

*Acerca de Deligne*. En *Alma Dominicana*, S. D., No. 1, agosto de 1934.

Acevedo, Octavio A.—*Impresiones*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macoris, 1914.

Aguiar, Enrique.—*La ciudad intelectual*. Editorial Selecta, Bogotá, 1938, p. 25.

Amiama, Manuel A.—*El periodismo en la República Dominicana*. Talleres tipográficos *La Nación*, Santo Domingo, R. D., 1933, p. 56.

Amiama Tió, Fernando A.—*El periodismo en la región Este del país*. En *La Opinión*, C. T., febrero, 1943.

Angulo Guridi, Aquiles.—*Gastón Deligne*. En *Crisantemos*. (Edición dedicada a Deligne). Febrero, 1913, San Pedro de Macorís.

*Antología de la literatura dominicana*, (verso y prosa), vols. 17 y 18 de la *Colección Trujillo*, dirigida y nominada por el Lic. M. A. Peña Batlle, Santiago, 1944.

Aramburu, Joaquin N.—*Sobre Galarippos*. En *El Diario de la Marina*, Habana, junio 1908. Reproducido en *La Cuna de América*, S. D., No. 82, 26 de julio de 1908.

Arredondo, Vetilio.—*Gastón Deligne*. En *Listín Diario*, No. 7116, 18 de febrero de 1913.

Arredondo, Vetilio. *Galarippos*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 77, 21 de junio de 1908.

Arredondo, Vetilio. *Novelas escritores*. En *El Teléfono*, S. D. Nos. 520-21, 1893. (Trata de G. Deligne, F. E. Mejía, Rincón, Gibbes, Pellerano Castro, Moscoso, José del C. Pérez, Garrido, Ignacio Guerra hijo).

Ayala Duarte, Crispín.—*Tratado antológico-crítico de la literatura dominicana*. En *Boletín de la Academia venezolana*, Caracas, 1934.

Aybar, Francisco Raúl.—*Patriota-Educador*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, San Pedro de Macorís, 1914.

Báez B., Damián.—*Calendario de las letras nacionales*. En *Listín Diario*, edición No. 16923, 4 de abril de 1941.

Balaguer, Joaquín.—*Azul en los charcos*. Editorial Selecta, Bogotá, 1941.

Bazil, Osvaldo.—*Gastón F. Deligne*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 39, 27 de marzo de 1904.

Bazil, Osvaldo.—*Parnaso dominicano*. Compilación completa de los mejores poetas de la República de Santo Domingo. Barcelona, 1917.

Bazil, Osvaldo.—*Parnaso antillano*. Compilación completa de los mejores poetas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Barcelona, 1918.

Bazil, Osvaldo.—*Movimiento intelectual dominicano*. Washington, D. C., Imprenta del Gobierno, 1924. Ver, además *Boletín de la Unión Panamericana*, julio, 1924.

Bazil, Osvaldo.—*Una conferencia*. Imprenta *Listín Diario*, Ciudad Trujillo, R. D., 1938.

Bazil, Osvaldo.—*Tarea literaria y patricia*. Imp. La Verónica, La Habana, 1943.

Beras, Fco. Elpidio.—*Cosas viejas*. Imprenta Antonieta, San Pedro de Macorís, R. D., 1933.

Bermúdez, Federico.—*Ofrenda*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, 1914.

Bermúdez, Luis Arturo.—*Gastón Deligne*. En *Prosa y verso*, Repertorio mensual. Macorís del Este. R. D., septiembre, 1895.

Berroa, Quiterio.—*In memoria magistri*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Campagna, Aníbal.—*Sobre el espíritu y la forma de la poesía de Gastón F. Deligne*. En *La Información*, Santiago, 16 y 18 de noviembre de 1940.

Castillo, Gabriel del.—*Triste adiós*. (Fantasía fúnebre). Obra musical en tres partes. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macoris, 1914.

Castillo Marquez, Frco. Xavier del.—*Galarippos*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 114, 21 de marzo de 1909.

Castro, Victor M.—*Del ostracismo*. Siluetas de jóvenes dominicanos y bustos femeninos. Mayagüez, Puerto Rico, 1904, p. 9. (V. *Listín Diario*, S. D. No. 4479, 30 de junio de 1904).

Cestero, Manuel F.—*Ensayos críticos*, I. Gastón F. Deligne. Santo Domingo, Imprenta La Cuna de América, 1911. (Originalmente publicado en *La Cuna de América*, Santo Domingo, julio de 1908). Acerca de esta obra y de G. Deligne véase artículos de F. X. del Castillo Marquez, en *El Estudio*, S. D., No. 7, abril de 1912, y Federico Henríquez y Carvajal en su obra *Almas y libros*, p. 154.

Cestero, Manuel F.—*Gastón F. Deligne*. (Con motivo de su muerte). *La Cuna de América*, 27 de enero de 1913, año II, Nos. 27 y 28.

Coester, Alfred.—*The literary history of Spanish America*. The Mc Millan Co., New York, 1921.

Coiscou Henríquez, Máximo.—*Exactitudes*. En *Listín Diario*, 23 y 29 de noviembre de 1938.

Comarazamy, Francisco.—*El Generalísimo rescata del olvido al insigne poeta Gastón F. Deligne*. En *La Opinión*, 11 de noviembre de 1938, edición 3660.

Cometta Manzoni, Aída.—*El indio en la poesía de América española*. Buenos Aires, 1939, p. 192.

Contín Aybar, Pedro René.—*Evolución poética dominicana*. Notas para un estudio. En *El Hogar*, No. 15, Año III, enero 1940.

Contín Aybar, Pedro René.—*Un esquema de la lirica dominicana*. Trabajo leído en el Instituto Cristóbal Colón, Ciudad Trujillo, el 3 de febrero de 1940.

Contín Aybar, Pedro René.—*Antología poética dominicana*. Santiago, 1943.

Contín Aybar, Pedro René.—*Sobre fauna y flora poéticas dominicana*. En *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 2, octubre de 1943.

Damirón, Rafael.—*Pimentones*. En *Listín Diario*, 26 de noviembre de 1938, edición 16084.

De Vitis, Michael.—*Florilegio del parnaso americano*. Selectas composiciones poéticas. Barcelona, 1927.

Deligne, Rafael A. (Pepe Cándido).—*Los poetas nacionales*. En *Letras y Ciencias*, S. D., 5 de agosto de 1893, Año II, No. 34.

Deschapms, Enrique.—*La República Dominicana*, Directorio y guía general. Barcelona, 1907.

Díaz, Gustavo A.—*Gastón F. Deligne*. En *Letras*, S. D., 1918 y *Listín Diario*, Ciudad Trujillo, 29 de noviembre de 1938.

Ducoudray, Félix S.—*Mármol de tumba*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, 1914.

Ducoudray, J. Humberto.—*Galaripsos*. Poesía. En *La Cuna de América*, No. 73, 24 de mayo de 1908.

Ducoudray, J. Humberto.—*Estudios críticos*. En *La Cuna de América*, No. 142, Año VI, S. D., 17 de octubre de 1909.

Ducoudray, J. Humberto.—*Prosadores y poetas*. En *La Cuna de América*, Año III, Nos. 1 y 2, 13 de julio de 1913.

Ducoudray, J. Humberto.—*Apoteosis*. Poesía. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Fiallo, Fabio.—*Envidia?* En *La Opinión*, C. T., 24 de noviembre, 1938.

Fiallo, Fabio.—*Al margen de una noble iniciativa*. En *La Opinión*, C. T., 19 de noviembre de 1938.

Fiallo, Dr. Viriato A.—*El Padre Billini*. Filosofía y conducta. En *La Opinión*, C. T., 1º de diciembre de 1937.

*Galaripsos*. En la revista *Venezuela*, París, agosto, 1908. Reproducido en *La Cuna de América*, S. D., No. 91, 27 de septiembre de 1908.

García, José Gabriel.—*Ojeada retrospectiva*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 91, 27 de septiembre de 1908.

García Godoy, Federico.—*Notas literarias. Del patíbulo*. En *La Cuna de América*, No. 21, 26 de mayo de 1907.

García Godoy, Federico.—*Galaripsos*. En *La Cuna de América*, No. 76, 14 de junio de 1908.

García Godoy, Federico.—*Flores tropicales*. Ensayos poéticos de Mariano A. Soler y Meriño. En *Blanco y Negro*, No. 75, 20 de febrero de 1910.

García Godoy, Federico.—*La hora que pasa*, S. D., 1910.

García Godoy, Federico.—*Gastón F. Deligne*. Ver *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, San Pedro de Macorís, 1914.

García Godoy, Federico.—*La literatura dominicana*. Extraite de la *Revue Hispanique*. Tomo XXXVII, New

York-Paris, 1916 y *La Cuna de América*, S. D., Año V, 30 de septiembre y 8 de octubre de 1916, Nos. 13 y 14.

García Godoy, Federico.—*Vida intelectual dominicana*. En *Nuestra América*, Buenos Aires, julio de 1919.

García Gómez, Aristides.—*Misceláneas*. Con motivo de la publicación de *Galaripsos*. En *Boletín del Comercio*, S. D., 14 de mayo de 1908.

García Gómez, Aristides.—*Gastón F. Deligne*. Con motivo de su muerte. En *La Cuna de América*, S. D., 27 de enero de 1913, Año II, Nos. 27 y 28.

García Lluberes, Leonidas.—*Historia de la provincia y especialmente de la ciudad de San Pedro de Macorís*. Primer premio del tema de Historia en el Certamen del Cincuentenario de San Pedro de Macorís. Ver *Album del Cincuentenario*, 1882-1932.

Garrido, M. Antonio.—*Por qué se mató Deligne*. En *La Cuna de América*, 27 de enero de 1913, Año II, Nos. 27 y 28.

Gibbes, Lucas T.—*Soledad*. En *El Teléfono*, S. D., No. 222, 1887.

Giró, Valentín.—*A. Gastón F. Deligne*. En *Listín Diario*, 19 y 21 de diciembre de 1907.

Giró, Valentín.—*Unamuno, Garrido y Deligne*. Carta al *Listín Diario*. En *Listín Diario*, S. D., 10 de diciembre de 1907.

Grullón, Elisco.—*El espíritu de libertad en la poesía dominicana como vínculo de fraternidad con Cuba*. En *La Cuna de América*, S. D., Año V, No. 3, 15 de febrero de 1916.

Henríquez, Gustavo Julio.—*Elejía*. Poesía. A la muerte de Gastón F. Deligne. En *El Estudio*, S. D., No. 15, febrero de 1913.

Henríquez y Carvajal, Federico.—*Gastón F. Deligne*. (Escrito en enero de 1913, al ocurrir la muerte de Deligne, permaneció inédito hasta septiembre de 1925, en que se publicó en el mensuario X, S. D., tomo I, No. 2, S. D.)

Henríquez y Carvajal, Francisco.—*La novela de Billini y la crítica*. En *Letras y Ciencias*, S. D., 15 de mayo de 1893, año II, No. 25, p. 200-201.

Henríquez Ureña, Pedro.—*Cuadernos de poesía dominicana*. (Manuscrito en el Museo Nacional).

Henríquez Ureña Pedro.—*Cien de las mejores poesías castellanas. Segunda edición*. Editorial Kapelusz & Cia., Buenos Aires.

Henríquez Ureña, Pedro.—*Las antologías dominicanas*. En *La Cuna de América*, No. 73, 20 de noviembre de 1904. (Reproducido en *Analectas*, S. D., No. 5, Vol. VII, 1935).

Henríquez Ureña, Pedro.—*Reflorescencia*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 77, 18 de diciembre de 1904.

Henríquez Ureña, Pedro.—*Un libro! Carta a Enrique Apolinar Henríquez. Gastón Deligne*. En *La Cuna de América*, No. 24, 16 de junio de 1907.

Henríquez Ureña, Pedro.—*Horas de estudio*. Librería P. Ollendorff, París, 1910, pp. 196, 198-200, 203-229. (Contiene el estudio, revisado por el autor en 1946, que sirve de Prefacio a esta obra, originalmente publicada con cinco notas, —de las que sólo una reprodujo el autor en su libro— en *La Cuna de América*, S. D., No. 93, 11 de octubre de 1908).

Henríquez Ureña Pedro.—Carta a J. Humberto Ducoudray (México, 25 nov. 1909). en *Ateneo*, S. D., marzo 1910. (Se refiere a *Galaripsos*, de Deligne)). Véase, al respecto, *En el margen de una carta*, artículo de A. J. Montolio, en *Blanco y Negro*, S. D., No. 81, abril 1910.

Henríquez Ureña, Pedro.—*Carta abierta*. (A. F. García Godoy con motivo de la publicación de su libro *Alma Dominicana*). En *La Cuna de América*, Año II, No. 5, S. D., 5 de marzo de 1912.

Henríquez Ureña, Pedro.—*Bibliografía literaria de Santo Domingo*. En *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 1929.

Henríquez Ureña, Pedro.—*El español en Santo Domingo*. Buenos Aires, Argentina. 1940, (V. pp. 92-94, 156 y 157).

Henríquez Ureña, Pedro.—*Santo Domingo*, Capítulo de la Historia universal de la literatura, de Santiago Prampolini, Vol. XII de la edición española. Buenos Aires, 1941.

Hernández Franco, Tomás R.—*La poésie de la République Dominicaine*. Paris, 1932, 54 pp.

Herrera, Porfirio.—*Funeraria*. Poesía. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, 1914.

Herrera, Primitivo.—*Baldón*. En *Listín Diario*, No. 5584, 10 de febrero de 1908.

Herrera, Primitivo.—*Gastón F. Deligne*. En *Listín Diario*, enero de 1913. (Contiene páginas de una carta de Deligne).

Herrera, Primitivo.—*Cineraria*. Poesía. En *La Cuna de América*, S. D., 27 de enero de 1913, Nos. 27 y 28.

Horta, Eulogio.—*Notas e impresiones*. (Sobre Gastón y Rafael Deligne) En *Listín Diario*, No. 2187, 22 de octubre de 1896.

Hostos, Eugenio Maria de.—*Soledad*. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, C. T., 1939, Vol. I, pp. 211-223.

Incháustegui Cabral, Héctor.—*Lo humano en la poesía dominicana*. En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, julio de 1943.

Incháustegui Cabral, Héctor.—*Nacionalidad y literatura*. En *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 6, febrero, 1944, C. T.

Janer, Felipe.—*Selecciones poéticas*. New York, 1926.

Jiménez, José María.—*Notas al vuelo. Sobre Galarippos*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 75, 7 de junio de 1908.

Jiménez, José María.—*Galarippos*. (El libro de Deligne). En *La Semana*, No. 1, Tomo I, Santiago, 13 de abril de 1919.

Jiménez, Ramón Emilio.—*Fabio Fiallo ante la iniciativa de Trujillo en honra de Deligne*. En *La Opinión*, 21 de noviembre de 1938.

Joubert, Emilio C.—*Cosas que fueron*. C. T., 1936, p. 88.

Joubert, Emilio C.—*Sobre Gastón Deligne*. En *La Nación*, C. T., 6 de julio de 1941.

*La Nación*, C. T.—*Los bustos a Galván y Deligne*. Editorial, 10 de abril de 1940.

Lamarche, José.—*Los Galaripsos*. En *La Cuna de América*, S. D., No. 89, 13 de septiembre de 1908.

*Listín Diario*, C. T.—*Deligne y Galván promovidos a la glorificación del bronce o del mármol*. Editorial. 10 noviembre de 1938.

Lugo, Américo.—*Causerie*. En *Listín Diario*. No. 2235, 7 de diciembre de 1896.

Lugo Américo.—*Bibliografía*. Imprenta *La Cuna de América*, S. D., 1906, pp. 76, 94, 100, 102 y 105.

Lugo, Américo.—*Homenaje*. Exposición al Ateneo Dominicano proponiendo un homenaje al historiador Jo-Gabriel García. Firman, además, el documento: M. A. Garrido, Federico Henríquez y Carvajal, J. B. Peynado, etc. En *Clio*, Santo Domingo, No. 1, enero-febrero, 1934.

Machado, Manuel A.—*César N. Penson* (Esbozo del un estudio). En *La Cuna de América*, No. 42, 17 de abril de 1904.

Machado, Manuel A.—*Conferencia*. (Trabajo leído en los salones de la Señora Ana López Penha de Senior). En *La Cuna de América*, S. D., año V, Nos. 5 y 6, 15 y 30 de marzo de 1916.

María (seudónimo).—*Instantáneas. Los Delignes*. En *El Avisador*, S. D., 23 de diciembre de 1897 y en *Letras y Ciencias*, No. 138, 1 de febrero de 1898.

Mejía, Abigail.—*Historia de la literatura castellana*. Editorial Araluce, Barcelona, 1933, p. 365.

Mejía, Abigail.—*Historia de la literatura castellana*. Editorial Araluce, Barcelona, 1933, p. 365.

Mejía, Abigail.—*Historia de la literatura dominicana*. Editorial Caribe, Ciudad Trujillo, 1937.

Mejía, Juan Tomás.—*Galaripsos*. En *La Cuna de América*, No. 73, 24 de mayo de 1908.

Mejía Ricart, Gustavo A.—*Un libro y un poeta*. En *La Cuna de América*, S. D., año III, Nos. 23 y 24, 31 de diciembre de 1913.

Mejía Ricart, Gustavo A.—*Deligne, el poeta nacional*. Conferencia pronunciada la noche del 8 de noviembre de 1939 en el Ateneo de San Pedro de Macorís.

Mejía Ricart, Gustavo A.—*El canto autóctono como factor de progreso en la lengua fósil*. En *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, Año II, No. 5, septiembre de 1941.

Mejía Ricart, Gustavo A.—*Gastón Fernando Deligne, el poeta civil*. Ciudad Trujillo, 1944.

Menéndez y Pelayo, Marcelino.—*Historia de la poesía hispanoamericana*. Madrid, 1911, tomo I, p. 310.

Montolío, Andrés Julio.—*En el margen de una carta*. En *Blanco y Negro*, S. D., 3 de abril de 1910, No. 81.

Montolío, Leopoldo.—*Gastón F. Deligne*. En *El Eco de la Opinión*, S. D., 7 de diciembre de 1895.

Morales, G. A., M. A. Saviñón, M. A. Garrido, Apolinar Perdomo, Raúl Abreu, A. R. Nanita.—*Carta abierta a Gastón F. Deligne*. En *Listín Diario*, 18 de diciembre de 1907.

Morel, Emilio A.—*El poeta lo sabe*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, 1914.

Moreno Jiménez, D.—*Liminares*. En *Romances de la Hispaniola*, por Gastón F. Deligne. Imprenta Cervantes, San Pedro de Macorís, 1931.

- Moreno Jiménez, D.—*Embiste de razas*, Santiago, 1936.
- Mortimer Dalmau, P.—*Gastón F. Deligne*. En *Listín Diario*, S. D., 7 de noviembre de 1907.
- Moscoso Puello, F. E.—*Ideas*. En *La Cuna de América*, S. D., año III, Nos. 9 y 11, 7 y 22 de septiembre de 1913.
- Moscoso Puello, F. E.—*Gastón F. Deligne filósofo*. (Apuntes). En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, 1914.
- Moscoso Puello, F. E.—*Discurso ante la tumba de Gastón Deligne*. San Pedro de Macorís, 18 de enero de 1930. En *Listín Diario*, 21 de enero de 1930.
- Mota, Fabio A.—*Ni pretericionismo ni prioridad*. En *La Opinión*, C. T., 24 de noviembre de 1938.
- Nimier, Aquiles.—*Gastón íntimo*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. San Pedro de Macorís, 1914.
- Nimer, Aquiles.—*A propósito de una antología en francés de poetas dominicanos*. En *Listín Diario*, 16 de noviembre de 1932.
- Nimer Aquiles.—*Pasión y muerte de Gastón Deligne*. En *La Opinión*, C. T., 22 y 25 de noviembre de 1938.
- Oyucla, Calixto.—*Antología poética hispanoamericana*. Buenos Aires, 1919.
- Parsifal (seudónimo).—*Perfil. Gastón Deligne*. En *El Avisador*, S. D., 9 de enero de 1898.
- Patiño, Dolores.—*Gastón F. Deligne*. (Seminario de Historia de la literatura dominicana. Universidad de Santo Domingo, 1941, inédito).
- Pellerano Castro, A. B.—*La justicia y el azar*. En *Listín Diario*, 21 y 22 de junio de 1894.

Penson, César Nicolás.—*Correspondencia literaria*. En *Letras y Ciencias*, S. D., 17 de septiembre de 1893.

Penson, César Nicolás.—*Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*. Memoria presentada a la Real Academia Española de la Lengua por la Comisión encargada de reunir las poesías dominicanas para la antología de poetas hispanoamericanos. Santo Domingo, 1892, p. 36.

Pérez, José Joaquín.—*En la cumbre*. A Gastón F. Deline. Poesía. En *Listin Diario*, S. D., 5 de junio de 1894.

Pérez Cabral, Arquímedes.—*Ofrenda!* A Gastón F. Deline en su muerte. En *El Estudio*, S. D., No. 16, 1913. Trabajo leído en la velada de la Sociedad Amigos del País el 18 de febrero de 1913.

Poveda, José Manuel.—*Galaripsos*. En la revista *Fémina*. Santiago de Cuba. Reproducido en *La Cuna de América*, No. 90, 20 de septiembre de 1908.

Prestol Castillo, Fredy.—*Biografía exegetica de Rafael A. Deline*. (Inédita).

Prestol Castillo, Fredy.—*Hacia el dominicanismo integral*. Imprenta Gimbernard, Ciudad Trujillo, 1938, p. 15.

Reyes, Juan de Jesús.—*Gastón Deline*. Soneto. Accésit al tema de literatura del Cincuentenario de San Pedro de Macorís. En *Album del Cincuentenario*, 1882-1932.

Richiez, Manuel Leopoldo.—*Palabras del Presidente del Ateneo de San Pedro de Macorís*. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deline*. San Pedro de Macorís, 1914.

Richiez, Manuel Leopoldo.—*Dos corazones y dos li-ras*. Sonetos a Gastón y Rafael A. Deline. Trabajos premiados. En *Album del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

Richiez, Manuel Leopoldo.—*Historia de la Provincia y especialmente de la Ciudad de San Pedro de Macorís*. Trabajo premiado. En *Album del Cincuentenario de San Pedro de Macorís, 1882-1932*.

Richiez Acevedo, Francisco.—*Federico Bermúdez, su vida y su obra*. Trabajo premiado. En *Album del Cincuentenario de San Pedro de Macorís, 1882-1932*.

Rijo, Baldemaro.—*Gastón Deligne*. En *Crisantemos*. (Edición dedicada a Deligne). San Pedro de Macorís, febrero de 1913.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Al margen de una trascendental revelación*. En *La Opinión*, C. T., 21 de noviembre de 1938.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Gastón Deligne prosista*. En *La Opinión*, C. T., 17 de noviembre de 1938.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Gastón F. Deligne discípulo de Hostos*. En *La Nación*, C. T., 10 de abril de 1940.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Montbars el exterminador*. En *La Nación*, C. T., 7 de julio de 1940.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Chocano en la ciudad de los Colones*. En *La Nación*, C. T., 27 de julio de 1941.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Dos cartas de Gastón Deligne*. En *La Nación*, C. T., 24 de agosto de 1941.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Del romancero dominicano*. Editorial El Diario, Santiago, 1943.

Rodríguez Demorizi, Emilio.—*Advertencia de Páginas Olvidadas de Gastón F. Deligne*. Editorial Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.

Rodríguez Demorizi.—*La poesía patriótica en Santo Domingo*. (Apuntes para su estudio). En *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 6, febrero de 1944.

Saldaña Suazo, José A.—*Album Dominicano* (canciones históricas), Ciudad Trujillo, 27 de febrero de 1944.

Sanabia, Rafael Emilio.—*Nuestra poesía*. Santiago, 1944.

Sánchez, Rafael Augusto.—*Gastón Deligne*. En *Crisantemos*, (Edición dedicada a Deligne) Santo Domingo, febrero de 1913.

Sánchez Lustrino, Ricardo V.—*Combatir por el arte*. A propósito del libro *Ensayos críticos* de Manuel F. Cestero. En *La Cuna de América*, Año I, 1911.

Santana, Felipe J.—*Carta lírica a Manuel F. Cestero*. En *La Cuna de América*, S. D., 10 de febrero de 1913, No. 30.

Soledad. Comentarios. En *Boletín del Comercio*, Santo Domingo, No. 84, 3 de junio de 1887.

Soriano, M. German.—*Pedestal para Enriquillo y plinto para Galarippos*. En *La Opinión*, C. T., 17 de noviembre de 1938.

Soto, Renato de.—*Galarippos*. En *La Cuna de América*, No. 94, 18 de octubre de 1908.

*Suicidio de Gastón Deligne*. Noticias en *Listín Diario*, Santo Domingo, 18 de enero de 1913 y siguientes, particularmente los nos. 7090-7093 y 7116-7117.

Troncoso Sánchez, Pedro.—*Cultura dominicana*. En *Nosotros*, No. 91, Buenos Aires, Argentina.

Trujillo M., Rafael Leonidas.—*Mensaje a un grupo de Senadores insinuándoles un homenaje a Gastón F. Deligne*. En *Listín Diario*, 10 de noviembre de 1938.

Turcios, Salvador R.—*Síntesis de la Historia literaria de la República Dominicana*. En el *Boletín de la Biblioteca y Archivo Nacionales*. Tegucigalpa, Honduras, 1º de enero de 1939.

Unamuno, Miguel de, J. M. Bernard y M. A. Garrido.—*El voto de un maestro*. Cartas de... acerca de las poesías *Noviembre*, de Bernard, y *Virginea*, de Giró. En *Listín Diario*, del 12 de noviembre de 1907.

Valdeperes, Manuel.—*Dos poetas dominicanos*. En *Cuadernos dominicanos de Cultura*, Ciudad Trujillo, No. 7, marzo de 1944.

Veloz, Livia.—*Gastón y Rafael Deligne*. Crisantemos. Dos sonetos. Primer Premio, tema literario. En *Album del Cincuentenario de San Pedro de Macorís, 1882-1932*.

*Verdicto* rendido por el jurado de literatura del Certamen del Cincuentenario de San Pedro de Macorís, compuesto por los Srs. Federico Henríquez y Carvajal, Alcides García y Juan Tomás Mejía. En *Album del Cincuentenario de San Pedro de Macorís, 1882-1932*.

Vinicio (seudónimo).—*Gastón Deligne*. Busto apolíneo. En *Listín Diario*, S. D., 24 de febrero de 1911.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS  
DE VIRGILIO MONTALVO, EN CIU-  
DAD TRUJILLO, REPÚBLICA DOMI-  
NICANA, EL DÍA 20 DE AGOSTO  
DEL M C M X L V I.

BIBLIOTECA REP. DOM.





